

REVISTA CONTEMPORÁNEA

1911

REVISTA

CONTEMPORÁNEA

PERTENECE A LA BIBLIOTECA
ATENEO BARCELONÉS

AÑO XVII—TOMO LXXXI

ENERO — FEBRERO — MARZO 1891



DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

PIZARRO, 17, PRINCIPAL

OFICINAS

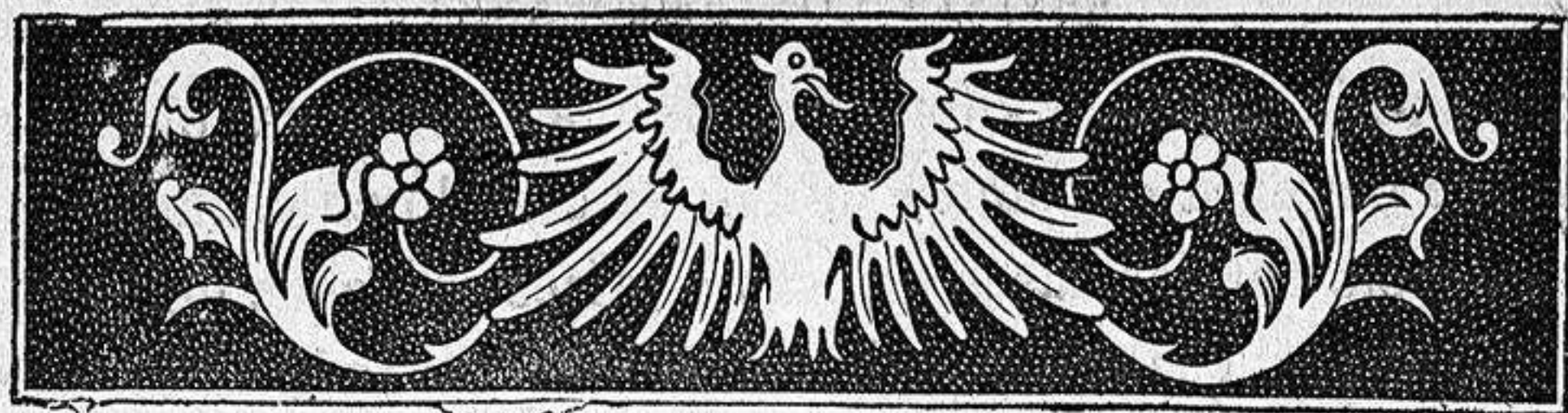
MÉJICO
J. F. Parres y Comp.®
VENEZUELA
E. Fombona

BUENOS AIRES
Manuel Reñe
BRASIL
Bellarmino Carneiro
Pernambuco

CUBA
D. Miguel Alorda
O'Reilly, 96
Habana.

DERECHOS RESERVADOS

MADRID, 1891
TIPOGRAFÍA DE MANUEL GINÉS HERNÁNDEZ
Libertad, 16 duplicado, bajo



LA VIDA RURAL EN ESPAÑA

PERTENECE A LA BIBLIOTECA
ATENEU BARCELONÉS

CONFERENCIA DADA ANTE EL ATENEO DE MADRID EN LA NOCHE
DEL 11 DE DICIEMBRE ÚLTIMO

I

La falta de espíritu rural y las manifestaciones de la singular educación que nos aleja de la naturaleza y de sus goces se revelan en España, al extranjero que desea estudiarnos, en las puertas mismas de la capital, ó para hablar con más propiedad, se muestran aquí mejor que en las demás comarcas y provincias del País.

Los campos que rodean á Madrid no inspiran al labrador esa profunda pasión por la tierra que tan al vivo ha pintado Zolá; y los madrileños que salen los domingos á pisarlos, no buscan en ellos el espectáculo de una fecundidad inagotable y de la vida vegetal eternamente renovada; visitan, sí, los ventorros y carnicerías de extramuros para remediar en un día las estrecheces de la semana, y piden, á lo mas, la luz, el aire y el espacio, que reciben tasados con usura en los miserables cuartuchos.

Dejemos la villa y corte y trasladémonos á cualquiera de las dos Castillas; al correr de los trenes se entera el viajero de las mismas deficiencias en la población campesina. Se

cruzan kilómetros y kilómetros sin encontrar una sola granja que merezca el nombre de tal; de cuando en cuando pasa un pueblo con las casas blancas ó grises apiñadas junto á un campanario, cual sí sus habitantes temieran todavía los ataques de despiadados enemigos; se extienden á la salida de los villorrios *eras* más ó menos espaciosas, que se animan durante unos cuantos días en el año, y dan singular colorido al conjunto montones de estiércol donde escarban las gallinas. Rebasada la aldea, se despliega otra vez ante la vista la llanura inmensa, monótona, igual, cortada sólo aquí y acullá por pequeños montículos; alternan en ella los barbechos con los campos de pan llevar y la surcan arroyuelos, medio perdidos entre arena, que parecen avergonzados de su impotencia y corridos del poco caso que se les hace y de que no se utilicen sus aguas.

Labra el gañán con trabajo los rodales á su cuidado encomendados y, á modo de mecanismo sujeto á fatal movimiento, repite este año las mismas operaciones que el anterior, las mismas que practicaron sus padres y sus abuelos, las mismas quizás que ejecutaban los *mancebos foreveros* á quienes emancipó en el siglo XI el Fuero de León. El terrateniente gasta en cambio á la moderna su renta domiciliado en Madrid ó en la capital de la provincia, y si habita el pueblo más cercano á sus heredades, forma no la familia de labradores, sí una familia aldeana llena de apetitos ciudadanos y pobre en los elementos de cultura, con varones que matan su aburrimiento en los casinos, arriesgando los productos de una cosecha, y damas que lucen su ingenio cortando patrones á los convecinos. No pierden en cambio el tiempo los inteligentes cultivadores y las hacendosas matronas que dirigen por sí mismos la explotación de una finca: despierta su actividad un legítimo interés y estimula su fantasía el espectáculo hermoso de los ciclos de vegetación, siempre próximos á terminarse y cien veces comenzados de nuevo en millares de millares de seres; no está su espíritu ocioso para fijarse á toda hora en las pequeñas miserias humanas.

Allá en el Norte cambia por completo la decoración, lo mismo en los prados leoneses que en los hermosos campos y

cerretes que bordan las orillas de las rías gallegas, entre los manzanos y nogales que dan sombra á los peñascos de Asturias y en las aldeas que nos ha pintado Pereda animando las montañas santanderinas: tienen los propietarios más amor á la tierra, y se puebla la campiña como una inmensa ciudad sembrada de casitas poéticas, envueltas por amplios jardines. Azul el cielo, de color de esmeralda los prados, verdosos los ríos, parecen infundir misteriosas esperanzas de ventura en el que los contempla, y atmósfera y suelo exhalan ese perfume de naturaleza sana que trasciende en las obras del hidalgo montañés, excita la imaginación de los hombres cultos y enmascara con un barniz poético la rudeza de los aldeanos.

Las demás regiones españolas son eslabones que enlazan los extremos de la cadena. Hay en Valencia espíritu rural en el *colono*, habitante de la limpia *barraca*, con su limonero á la puerta, sus higueras al alcance de la mano, los *bresquilleros* cultivados con esmero, y los campos de alfalfa que olfatean con delicia los diminutos caballejos de la huerta, soñando quizás las venturas con que sueñan, según Dikens, los *poneys* ingleses: lo que no logra aquí el terrateniente lo alcanza el arrendatario. Hay sentimiento de la Naturaleza en Aragón, en las pendientes del Moncayo, á orillas del Gállego y del Ebro, en la meseta de Jaca, en las márgenes del Jalón, junto á la corriente del Jiloca, entre colinas peladas y verjeles floridos. Cultívanse con primor los campos de almendros y avellanos y los viñedos en las huertas de Tarragona, al pie del Montblanc, cerca de la histórica cartuja de *Scale Dei*, aguas abajo de la cascada del Gualba, en las cañadas desde donde se divisan los picos del Monsenys, á lo largo del Fluvia y en otros rodales de Cataluña, y mézclanse sueños con realidades agrarias y ganaderas en los cortijos de Andalucía, tan al vivo trasladados á los hermosos libros de Valera y Salvador Rueda, donde el hombre toca con sus manos el oro metal y recibe en sus ojos el oro de más quilates, más puro, más ideal y más brillante de los rayos de sol.

En ésta, como en otras muchas cosas, es la noble Castilla la desheredada; mas ¿por qué no hay espíritu rural en

sus secos terrones? ¿Por qué no hay aldea, en el sentido que se da á este nombre en el Norte, sobre los campos de Valladolid y Ávila ó en los de Ciudad Real y Madrid? ¿Por qué existe ya en la región septentrional de Burgos, hacia Oña, en la provincia de Salamanca, entre algunos riachuelos de Zamora, dentro de los cigarrales de Toledo y también, por excepción, en las mismas entrañas de algunos de los distritos de aspecto general más refractario al desarrollo de toda la cultura agronómica y á las reformas en las prácticas campesinas?

Yo sé de sobra que esta diferencia se explica en pocas palabras con unos cuantos datos físicos y algunas razones meteorológicas: el régimen de lluvias de Castilla hace la campiña árida, obliga al barbecho, produce el seco rastrojo, que resta como recuerdo de las segadas mieses, é impide en último término el desarrollo de la vida rural; lo alto de nuestras mesetas, la desordenada marcha de las temperaturas, la naturaleza de suelo y subsuelo, la falta de aguas y el carácter torrencial de los ríos y arroyos impiden la rotación de cultivos y aminoran los beneficios del terrateniente; pero ¿basta esto para explicar la escasez de productos y la despoblación que entristece el ánimo del viajero en diferentes regiones de España? ¿No tienen nuestros males remedio como procedentes de condiciones físicas que no podemos modificar? ¿No se han corregido defectos iguales y aun superiores en comarcas extranjeras con un trabajo perseverante y una enérgica voluntad?

II

Ejemplos numerosos de lo que se ha hecho dentro y fuera de España, de lo que se logra con el trabajo, lo mismo en la Australia, llena de vida y flexible para adaptarse á lo bueno, que en esta Europa, moldeada en formas que se respetan hasta en los momentos de amenazarnos por ellas la miseria y el hambre, de lo que se emprende en tierras próximas y en lu-

gares lejanos, responden más elocuentemente que todos los razonamientos á las preguntas anteriores.

Á fines del siglo pasado los arenales de las *Landas* aumentaban de día en día, destruyendo la fertilidad de los suelos en la Francia meridional: los montículos de arena, levantados en la costa, se movían obedeciendo al viento como ondas sin resaca que no pierden el terreno que una vez ocupan, pero como ondas de un mar muerto en cuyo seno no se despliega espléndida la vida. Una extensa faja de veinte á veinticinco metros de anchura adquiría todos los años, desde el Adour hasta el Gironda, el aspecto del desierto, y los campos un tiempo cubiertos de bosque se ocultaban en algunos sitios á doscientos y trecientos pies de profundidad.

Con los cuadros de plantas desaparecían edificios y se borraban villas del mapa: se sabe que existieron hace muchos años los pueblos de Sart, Conti y Lelós, y hoy es imposible buscarlos ni delimitar el sitio en cuyo fondo se ocultan sus cegadas casas; el pueblo de Lege se ha mudado dos veces de lugar, una en el siglo XV y otra en el XVII abandonando sus construcciones á la marea de las tierras y salvando sus demás riquezas; un lindo ábside de estilo románico, hundido casi hasta el arranque de sus ventanales, y la flecha de un campanario indican á distancia el punto en donde se hallaba el *Soulac Viejo*.

No peligraban las vidas en estas invasiones, pero se arruinaban las haciendas y desaparecían los productos como en las invasiones de los grandes ejércitos; y ruina y desaparición adquirían el carácter de permanentes, no el de daño transitorio que se compensa con la febril actividad desplegada luego de pasado el azote. Bajo el punto de vista de los perjuicios materiales, y descontada la seguridad de las personas, podían temer tanto los franceses la proximidad de los cerretes movibles como los holandeses la rotura de sus diques, y no había para los primeros la esperanza que fundan los segundos en el capital de fertilidad que acumulan en su fondo las aguas, acrecentando el valor de las tierras, como aumenta el valor de los depósitos en los Bancos de previsión.

El estímulo del peligro despertó el pensamiento de repo-

blar los arenales, compensando con una obra inteligente la imprudente obra de destrucción de las plantas que en ellos crecían, realizada sin conciencia del mal en siglos anteriores. Hubo ya ensayos de plantaciones que se abandonaron en seguida hacia 1700. Las primeras tentativas despertaron esas eternas protestas de la rutina y de la ignorancia encubierta bajo el velo de lo que llaman sentido práctico muchas gentes que no se dan cuenta clara del valor de las palabras, hasta que llegó el momento de que las resistencias egoístas se estrellasen contra la energía de *Bremountier*, como ceden siempre las estadizas rocas á la máquina que las perfora ó á la dinamita que las destroza; desde este instante comenzó la obra de salvar aquella región de Francia.

Entre 1787 y 1793 se repoblaron doscientas cincuenta hectáreas, siete mil desde el 1858 al 73, y hoy mide noventa mil la zona de los bosques defendidos por elevados pinos marítimos, trabada por raíces rastreras que se desarrollan entre sus robustos troncos, y embellecida aquí y acullá por otros cultivos y granjas, siendo asiento de producción los mismos terrenos que antes inspiraban fundados temores. El problema allí planteado era todavía más complejo de lo que á primera vista aparece: había que sanear, abrir zanjas para desagüe, al mismo tiempo que se desarrollaban los pinos, luchar tanto contra la naturaleza del duro subsuelo como defenderse de las errantes colinas, y todo se ha vencido combatiendo un día tras otro, que no hay obstáculos que resistan al estudio y la perseverancia.

Pero no necesitamos unir á la historia de las Landas la del *Veluwio holandés*, ni trazar las primeras etapas de los trabajos en diferentes naciones: de aquí mismo, de España, podemos citar datos con que demostrar cuánto vale una voluntad perseverante y cómo se modifican bajo su poderosa influencia las malas condiciones de clima y suelo. En las proximidades de la estación de Záncara, en la línea de Alicante, se extendían unos terrenos calificados de detestables por las gentes del país, descritos con negros colores en algunos libros en que se les nombra, é incluídos entre aquellos en que se producen fiebres malignas por una antigua guía del

viajero en España. Hace unos cuantos años adquirió un buen lote de los desdichados rodales un ingeniero inteligente y tenaz; consagró á transformarlos en productores un capital en dinero y otro capital en ciencia y conocimientos, y hoy cosechas en ellos el mejor vino de la comarca, cría ganado y se dispone á fundar otras industrias agrícolas, consiguiendo una respetable renta (1). Ni el régimen de lluvias ni la altura han impedido tan buen resultado.

Y hay más: el manchón que en algunos mapas meteorológicos alemanes señala una región española comparable al Zahara por sus lluvias, comprende, entre diferentes campos el pueblecillo de Húmera, á espaldas de la *Casa de Campo*, y el arroyo de Meaques. Hay exageración, es cierto, en el valor del dato; Húmera y Meaques se han alfombrado con nieve en este y en otros inviernos, y yo no tengo noticia de que en el desierto africano se gasten los blancos y fríos tapices; pero es exacto que la comarca puede contarse entre las menos favorecidas por el agua y, sin embargo, gracias á la ilustración de propietarios como Moya y Roca, se cultiva mejor allí que en otras muchas zonas donde las condiciones climáticas son mejores y el suelo más rico.

III

No son el régimen de lluvias, ni la altura del terreno, ni la naturaleza del suelo las únicas razones de la falta de buenos cultivos en Castilla y del atraso en el espíritu rural: hay que buscarlas en otra parte, y para la resolución del problema nos suministran abundantes datos una historia en esto desdichada, una administración menos afortunada que la historia, y el sentido falso de la educación nacional, aún más lastimoso que la historia y la administración.

La historia es por demás sabida. Ahí esta trazada en

(1) Visiten, los que duden de nuestras palabras, la hacienda de D. Manuel Fraile, y recojan en ella las provechosas enseñanzas que allí pueden recogerse.

nuestros cuadernos de Cortes con todas las leyes prohibitivas contra el desarrollo de la vida rural, en todos los atropellos cometidos en daño de los labriegos por unos nobles antecesores de los nobles actuales, más cultos y humanitarios, pero que todavía miran en nuestros tiempos con desdén el cuidado personal de sus heredades; en los cebos de los oficios reales que aglomeraban en la corte caballeros de buena traza, pretendientes desesperados, gentecillas ramplonas, buscones de variados pelajes, chusma curialesca y pícaros de profesión, mientras se despoblaban los campos.

Estimulando el ocio y castigando al trabajo se obtuvieron los resultados de que hay nos lamentamos. No es común que se acentúe en los pueblos el carácter díscolo, y sí se observa á menudo que pecan los más por exceso de mansedumbre hasta que las provocaciones imprudentes les sacan de quicio y les hacen ser, en el calor del motín, tan injustos por ignorancia cual lo habían sido por egoísmo las autoridades opresoras. En manos de políticos hábiles y de los hombres de Estado parecen las masas, durante los tiempos normales, cera moldeable, y sus malas condiciones responden casi siempre á torpeza de los artífices, que no supieran modelar formas correctas con buenos materiales.

La administración actual obra por desgracia en el mismo sentido que la historia: no tiraniza, pero molesta; no derrama sangre, aunque sí crea obstáculos al desarrollo de la vida rural; no carecen muchos en ella de buen deseo, y sí andan desorientados, sin que los más benévolos puedan aplaudirla por su acierto. Practicamos aquí el curioso principio de que los hombres públicos han de ser iluminados por el Espíritu Santo, y las culturas improvisadas en ciencias que jamás se practicasen, la lectura de datos recogidos en condiciones naturales diferentes de las del lugar en que han de ser aplicados, la erudición no formada pisando los terrenos, conversando en las aldeas, manejando los instrumentos físicos y químicos y anotando las cifras de gastos que convierten los problemas teóricos en problemas con soluciones industriales, sirven para redactar un excelente preámbulo y no para remediar daño alguno.

Existen en España inmensos despoblados pobres de cultivo y ricos en plantas espontáneas, donde propulsan el crecimiento de matas y abrojos la misma humedad de la atmósfera, el mismo mantillo y los ardorosos rayos de sol que podrían madurar frutos y favorecer la germinación de otras semillas. Desde Puertollano á Cabeza del Buey corre el viajero *ciento once* kilómetros por la vía férrea de Badajoz, dejando á la derecha ó la izquierda dos pueblos con ayuntamiento, *Brazatortas* y *Almadanejos*, y unas cuantas aldeas y caseríos, *Veredas*, *Valdeazogues*, la antigua *Sende la Mula*..... la *Casa de la Vega*..... que no llegan entre todas á encerrar cinco mil almas; en el antiguo camino de la Plata, sobre la meseta del Pedroche, en aquella curiosa carretera que corta capas de granito en formación y pasa luego por la más renombrada cuesta calatraveña, son tan imponentes en ciertos trozos las soledades, que no se cree el caminante en Europa y en los dominios de un pueblo organizado; el ferrocarril directo de Ciudad Real á Madrid ha influído en la construcción de un núcleo de casitas junto á la estación de Urda, pero el resto de las Guadalerzas permanece próximamente lo mismo que en aquellos tiempos, tristes para los trajinantes, en que las ventas de Juan de Dios, del Emperador y de la Zarzuela les brindaban los únicos asilos existentes, al mismo tiempo, que se los ofrecían á los hidalgos poco aprensivos, no desfacedores de entuertos, del tipo del pobrecito soldado á que se alude en *Gil Blas de Santillana*.

La densidad de población es aquí mucho menor de lo que puede creerse leyendo las cifras de densidad relativa correspondientes á cada provincia: espacios hay en que no ha de estimarse la existencia de más de tres ó cuatro habitantes por kilómetro cuadrado, y sitios altos desde donde no distingue la vista, en un extenso contorno, ni un tejado, ni una choza, ni columna de humo, ni ligero rumor de vida humana, ni nada que no conforme con los caracteres distintivos de los terruños bravíos, no surcados jamás por el arado, heridos sólo por la planta de un naturalista estudioso ó del cazador de buenas piernas, regados por el agua del cielo y morada predilecta de sabandijas que nos son repulsivas, aun-

que no hacen daño al hombre, y de las plagas de insectos que incuban entre sus bajas matas y destruyen luego nuestras cosechas. Los habitantes de la provincia se reconcentran en unos cuantos pueblos grandes, y el exceso de la magnitud en éstos compensa la falta de las gentes en los restantes campos, formando un guarismo medio que se estima bajo y no da, sin embargo, idea exacta de lo que son las comarcas descritas.

Para remediar tantos males se promulgó hace años una ley de colonias; se estimulaba en ella el celo de los capitalistas con el laudable fin de que crearan granjas en los lugares desiertos, concediéndoles varias franquicias, y se señalaban con minuciosidad escrupulosa los requisitos con que habían de contar aquéllas, los informes, consultas y demás formalidades que debían llenarse y todos los negociados adonde habría de acudir el propietario antes de obtener la formal declaración de que su finca se hallaba en las deseadas condiciones. Los campos desiertos de Caracollera, Urda, Villagutiérrez y otros puntos cuentan al viajero que los resultados prácticos no han sido á lo menos tan extensos como era de esperar, y los expedientes entablados reclamando las exenciones concedidas por ese concepto para granjas situadas en el riente campo de Tarragona declaran cuál es el uso que pretenden hacer de la ley los que ven en cada decreto una fuente de provecho personal.

Y más triste aún que los anteriores es el sentido de la educación pública. En un país que está en continua crisis por no poder competir sus productos con hermosos productos de otras fábricas y suelos, se anda todavía discutiendo por algunos si conviene desarrollar ó no en la enseñanza el espíritu de las ciencias naturales. Aquí, donde el vino constituye una de nuestras primeras riquezas, no se enseña á los alumnos de los Institutos lo que es un alcohol y un éter, ni se les comunicaban nociones sobre los ácidos del vinagre y del limón que consumen á menudo, la bencina que utilizan hasta las Menegildas y los colores de anilina de que habla todo el mundo; no formaba parte de la *educación* general el conocimiento de los cien productos que ya maneja cualquiera,

produciendo daños cuando los maneja mal, y hoy mismo no se explican más que en los Institutos de Madrid, donde se va consiguiendo delimitar poco á poco una enseñanza práctica de la química.

Muy sorprendido quedará, además, el curioso observador cuando aprenda que á expensas de estas asignaturas no crecen lozanas las demás. El gusto hermoso por la literatura castellana se desarrolla sólo por el celo de profesores tan ilustres como el que honra al Instituto de Cisneros, ya que la ley parece inclinarse más que al estudio vivo de los buenos modelos á la recomendación de ese preceptismo frío que nace en las épocas en que se dan muchas reglas de fabricar belleza, cuando falta genio para crearla. Las Constituciones españolas no se esplican en nuestros establecimientos docentes de segundo grado, y menos en las escuelas, al modo americano, porque los mismos que las redactan y pueden mandarlo, tienen, por lo visto, interés en que sean poco conocidas. Si algo se consigue de mejora efectiva, no es bajo la influencia de la organización legal, sino en aquellas cosas en que la ley no impide que se consiga.

Si la historia nos ha mantenido alejados del comercio con la naturaleza, si la administración se equivoca en los medios de propulsar la repoblación de España y la vida en las campiñas, si la educación nos lleva á no tener sentido del mundo físico, á no comprender los goces puros que produce su contemplación y el trabajo de los campos, á expresarnos como de cosa despreciable del cuerpo, á reserva de cuidarle secretamente más de lo justo y complacerle en más apetitos de los que fuera de desear, no nos extrañemos de que con malas condiciones climáticas venzan otros pueblos las dificultades y de que con malas ó buenas salgamos nosotros sólo perezosamente de nuestro atraso.

IV

¡Y qué estado de campiñas es el nuestro! ¡Vivimos en perpetua crisis! Se habla á todas horas de las *miserias del labrador*, del mismo modo que se alude en muchos documentos, desde hace siglos, á los *apuros del erario*; esperamos sólo nuestro remedio del cielo, como los hebreos el maná santo, y deseamos que con la divinidad colabore de cuando en cuando el Gobierno para darnos resuelto desde la *Gaceta* el problema de producir trigo, de buscarle mercado, de venderle y de que se traduzcan los precios en una razonable ganancia.

Se pide por un lado la baja de las contribuciones y se desarrolla por otro al mismo tiempo la usura campesina, despiadada y sin entrañas, que ahoga al que cultiva y enriquece al que es espectador pasivo de las operaciones agrarias. Varones feudales de zamarra y capa parda, con polvo sobre los zapatos y almas embetunadas, empuñan los recibos del préstamo pedido en los momentos de apuro, obtienen de los tribunales los autos de desahucio y estrujan al pobre deudor con prensas de apariencia legal, más potentes que las de sacar aceite del orujo.

Conozco un hombre caritativo, temeroso de Dios, que habla á todas horas del bien de su alma y huye del enemigo, provisto de tierno corazón, adquirido no sé dónde, que rebosa en ardoroso amor por el prójimo, y sé que este varón santo dió á un su semejante diez y ocho duros en especie por la época de la siembra para cobrar setenta y dos al llegar los meses de la cosecha, que estimaba para él, y con justicia, como una bendición del cielo.

Jamás he visto á otro hipócrita casar mejor, en la apariencia, altas creencias con pasiones bajas más opuestas.

Conozco también la comarca de la Mancha, donde se evaluaba en pago de anticipos á 14 reales la fanega de la misma cebada que se estaba vendiendo en el mercado por cima de 22; quizás formen parte de alguna Liga los modes-

tos negociantes dedicados á estos tratos; pero más que Ligas serán lo que ellos compongan dogales de hierro con que ceñir el cuello de los malaconsejados labradores ó colonos que caigan en sus manos.

Me contaron en otro de mis viajes, con datos fehacientes, la historia de un pobre viudo y de su hija, cuya modesta fortuna fué á engrosar la más poderosa de un cacique de aldea, por negocios de la misma clase, poco después de muerta la madre de familia y luego de enterrados dos niños que llevó á mejores mundos la difteria. El padre tuvo que servir de gañán y la hija de moza de cántaro en la casa de su mismo expoliador, y cuando llegó el momento de percibir por primera vez su soldada, se les negó ésta, porque bien ajustadas las cuentas de lo prestado y de lo devuelto, resultaban todavía en descubierto, al decir del nuevo judío, no mercader de Venecia, sí muñidor electoral y trapacero en los campos de Albacete.

Bajo la influencia de las expuestas y otras causas de igual carácter padece tanto su mundo moral cuanto se destruye su hacienda. Saqueados en su producción, impelidos de uno á otro lado como lanzaderas inconscientes de los telares electorales, castigados unos por delitos que no han cometido y envanecidos otros con la impunidad para sus faltas, intimidados de diversos modos por los tiranuelos de aldea y llenos de pavor por repetidos atentados contra la seguridad personal, pierden su carácter, cultivan la hipocresía y estudian la gramática parda, forman extrañas nociones de lo tuyo y de lo mío, se estiman obligados á servir al vencedor del día, como ciertas mujeres son en cada instante las amadas del afortunado del momento, y dan muestras, en más de una ocasión, con daño de la ley, de una falta de entereza bien poco propia de los hombres que se educan en el campo, que presencian serenos el desplegamiento de las fuerzas naturales y tienen la costumbre de la lucha tenaz que es ley del universo y de la vida.

Llenos están los registros de los juzgados y Audiencias de sumarias de crímenes llevados á feliz término para los secuestradores, á ciencia y paciencia de villas enteras de tres

mil y cuatro mil habitantes, resignados á los atropellos por no contar, según ellos decían, con un puesto de una ó dos parejas de guardias civiles que los protegieran contra los cinco ó seis desalmados que los habían atacado; tal es el sentido que tienen algunos de los medios de defensa personal. Hace próximamente diez ó doce años que un pueblo de más de dos mil almas se dejó sorprender por once facinerosos que le saquearon á su sabor; meses antes habían sentado desnuda sobre parrillas hechas ascua á una pobre mujer para que declarase dónde ocultaba su dinero, sin que sus desgarradores gritos estimulasen el vigor de los trescientos vecinos de la aldea en que moraba, recogidos por prudentes en sus viviendas, con la tranca echada y asustados de los tiros disparados al aire por los tres bandidos que se recrearon durante varias horas en la *humanitaria* operación.

No multipliquemos los ejemplos: basta con los anteriores para que nos representemos en la fantasía el estado moral en que se encuentran muchos aldeanos, y bastará también que nos fijemos en los hechos para comprender que no se explican por la falta de valor individual, y sí en primer término por la desconfianza creada entre los convecinos y el egoísmo infiltrado en las costumbres. La semilla de la indiferencia cae en aquellos rudos corazones desde las clases más elevadas, y fructifica luego lozana y vigorosa, abonada por la ignorancia y la limitación de la inteligencia. Éstos son los resultados que se obtienen, para desdicha del país, convirtiendo á los labradores en instrumentos conscientes ó inconscientes de nuestras ambiciones, empequeñecidas ante sus ojos y privadas de su elemento noble al reflejarse en los codiciosos planes de un dictador con albarcas ó alpargatas, ó en los medios nada escrupulosos empleados por un muñidor electoral.

Hombres notables tenemos que estudian con ardor desde larga fecha los problemas de la agricultura patria y potentados que hablan con elocuencia, talento y brío de los ahogos del terrateniente castellano y de las miserias de sus gañanes: las que no abundan son personalidades que decreten colonias penitenciarias con que formar núcleos de población

en los inmensos desiertos de Castilla la Nueva, que trabajen por la creación de Bancos agrícolas, como el de Segovia, y declaren franca y tenaz guerra á la usura campesina, que funden establecimientos docentes del tipo práctico de los colegios de labradores en los Estados Unidos, que sean organizadores de asociaciones serias para el desarrollo de la producción y no zurcidores de voluntades para cábalas é intrigas, que amen de verdad la educación nacional y no levanten dificultades contra su vida y mejora, que tengan fe en lo que dicen y no siembren en las almas sencillas el escepticismo con lo que hacen.

ENRIQUE SERRANO FATIGATI.





LA CAÍDA DE UN COLOSO

LEYENDA

Al mes escaso de mi llegada á un pintoresco pueblo de la provincia de Murcia, ya me habían enterado minuciosamente de la vida borrascosa y aventurera que llevó, durante muchos años en Madrid, el célebre caballero murciano D. Diego de Camposorio, primer duelista de su época, galanteador impetuoso, maestro de vencer en guerra con los hombres y en paz con las mujeres, terror de los maridos y espanto de los padres, desprendido y fastuoso como el que más, sin escrúpulos como el que menos, mimado de la fortuna por tan milagroso modo que en cuantos lances de amor y honra intervino, y éstos eran á diario, con sólo acometerlos estaba ya asegurado el triunfo; protector del desvalido y sostén del pobre, orgulloso con el magnate y afable con el pordiosero, de nobleza disuelta en la sangre y revelada por las obras, decididor ingenioso y alegre, único rey popular de su dinastía que tuvo por vasallos á las innumerables gentes que le admiraban, temible rival de los valientes, temido azote de los cobardes y á la sazón héroe forzosamente jubilado por el reuma crónico.

Nueva edición de viejo y tradicional *Tenorio* con ribetes de *Quijote*, jamás le infundió miedo nada humano ni divino; pues si con oro, talento ó guapeza se va bien á cualquier

parte, él, que lo poseía todo en altísimo grado, complaciase de meterse en los peligros por el gusto de superarlos á su antojo.

Ni hubo dama esquiva que se le resistiera, ni galán estremo á quien no dominara, valiéndose, según decían en su tiempo, de una influencia satánica que airoso le sacaba siempre de sus riesgosas aventuras. Su lema era «Llega y vence,» y en muchas ocasiones vencía antes de llegar.

El palacio que habitó en la Corte podía competir, por lo concurrido y suntuoso, con el real, que él visitaba con frecuencia en el desempeño de su elevadísimo cargo cerca de los Monarcas, siendo llamado familiarmente entre los de la casa, en vez de gentilhombre, que lo eran muchos, *el hombre gentil*, por no haber otro que más lo fuera.

Á verle y adularle acudían de continuo amigos y adversarios, los unos por engreirse con su trato, los otros para tenerle contento. En cada banquete derrochaba un capital, en cada sarao consumía una fortuna, y sin embargo, el boato de sus trenes y el lujo de su servidumbre y la riqueza de su *hotel* figuraban siempre los primeros entre los de la aristocracia.

Se vanagloriaba de poseer el mejor caballo y la más hermosa dama de Madrid, no reparando nunca en cantidad para adquirir el bruto, ya que la mujer hacía al punto suya en fuerza de lisonjas y estocadas.

Ignorábase si era casado, viudo ó soltero, dado que jamás se le conocieron deudos ni amigos íntimos que descubrieran este secreto. Sólo se sabía que era muy amador, muy bizarro y muy espléndido, que jugaba con buena suerte, sin alterar le nunca la ganancia ni la pérdida, que en los escándalos de amoríos actuaba siempre de protagonista, que se trataba poco con Dios y mucho con el diablo, que su nombre imponía respeto y su figura inspiraba simpática atracción, que sus acciones comentábanse entre alabanzas, y por último, que lo mismo repartía una limosna que un cintarazo.

Según de público se afirmaba en la Villa, esto y más había sido el famoso caballero D. Diego de Camposorio, y tal vez en Madrid queden aún algunos ancianos de ambos sexos,

casi antropólatras suyos, que pudieran certificarlo de ciencia propia.

El relato de sus estupendas hazañas avivó tanto mi curiosidad, que me propuse, á todo trance, entrar en su solariego caserón y ganarme poco á poco la confianza del tal personaje, no sólo para sonsacarle la verdad y el complemento de su historia, sino por contemplar de cerca un ser tan superior y excepcional, á quien había yo dado en mi imaginación proporciones gigantescas.

Meses y años enteros pasábase escondido en aquel castillo encantado, donde apenas penetraba algun antiguo sirviente, desde un día que vino al pueblo tan astroso y espirituado que la muerte se le avecinaba á toda prisa.

Además, logré saber, por añascosa y parlanchina vieja, que todas las mañanas llevaba al *señor* su acostumbrado cuartillo de leche, un dato importantísimo para orientarme en cierto modo, y era que el tal Camposorio había sido casado con una Marquesa muy guapa y rica, de la cual tuvo un hijo que, según oyó decir la Cabrera, hubieron de perecer ambos en un naufragio.

Lo cierto es que el *bueno* de D. Diego ya no tenía caballos en su cuadra, ni carruajes en su cochera, ni criados en sus salones, ni aduladores en su gabinete, ni mujeres en su harén.

Vivía aislado del mundo, sin más compañero que el reuma, hartamente molesto y enfadoso, que apenas le permitía la locomoción, y especialmente en los días húmedos me lo amarraba como con grillete invisible á un duro sillón de vaqueta, en el cual solía dormirse también, porque ahogos y pesadillas no le dejaban acostarse en blando lecho.

Referían los más allegados que allá á la medianoche, entre rezos y conjuros, hacía penitencias horrorosas, prosteronado ante un grande Crucifijo que debía de hablar y aun de moverse, según el trajín de voces y ruidos que se notaba en la habitación de Camposorio.

Y todavía agregaba la Cabrera que todas las madrugadas se veía salir por el cañón de la chimenea una columna de humo sulfuroso capaz de asfixiar al mismo Lucifer en persona, si éste no lo desprendiera al retirarse del aquelarre que

se celebraba todas las noches en el endemoniado y misterioso caserón.

Comprendí, por tan contradictorios informes, que todos exageraban á más y mejor, apretando el tornillo de la mentira en fuerza de querer ser demasiado veraces, y me resolví á entrevistarme con mi héroe de la manera más oportuna y natural, para no despertar recelos, esperanzado de inquirir su vida por demás curiosa y enigmática.

Recabé del médico que le asistía permiso para sustituirle unos días, precisamente en la visita de Camposorio, y hacia él me fuí derecho como flecha deseosa de clavarse en el blanco.

Alma jóven en viejo cuerpo tallado, cuyos rasgos y contornos, algo desdibujados por la ancianidad, denunciaban aún esbeltez, corrección y hasta belleza. Andar torpe como de esposado delincuente, accionar distinguidísimo como de régio príncipe, frase ocurrente y culta aunque un tanto irónica con dejo amargo, espontánea cortesanía que al punto cautivaba, sencillez ingénita que atraía involuntariamente, tendencia á soslayar los asuntos propios, humildad encubridora de antigua y rebelde soberbia, manos rugosas y huesadas, ancho tórax, cuello corto, barba sedosa de largos y rizosos hilos de nieve, boca medio sesgada por incompleta sonrisa, ojos grandes de un negro intenso y luminoso, nariz aguileña, pómulos salientes y cabeza bien frontada y embellecida por luengos y plateados bucles que caían en caprichosas ondas sobre los hombros. Ente por demás raro y original, con aspecto de santo y tonos diabólicos que le hacían del todo incomprensible: éste era el hombre.

Poco tiempo tardé en captarme su simpatía y confianza, merced al asiduo esmero con que yo le cuidababa, poniendo á contribución mis conocimientos para aliviar sus agudísimas neuralgias.

Agradecido en extremo á mis atenciones, me fué confienciando las partes más secretas de su azarosa vida, si bien siempre se parapetaba en infranqueable reserva al tratarse de su familia. Pude, sin embargo, traslucir que no tenía padres ni hermanos y que apenas le quedaba algún pariente muy lejano en el pueblo.

Pero lo más importante, lo verdaderamente dramático que yo ansiaba averiguar, aquel naufragio, citado por la Cabrera, y aquella desastrosa retirada al país natal yacían aún en el misterio.

Cada vez que le visitaba, y efectuábalo diariamente, porque me placía mucho su conversación con toques de gran mundo y de provechosa experiencia, procuraba yo ahondar un poco en el terreno vedado, sirviéndome de mi discreción para no traspasar el límite de sus espontáneas revelaciones.

Un libro *in-folio* llenaría si á narrar fuera los incontables y novelescos episodios que oí de sus labios. Verdaderamente, era un hombre extraordinario, de esos muy escasos que pasan por el mundo dejando en su camino huellas hondas de indiscutible superioridad y pasmosa grandeza, puesto que era grande hasta en su caída.

Ídolo roto que tuvo su culto, sus sacerdotisas y sus turiferarios de tal calidad y con tal abundancia que muchas veces se olvidaba de que era un hombre de carne y hueso como los demás. Rey desterrado, sin más trono, ni más corona, ni más cetro que su férrea voluntad, su idea avasalladora y su corazón valiente y generoso.

¡Qué mudanzas tan inexplicables las de la fortuna! Allí estaba el coloso, casi petrificado en su tosco sillón y reducido á las estrecheces de un villorrio y de una casucha, él que tuvo por patria el mundo y por vivienda un edén.

De tanta opulencia y de tanto esplendor sólo le restaban cuatro paredes grietadas y sucias, media docena de cuadros deslustrados sin estampas de puro borrosas, un vetusto reloj de armario, una mesa coja, unas cuantas sillas desvencijadas, un viejísimo camón de nogal roído á grandes trechos del anobio, un par de pistolas enmohecidas, un haz de espadas, sables y floretes desportillados por el orín y el enorme Crucifijo que, según decían los villanos, *hablaba* todas las noches con su dueño.

¿Eran estas cosas vestigios de ruina, ó señales de desprecio mundanal y arrepentimiento?

Pronto se me ofreció la ocasión de conocer la clave del impenetrable enigma.

Una noche lluviosa y fría vino precipitadamente la cabrera á llamarme para que fuese con urgencia á ver al *señor*, que hallé tendido sobre el suelo, sin pulso y casi exánime, á los pies del Crucifijo.

Auxiliado de dos ó tres vecinos y un viejo sirviente, colocamos en el lecho á Camposorio, completamente privado del sentido á consecuencia de un ataque de *asistolia*.

Prescribíle los más eficaces remedios, y á la hora del accidente ya había recobrado el entendimiento y la palabra.

Ordenó despejar la habitación, cerré las puertas, oprimió cariñosamente mi mano, y en la creencia de que moriría en breve, quiso descargarse de un peso moral enorme, relatándome el suceso más inaudito, horrible y trágico que en humanas andanzas habrás visto.

Y dijo así:

—Va usted á ver, amigo mío, la mancha más negra de mi vida. Penetre usted conmigo en el abismo de mi infamia, y en vez de escupirme al rostro, téngame compasión, porque hartó he sufrido y estoy sufriendo en mi perpetuo calvario. Esa bendita cruz, que constituye mi única consolación, es testigo de que hablo á usted con la voz de la conciencia.

Ya sabe usted lo que he sido. Cansado de Madrid, donde se me tenía por el rey del valor y la elegancia, y por lo mismo empezaba ya á enojarme esta monótona celebridad, exhausta mi bolsa y atediado de mis queridas, decidí partirme á Cuba. El juego no me fué allí propicio, y en pocos días perdí los residuos de mi pingüe herencia, á cambio de un sinnúmero de conquistas en amores y victorias en desafíos que publicaron por toda América mi fama.

Atisbé riquísima, huérfana y linajuda criolla, tan enamorada como hermosa, y éralo mucho; pensé enlazarme con ella para salvar mi angustiosa situación, y del intento al logro no me costó más que dar el primer paso.

La lindísima y joven Marquesa de Togores fué en breve mi esposa y al año me hizo padre del niño más precioso de la isla. Pero mi carácter voltario é impetuoso no se avenía fácilmente á la vida tranquila del hogar, máxime cuando ni mi mujer ni mi hijo me inspiraban el tierno amor de la fa-

milia, y más bien me servían de odiosas trabas que me impedían proseguir mis aventuras. Así, pues, resolví abandonarlos para siempre, y aprovechándome de los poderes generales que tenía de mi esposa, realicé secretamente á metálico lo mejor de su cuantiosísima hacienda, adquirí un *yacht* de recreo, me marché en noche infausta de la Antilla y recorrí el extranjero, fijando, por último, mi residencia en París, donde un día leí casualmente en un periódico que el vapor *Delfín*, procedente de Cuba, había naufragado en aguas de Cádiz, y entre la lista de pasajeros que no pudieron salvarse figuraba el nombre de mi desgraciada esposa.

Confieso que esta noticia me produjo al pronto cierta pena, particularmente por el desamparo de mi hijo, á quien no pude olvidar y de buena gana hubiera traído junto á mí. Pero á la semana siguiente, repuesto de una sensiblería tan desusada, que exaltó mis nervios en algunas noches de insomnio, volví despreocupado á mis habituales orgías.

Veinte años transcurrieron, para mí como veinte minutos, y hastiado ya de París, después de haber conseguido igual boga y renombre que en las demás poblaciones anteriormente visitadas, torné á la corte española, primer palenque de mis gloriosos éxitos.

Mi regreso se celebró entre fiestas y regocijos del gran mundo; y como mi *puesto* estaba aún vacío, lo ocupé de nuevo con general aplauso.

Á la caída de una tarde de otoño, jineteaba yo en brioso corcel por Recoletos, cuando divisé en lujosa carretela á hermosísima joven acompañada de distinguida señora más entrada en años que, según me dijeron, eran una Condesa andaluza y su hija, recién llegadas á Madrid.

Me prendé al punto de aquella joya humana y dirigí mi caballo en su seguimiento, sin advertir que al estribo de su coche iba escoltándola un arrogante oficial de húsares que disimuladamente me cortó el paso. Me obcequé en seguirla y el militar en estorbármelo, por lo que deduje si sería su novia, hasta que haciendo una de las mías, al verle tan importuno y oír que por lo bajo me denostaba, le crucé el rostro con mi latiguillo en pleno paseo de la Castellana. Obra

de un segundo fué desmontarse y arrojarme con violencia de mi caballo, pateando furiosamente todo mi cuerpo é hi-riéndome en la cara con su espuela. Lo que por mí pasó entonces es indecible. Cuando me vi libre de sus ataques, monté ciego de ira en mi noble bestia, busquéle á la indecisa luz de los faroles, y al topármele otra vez junto al coche, le dije descompuesto: «Si no es usted cobarde, véngase conmigo para matarnos cuanto antes.» Y corrí á carrera tendida en dirección de la Ronda de Atocha, oyendo tras mí el violento galopar de otro caballo.

Parecíamos fantásticos engendros empujados por un huracán de rabia que ahogaba nuestros alaridos y maldiciones; dos furias abortadas del averno para despedazarse al choque y beberse luego la sangre del vencido.

Había ya cerrado la noche por completo. Rojiza luna en el lleno iluminaba con trémulos y encarnados reflejos las extensas llanuras que traspasábamos vertiginosamente, alejándonos más y más de la población.

Á la entrada de una alameda de Aranjuez y casi á un mismo tiempo hicimos alto, echamos pie á tierra, nos encaramos como dos tigres hambrientos y exclamé: «Puesto que he sido el primero en provocarte, espada cuelga de tu cinto, toma la hoja y venga la vaina de acero, que con ella me basta para dar cuenta de tí. Encomiéndate á Dios, si crees en él, pues serías el primer adversario á quien yo no matase.» Pusímonos en guardia, requerimos nuestras desiguales armas y principió entre ambos una lucha terrible y sanguinaria, más propia de fieras que de hombres. Aunque el mozo era hábil, y se batía denodadamente, pronto comprendí que le aventajaba en destreza, y en efecto, no tardé en desarmarle, que era mi propósito, para apoderarme de él y saciar mi venganza en proporción de la brutal ofensa. Un resto de nobleza, al verle inerme, me obligó á contentarme con exigirle que se arrodillara ante mí en prueba de humillación; pero el mancebo, que era muy duro, contestó golpeando fuertemente mi mejilla.

Á este nuevo insulto me decidí á matarle. Cogimos por segunda vez las armas, que troqué intencionadamente, en

uso de mi derecho, y al primer encuentro asestéle en el corazón una estocada que le hizo caer muerto, pronunciando estas fatídicas palabras: «¡Maldito seas!»

Me incliné un poco á contemplar ferozmente su corta y cruel agonía, registré los bolsillos del húsar ya cadáver, por si hallaba en ellos algo que me diera á conocer al único hombre que no me había temido, abrí una cartera y de ella saqué con sorpresa un retrato de mi esposa, que al verle me hizo temblar, y unas cuantas tarjetas en las que leí horrorizado mi mismo nombre: *Diego de Camposorio, Marqués de Togores*. Todo lo comprendí. Acababa de asesinar vilmente al hijo de mi vida. Con razón me había maldecido antes de morir. ¡Piedad, Señor! Ya estoy bien castigado.

Se le anudó la lengua al pobre anciano, levantósele el pecho, miró lastimosamente al Crucifijo, cerró los vidriados ojos, estremeciósese en convulsión horrible y espiró entre mis brazos.

Después de tremenda y justísima expiación, el coloso había caído en la nada para siempre.

J. PONS SAMPER.





PERTENECE A LA BIBLIOTECA
ATENCIÓN DE ACCIONES

JUAN DE TOLEDO

(CONCLUSIÓN)

VII

La dulzura, que encanta, y la autoridad, que se impone, se unían por modo admirable en el temperamento del artista; la modestia, que tiende á buscar la sombra, y el genio, que brilla más cuanto es más densa la penumbra que le envuelve. Se le quería en la corte de los Felipes por su sencillez, por la honradez de su conciencia, y se le admiraba por el temple de su corazón y por la fecundidad creadora de su genio, cuya fama se extendió por toda España.

Prelados de muchas diócesis y comunidades le solicitaban, á fin de que sus iglesias y conventos poseyesen alguna muestra de él. Ceán Bermúdez dice que *La Institución de la Orden trinitaria*, lienzo que ocupa el retablo del altar mayor del convento de Trinitarios descalzos de Alcalá de Henares, se debía al pincel de Juan de Toledo, como también *Santa Ana dando lección á su hija*, excelente pintura que tenía en mucho la Comunidad de franciscanos de Talavera de la Reina. Hoy día han desaparecido tales lienzos; en ninguno de los templos de Alcalá y de Talavera existen. Infinidad de riquezas artísticas pertenecientes en otro tiempo á nuestra patria,

figuran hoy, con mengua del decoro nacional, en muchos museos extranjeros.

Uno de los puntos en que con mayor insistencia solicitaban á nuestro pintor era Granada. Muerto Felipe III en 1621 y desterrados de la corte de España la mayor parte de los personajes que le favorecían, no vaciló en aceptar las ventajosas ofertas que le hacían de la ciudad morisca, y allá trasladó su residencia. Se ignoran en detalle las producciones que dejó durante los muchos años que allí permaneciera; sólo se sabe que para muchos particulares, así como para la mayor parte de aquellos templos, no estuvo su pincel ni un momento ocioso. Después de permanecer larga temporada en Granada, concluidos ya todos sus compromisos artísticos, se dirigió á la ciudad de Murcia, donde entre las varias obras que también allí dejó debo mencionar *La Asunción de Nuestra Señora* que le encargó la Congregación de Caballeros seculares del colegio de San Esteban.

Además, en la sacristía de la capilla del Rosario, del convento de Santo Domingo de dicha ciudad, se conserva en la mayor estimación un cuadro de gran tamaño que representa *La batalla naval de Lepanto*, cuya invención, composición y dibujo son de Juan de Toledo, y el colorido se dice ser de Mateo Gilarte, por más que este punto no está en la actualidad suficientemente aclarado. «No confirman, dice el Sr. Cruzada Villaamil, refiriéndose á Gilarte, la noticia de la mucha fama que en su tiempo se dice que gozó en Murcia este pintor, discípulo de Ribalta, los cuadros que de su mano guarda el Museo de Madrid, y ni por ellos se puede conocer que se ayudaran á pintar Gilarte y Juan de Toledo.» D. Pedro Madrazo, en su catálogo del Museo del Prado, dice también lo siguiente: «Habiendo hecho éste (Juan de Toledo) el lienzo principal de *La Asunción de Nuestra Señora* para la Congregación de Caballeros seculares del colegio de San Esteban de la Compañía de Jesús de Murcia, Gilarte pintó para la misma congregación, en varios lienzos, *La vida de la Virgen*, de cuya serie posee el primer cuadro, es decir, el del *Nacimiento de la inmaculada Señora*, este Museo. Este hecho averiguado de haber vivido en estrecha amistad y pintado

con gran frecuencia juntos Mateo Gilarte y Juan de Toledo nos confirma en la sospecha de que se equivocaron Palomino y Ceán en las fechas del nacimiento y de la muerte del primero, porque mal pudieran haberse tratado como compañeros un hombre de cincuenta y cuatro años y un niño de diez y seis, á ser cierto que Toledo muriese de cincuenta y cinco años en 1665 (1) y que Gilarte naciera en 1648.» Belmonte asegura que aunque este último ayudó á Toledo, no puede deslindarse con exactitud la parte que á cada cual le corresponde en la notable pintura de *La batalla de Lepanto*. El Museo provincial de Murcia posee también de nuestro paisano un *Desembarco* de buen efecto, aunque de reducidas dimensiones.

El Museo del Prado pasa con razón por ser el más considerable y el más rico en obras excelentes, de los que hay en Europa; sólo tres de éstas hay en él del artista en cuestión, que el catálogo de dicho Sr. Madrazo detalla así:

Núm. 1.045. *Combate naval entre españoles y turcos*. (Alto, 0,62. Ancho 1,10. Lienzo.) Por entre el humo de los disparos de la artillería se ve en el fondo una hermosa galera turquesca echada á pique, y en primer término un sangriento abordaje de dos lanchas enemigas con gente que cae al agua y otras dos que se preparan á continuar la refriega.

Núm. 1.046. *Desembarco y combate*. (Lienzo de iguales dimensiones.) Se ven en la playa infantes españoles ó flamencos luchando con jinetes turcos, y en la mar embarcaciones con soldados otomanos y cristianos.

Núm. 1.047. *Combate naval*. (Lienzo de iguales dimensiones.) Á la izquierda un abordaje de dos lanchas en primer término y una fragata incendiada en lontananza, y á la derecha una galera turca pasando por ojo á una nave enemiga.

(1) Como ves, también el Sr. Madrazo participa del error que atribuye el nacimiento de Toledo en 1611.

VIII

Por los años de 1640 tenemos otra vez instalado á nuestro artista en Madrid, y por entonces es cuando prudentemente se puede creer que pintaría en la bóveda del convento de Santo Tomás de Aquino, de religiosos dominicos, al *Santo ofreciendo sus obras á Cristo crucificado* (1). Este fresco, que llamó la atención de todo Madrid por su brillante colorido y composición, y que vino á confirmar la reputación de su autor, no existe ya desgraciadamente: el 13 de Abril de 1872 fué presa este templo de un espantoso incendio, que hizo necesario su derribo total.

Desde esta última muestra del genio de nuestro pintor hasta 1665, año de su muerte, me son en absoluto desconocidos detalles referentes á su personalidad, pudiendo deducir tan sólo que sus últimos años fueron amargados por desengaños é ingraticudes, estando plenamente probado que murió en la mayor miseria.

No debemos extrañar que concluyera sus días de manera tan deplorable, teniendo en cuenta su carácter y el estado de corrupción é inmoralidad á que había llegado la sociedad en el reinado de Felipe IV; en esta época nuestra patria, política y socialmente, pasa de la debilidad á la impotencia. «La pobreza, escribe D. Felipe Picatoste, comenzada en tiempo de Felipe II, continuó en rápido aumento, favorecida por los mismos remedios que contra ella se ideaban. Los conventos se veían asediados de pobres, las poblaciones de mendigos y los campos de salteadores. Felipe III mandó expulsar á los extranjeros de España «porque comían mucho pan,» y acudió al humillante medio de poner un ce-

(1) Y no en la bóveda del templo de Atocha, como involuntariamente dicen los Sres. Saavedra (D. Augusto) y Cánovas (D. Francisco), tomando, sin duda, el nombre de la calle de Atocha, en que estaba situado dicho convento, por la basílica del mismo nombre, al final del paseo.

pillo en las puertas de las iglesias, pidiendo limosna para las necesidades del reino.

«El lujo y la ostentación de las fiestas, á que era tan aficionado Felipe IV, se mezclaban de un modo incomprendible con la pobreza diaria, con la falta de alimentos y con el desaseo personal, que produjo muchas enfermedades. El hambre llegó á ser distintivo de algunas clases sociales, como los estudiantes, los hidalgos y los soldados.»

«La moral no existía en ninguna de las clases de la sociedad, añade un sabio catedrático amigo mío (1), y la justicia se compraba y vendía como vil mercancía. Dígolo porque si á su tiempo tuviera yo esos veinte ducados que vuesa merced ahora me ofrece, hubiera untado con ellos la péñola del escribano y avivado el ingenio del procurador, de manera que hoy me viera en mitad de la plaza de Zocodover de Toledo, y no en este camino, atraillado como galgo.....» (2).

La industria se hallaba en la postración. Las costumbres llegaron á la más espantosa corrupción y relajamiento. Los galanteos y las aventuras amorosas del Rey y de los cortesanos se habían hecho, como natural consecuencia del espíritu de aquella sociedad, el gusto y la ocupación de todos, grandes y pequeños, eclesiásticos y seculares. Véase el siguiente cuadro que también hace un escritor moderno de la inmoralidad de aquella época:

«No hubo en Madrid, dice, bien pronto moralidad alguna: quedaba la soberbia, quedaba el valor, quedaban algunos rasgos distintivos del antiguo carácter español, pero no las virtudes..... Pintaba con exactitud, sin duda, D. Francisco de Quevedo los vicios de la época; no hay grande encarecimiento en sus descripciones. Su desenfado podía ser muy peligroso entonces, y fué con efecto perseguido el poeta, con pretextos varios, entre los cuales hubo uno injustísimo, que fué el de que mantenía inteligencia con los franceses. La verdad era que había hallado medio de poner ante los ojos del

(1) Ortega y Rubio. *Historia de España*, tomo II, pág. 325.

(2) Cervantes, *Don Quijote*, Parte I, cáp. XXII.

Rey un memorial en verso, donde apuntaba las desdichas de la república, señalando como principal causa de ellas al Conde-Duque. Siguióle el aborrecimiento de éste hasta el último día de su privanza, y así estuvo Quevedo en San Marcos de León durante cerca de cuatro años, los dos de ellos metido en un subterráneo con cadenas é incomunicado. Y no fué poco que no le degollasen, como al principio se creyó en Madrid, recordando otros ejemplares. Pero mientras aquel terrible censor pagaba así sus libertades, la Corte, los magistrados y los funcionarios de todo género acrecentaban sus abusos cada día; y entre tanto hervía España, y principalmente Madrid, en riñas, robos y asesinatos..... Pagábanse cada día muertes y ejutábase notoriamente el oficio de matador; violábanse conventos, saqueábanse iglesias, galanteábanse sin reserva monjas, como mujeres particulares; eran diarios los desafíos, riñas, asesinatos y venganzas. Léense en cartas y avisos de la época continuas horrendas tragedias, que muestran no mucho más respeto á las cosas de Dios que á las de los hombres. Tal caballero, rezando á la puerta de una iglesia, era acometido de asesinos, robado y muerto; tal otro, llevaba á confesar á su mujer para quitarle al día siguiente la vida y que no perdiese con el cuerpo el alma; éste, acometido de facinerosos en la calle, se acogía debajo del palio del Santísimo, y allí mismo era muerto..... En quince días hubo en Madrid sólo ciento diez muertes de hombres y mujeres, muchas en personas principales.....» (1).

Tal es el tristísimo estado que ofrecía la Corte de España en los últimos años de la vida de Juan de Toledo. Con émulos que le escarnecen, con amigos celosos que le traicionan, olvidado de los más, agotados todos sus recursos, de edad avanzadísima, entregó su alma á Dios, completamente desamparado, el día 1.º de Febrero de 1665, el mismo año que también murió Felipe IV.

El valiente guerrero de los tercios castellanos, el protegido del Archiduque, el pintor de más fama en la Corte de Felipe III, el que tan brillantes muestras dejó de su genio privi-

(1) Cánovas del Castillo, *Casa de Austria*, p. X.

legiado, así en su patria como en Italia y en los Países Bajos, murió en el Hospital de Corte, siendo enterrado de limosna por Gregorio Muelles, lacayo de la Reina, tabernero de Corte en la calle del Lobo (1). ¡Sic transit gloria mundi!

Sacrificó su existencia abnegado y tranquilo; recogió por premio ingratiudes y desdenes, y murió sin exhalar una queja, sin pronunciar una exculpación, como un justo que en la despedida suprema tiende sus manos bendiciendo y perdonando.

La muerte de nuestro desgraciado paisano pasó desapercibida en la corroída sociedad de la Corte de los Austrias. «El regocijo mundano, leo recientemente en un acreditado diario de aquí, se interrumpe alguna vez, en apariencia, cuando muere un Monarca, un General bizarro, un político ilustre, un orador insigne ó un famoso banquero..... El héroe anónimo que muere al pie de la trinchera en defensa del decoro nacional y al objeto de que sus jefes adquirieran nuevas cruces y distinciones, no puede ni debe turbar con nota discordante la perfecta armonía del orden..... militar.

»Esos otros soldados

de la recia batalla de la vida,

que no tienen otros méritos que su honradez acrisolada y su laboriosidad perpetua, que luchan valerosamente á brazo partido contra una adversidad sin término y un dolor sin tregua..... esos, al desaparecer un día como grano de arena en la superficie del mar, no deben tampoco turbar en lo más mínimo este admirable concierto social.»

.....

Ceán Bermúdez, como Madrazo (D. P.), celebran en el pintor Toledo la riqueza en la composición, la vida y movimiento de las figuras y la brillantez del colorido, aunque su dibu-

(1) Así consta literalmente en la partida de defunción hallada por mí en el archivo de esta parroquia de San Sebastián, lib. XII, fol. 241. La misma partida, sucinta por demás, como todos los documentós de igual clase de aquella época, añade que *casó con Catalina de Amós, y no testó por ser pobre.*

jo es algo descuidado, y Cruzada Villaamil «buen colorido, acertado claroscuro y dibujo mediano.»

He concluído, amigo Campoy, esta larga epístola. No pondré punto final sin manifestarte antes que en el Archivo de Simancas (1) existe, además del dato que te dije, una relación de servicios de un *Juan de Toledo*, teniente de capitán general de artillería de la plaza de San Miguel de Ultramar, fecha 31 de Octubre de 1669, donde se expresa que era hijo del capitán Juan de Toledo.

Según consta también en dicho Archivo (2), «otro Archiduque Alberto, en carta dirigida á S. M., fechada en Bruselas en 26 de Diciembre de 1697, le suplica haga merced de un hábito de San..... (no lo dice), á D. Juan de Toledo, gentilhombre de boca de S. A., en atención á sus servicios y á los del alcalde de Alvar-García, su padre.»

Confío que tu erudición y buen criterio sabrán subsanar los defectos de esta mi extensa epístola, teniendo en cuenta lo mucho que he tenido que averiguar hasta verla ultimada y mi probado afecto á las cosas del país que nos vió nacer.

Tu afectísimo amigo,

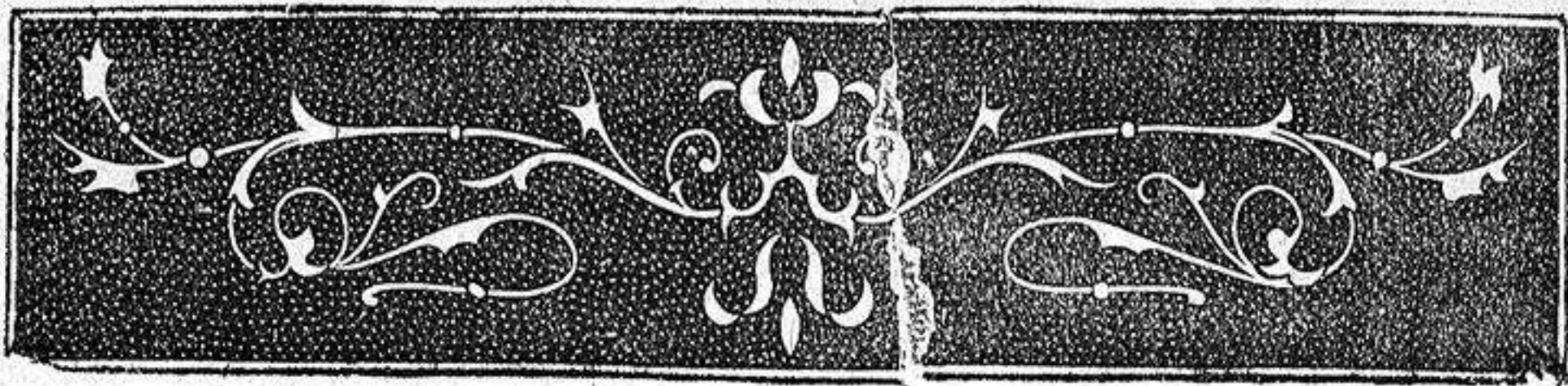
F. CÁCERES PLA.

Madrid y Diciembre de 1890.

(1) *Servicios militares*, legajo 51, folio 18.

(2) *Estado*, legajo 614, folio 74.





PERTENECE A LA BIBLIOTECA
ATENEO BARCELONÉS

APÓLOGO ⁽¹⁾

LA FUENTE Y EL AMARANTO

—¿Por qué no me agradecéis,
¡oh, flores! el bien que os hago?
Decía la clara fuente
murmurando.

Por mí tenéis lozanía
y alimento todo el año;
y en mis linfas un espejo
do miraros.

Agradecédmelo al punto,
pues si no lo hacéis, me enfado
y me voy por otra parte
caminando,

hasta encontrar flores bellas
que me paguen con halagos
los inmensos beneficios
que derramo.

—Enfádate ya, si quieres,
replicóle un amaranto,
y á murmurar á otra parte
ve á buen paso.

Mas sabe que el bien que hicieres
no le será á nadie grato,
mientras lo hagas como ahora,
murmurando.

ADALMIRO MONTERO.

(1) De una colección de poesías próxima á publicarse.



¡DIOS!

Humillado el corazón, atónita el alma y estremecida la mano de pavor, tomo la pluma para diseñar Tu esencia.

Mas ¿qué espíritu podrá comprenderte, y á qué lengua será dable balbucear Tu nombre, ¡oh Inefable! «cuando es más fácil decir lo que no eres que lo que eres?» (1)

El vestido de gloria y de belleza y el manto de luz que Te rodean (2), no dejan penetrar la ávida deslumbrada vista del Ángel que, mudo de admiración, Te adora, cubriendo con sus alas su rostro ante Tí, y el ardiente corazón del Serafín no puede sentir Tu magnificencia: «¡oh bien sin cualidad, oh gran-

(1) *Facilius dicimus quid Deus non sit, quam quid sit.*—San Agustín, Salmo 81.

El famoso Goethe, después de definir, en el *Fausto*, á Dios, de un modo más panteístico y sentimental que racional y filosófico, concluye profundamente:

A ese bien, de ningún modo
Hallo palabra adecuada:
El nombre no importa nada;
El sentimiento es el todo:
Pues la palabra mejor
Humo es, que empaña y altera,
Cual pábilo de una hoguera
Su celestial resplandor.

Traducción de D. Teodoro Llorente, pág. 229.

(2) Salmo 103, v. 2.

de sin cantidad, oh creador sin necesidad, oh presente sin localidad, oh sempiterno sin tiempo, oh motor inmóvil!» (1)

Á *Tí*, dentro de todo y fuera de todo, á *Tí*, sobre todo y debajo de todo (2), á *Tí*, existente en *Tí* mismo como Alfa y Omega; todo ojo, porque todo lo ves; todo mano, porque todo lo obras; todo pie, porque estás en todas partes (3): ¿quién pretenderá conocerte sin disminuir Tu grandeza, oh piélago inmenso de todas las perfecciones?

Gozándote en tu esencia infinita y para manifestación de tu gloria, llamaste á la vida por puro amor (4) á la creación, copia sensible de tu imaginación, llevando en Tu omnipotente mano la aguja, que marca en el tiempo, móvil imagen de tu eternidad inmóvil, la ascendencia en la misteriosa escala de la nada, al átomo, y del átomo á los soles, hasta que digas «¡basta!» y «los cielos y la tierra, que hoy están bajo la salvaguardia de tus palabras, pasando como arrebatados por tempestad violenta, sean devorados por el fuego en el día del juicio, y de la ruina de los impíos» (5).

Tu sabiduría ha extendido los cielos, pintándolos de *Tu* majestad, como pabellón espléndido que tapiza el atrio de *Tu* inaccesible alcázar, oh Dios escondido, y *Tu* espíritu, cerniéndose sobre el inconmensurable abismo de la nada, ha dado calor al vacío, fecundándolo hasta poblarlo de mundos que exceden al más atrevido cálculo y á la imaginación más voladora. ¡*Tú* solo sabes su número! ¡*Tú* solo sabes su nombre! «¡Oh! ¿quién podrá explicar los fenómenos de los cielos, quién podrá imponer silencio á la voz de su concierto?» (6)

«No hay discurso ni lenguaje que puedan ser mejor entendidos que el del firmamento. Brilla en todo el universo y resuena hasta sus extremidades» (7).

Subiste sobre un querubín, y «sea la tierra» dijiste, y

(1) San Agustín, *De Trinit.*, lib. V, cap. I.

(2) San Gregorio, *super Ezech.*, hom. 17.

(3) San Agustín, Salmo 120.

(4) *Creavit Deus homines, ut haberet quibus beneficeret.*—San Agustín.

(5) 1.^a Petr., 11-3.

(6) Job., 38-39.

(7) Salmo 18-1

«precipitándose el polvo y consolidándose en el seno del agua» (1), al calor fecundante de tu Verbo creador, apareció árida é informe, flotando en el espacio; «la afirmaste sobre sus fundamentos, y los siglos de los siglos no lo harán inclinar» (2); tuviste el viento entre tus manos, y la rodeaste de él como con un vestido; las aguas cubrían toda su superficie, y tus amenazas las hicieron huir y la voz de vuestro trueno las llenó de terror; eleváronse las montañas y descendieron los campos (3), y mandaste al Océano, «esposo de la tierra» (4), «á ocupar el lecho que le habías preparado» (5); estaba en tinieblas, y á tu imperativo acento (6) la bruñiste con el mágico poema de la luz, alma de los mundos, reflejo de tu mirada que hiciste ondular, engarzando en todas sus moléculas este inmenso esmaltado diamante; «con las fuentes que hiciste brotar en los valles, y con las aguas que mandaste correr por las laderas de las montañas (7), «la aparejaste espléndida morada para recibir á su Señor que, tomando consejo en *Ti* mismo» (8), formaste con tus manos, todo en circuito, exprimiéndole como leche, y como queso que se cuaja, vistiéndole de piel y de carne, y compaginándole de huesos y de nervios (9).» *Tu* amoroso beso le

(1) Job. 37-38, y 2.^a Petr., 3-5.

(2) Salmo 103.—Este cántico magnífico, conocido con el nombre de *Himno de la creación*, ó de los siete días, arrebatava de admiracion á Alejandro Humboldt, que en parte lo cita en su *Cosmos*.

(3) Ídem.

(4) El Santo Rey David, poeta que no ha tenido igual, expresa con maravillosa gracia y vigor las bodas del mar con la tierra.

(5) Salmo 103.

(6) *lei or, vaei or*, «luz sea, luz fué,» dice el texto hebreo: imperativo y pretérito remoto, que añade, si es posible, más energía y sublimidad al *Fiat lux et facta est lux*, de la *Vulgata*.

(7) Véase el tantas veces citado Salmo 103.

(8) *Faciamus hominem*, etc. «No por una orden, sino por un consejo, procede Dios á la creación del hombre,» dice Bossuet en las *Elevaciones sobre los misterios*, cuarta semana, elevación quinta.

(9) Job, cap. X, vs. 8-10-11.

Inspirándose en estas ideas, ha cantado un muy amigo mío:

¿Qué es Dios más que un artista soberano
Que en un acto de amor, con mano pía,

imprimió el luminoso sello de Tu imagen y semejanza (1), aparejándole para las contemplaciones del cielo, y conviéndole al festín de la verdad que ha dispuesto Tu sabiduría (2).

«¿Qué es el hombre para que así te hayas ocupado de él y el Hijo del Hombre para haber descendido hasta él? Tú le has hecho casi igual á los ángeles; creaste en él la ciencia del espíritu; llenaste su corazón de sentimientos; le hiciste conocer el bien y el mal y le iluminaste con la luz, para que pueda apreciar la grandeza de tus obras; para que alabe la santidad de Tu nombre, y para que Te glorifique al recuerdo de Tus maravillas» (3).

Imagen viviente de Tu divina sustancia, libre del tiempo y del espacio, por su espíritu inmortal configurado á la hermosura de tus operaciones y de tu vida sacrosanta, le hiciste Pontífice de Tu autoridad soberana, coronando la obra de la creación. En presencia de la naturaleza que le pedía un Señor, ceñiste su altiva frente de real diadema, y «todo lo pusiste á sus pies: los rebaños de los campos, las aves del cielo y los peces que trazan en el fondo de las aguas sus mó-

Llenó, con su palabra creadora,
 Los espacios de luz multicolora,
 Y en olas de armonía
 Hizo gemir al viento;
 Fabricó la soberbia arquitectura
 Del orbe y firmamento;
 Y, cúpula grandiosa, que en sí encierra
 De su mano admirable la hermosura,
 Buriló por sí mismo la escultura
 Del hombre, soberano de la tierra?

(1) *Signatum est super nos lumen vultus tui, Domine.*—Salmo 4.º

(2) *Sapientia..... posuit mensam suam.*—Prov. 9-2.

(3) Eccles., 17, v. 6 y siguientes. Cuán profundamente comprendía Shakespeare al hombre, cuando exclamaba en el *Hamlet*, acto segundo, escena segunda: «¡Qué obra maestra es el hombre! ¡Cuán noble por su razón! ¡Cuán infinito por sus facultades! ¡Cuán admirable y expresivo por su forma y por sus movimientos! ¡Cuánto se asemeja á los ángeles en su acción! ¡Cuán semejante á Dios en sus concepciones! ¡Es la maravilla del mundo, y el tipo supremo de los seres animados!»

viles surcos (1).» «¿Qué lugar hay donde se forma la plata, qué retiro donde se oculta el oro, adonde el hombre no haya descendido? Ha sacado el hierro de la tierra y arrancado el cobre á la piedra. Hace retroceder los confines de las tinieblas y descubre hasta en las rocas tenebrosas que avecinan la sombra de la muerte. En los montes abre caminos que jamás han llevado las huellas de sus pasos, y se encierra en las entrañas del globo, rompe las rocas y derriba los montes hasta la raíz, abre paso á los ríos á través de la fuerza, y descubre sus tesoros más ocultos, detiene sus cursos y muestra sus profundidades á la luz» (2).

¡Oh, sí! El hombre es Rey: saluda, creación, saluda á este monarca soberbio, y tú, monarca, saluda también al Rey de los Reyes y al Señor de los Señores. *Él* te ha hecho sacerdote, *sacerdos*, para rendirle la adoración que la criatura debe á su creador. *Él* te ha hecho pontífice, *pontifex*, puente colocado entre lo finito y lo infinito, para transmitir las sublimes voces del cielo y de la tierra que, impotentes, espirarían en el dintel de las mansiones eternas, si tú no transformases su lenguaje, marcándolas con el sello de tu inteligencia libre y de tu corazón amoroso. Sí, ven, póstrate y saluda, porque eres el *omnis terra* que el real profeta convidaba á la oración y á la alabanza de Jehová (3).

¡Oh Dios! ¡Cuán infinita es tu omnipotencia! Llamas á las estrellas, y brillando con alegría ante tu presencia te dicen: ¡hénos aquí!; tocas las montañas y humean; gritas al mar y lo secas; con tu soplo disuelves los imperios, y el enojo de tu mirada enciende el Tártaro; tienes por heraldo á la magnificencia de la Aurora; cuando colocas tu tienda en la nube ó cabalgas la tempestad, los montes de los siglos se reducen á polvo y las colinas del mundo se humillan ante las vías de Tu eternidad. «Cuando abres Tu mano, todo se llena de bie-

(1) *Omnia subjecisti sub pedibus ejus, oves et boves universas insuper, et pecora campi, volucres caeli, et pisces maris, qui perambulant semitas maris.*—Salmo 8.º

(2) Job. 28.—¿Con qué acentos no harían resonar su lira Job y el Salmista, si vieran hoy al planeta aprisionado en nuestros telescopios y telégrafos, crisoles, alambiques y locomotoras?

(3) *Omnis terra adoret te, et psallat tibi.*—Salmo 15.

nes excelentes, pero si separas Tu mirada todo queda en la turbación; cuando retiras Tu espíritu, todo cesa de vivir y cae en el polvo» (1). «A Tu voz la multitud de las aguas se reúne en el cielo: las nubes corren desde las extremidades de la tierra, creas la lluvia con el rayo y haces salir los vientos de sus receptáculos» (2).

Todos los frutos benditos que de la nada hizo brotar Tu santísima palabra, cantan en armonioso é inmenso concierto: ¡poder! ¡bondad! ¡sabiduría infinitas!

Y esa primera vida que arranca al planeta sus jugos nutricios, y el cedro que ennoblece las cumbres del Líbano, y el hisopo que se arrastra á sus pies, y todas las plantas de tantos colores y formas, encantos y virtudes: ¡poder, bondad, sabiduría infinitas!

Y el insecto que se ahoga en una gota de rocío, y el gran dragón de los mares que has creado como para burlarse de sus ondas (3), y la alondra, profeta de la luz, que en armoniosa cascada deja caer, á través del espacio y del silencio, sus notas argentinas, y el águila gentil, reina del vago viento y de las aves, y el león rugiente en el desierto: ¡poder, bondad, sabiduría infinitas!

Y el río de mi vida, que se precipita en ardientes ondas por mis trémulas venas, y las cadenciosas palpitations de mi corazón, y las ondulaciones de mi pecho, y las sublimes conmociones de mi cerebro, y mi Verbo, hijo de mi alma, y mi alma, hija tuya: ¡poder, bondad, sabiduría infinitas!

¡Oh, mi Dios y mi Señor! ¿En dónde habitas?... Si con el Profeta Rey subiere al cielo, allí estás; si descendiere al infierno, allí te encuentro; si tomare las alas del alba y habitare las extremidades del mar, aun allí me guiará Tu mano y me asistirá Tu diestra, ¡oh inmenso!

Tu nombre es *Adonai*, el Señor. ¡Tu voluntad santísima es la regla á que todo se somete y la última razón de todos los movimientos de los mundos; nada hay pequeño ni gran-

(1) Salmo 103.

(2) Jer., 10-13.

(3) Salmo 103-27.

de cuando *Tú* hablas, porque eres Señor de Señores, *Domini- nus dominantium!*

Tu nombre es *Helion*, el Omnipotente. ¿Quién pondrá límites á tu fuerza infinita? Con una palabra de tu boca admirable lo has producido todo de la nada, y á la nada puedes volverlo todo de nuevo con otra palabra.

Tu nombre es *Jehová*, el Ser eterno. Todo lo ves pasar desde el glorioso trono de tu eternidad inmóvil; el cielo y la tierra se van; el regio manto, bajo el cual ocultas tu gloria, gástase á cada instante, pero tú sigues siempre el mismo; tus años son sin declinación, porque son sin días. *Omnes sicut vestimentum veterascent, tu autem ipse est, et anni tui non deficient* (1).

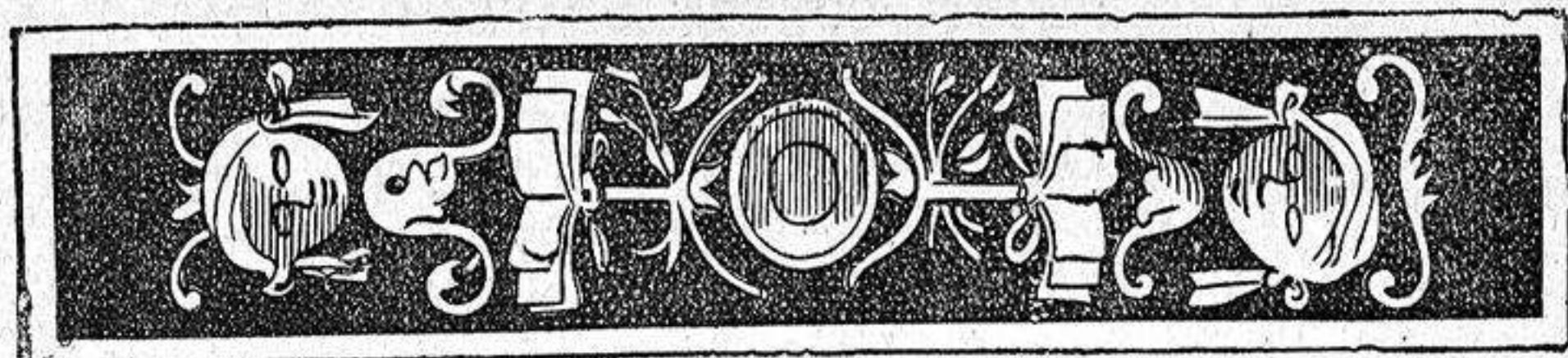
Tu nombre es *Ehyé*, el Ser de los seres. Sólo tú eres principio de tí mismo; nadie, ni aun tú mismo, pondrá fin á tu existencia, porque existes por necesidad de tu esencia, porque «eres el que es» (2) Ser, vida de todos los seres. *¡Padre nuestro, que estás en los cielos, santificado sea el tu nombre, venga á nos el tu reino y hágase tu voluntad, así en la tierra como en el cielo! El pan nuestro de cada día dánosle hoy, y perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos á nuestros deudores, y no nos dejes caer en la tentación.*

VÍCTOR SUÁREZ CAPALLEJA.

(1) Salmo 101. Con épica entonación ha expresado este atributo de la divinidad el egregio lírico, Sr. Núñez de Arce, en la octava 29 de su *Última lamentación de Lord Byron*, cantando:

«Si chocaran, haciéndose pedazos,—los astros en inmenso desconcierto;—si rotos ¡ay! de la atracción los lazos—se desquiciara el universo muerto;—si quedara al impulso de tus brazos—el espacio sin fin, mudo y desierto,—y el tiempo con sus noches y sus días—dejara de existir, ¡tú existirías!»

(2) *Ego sum qui sum*: tal fué la admirable definición que de sí mismo dió á Moisés, *Exod.*, 3-14.



PERTENECE A LA BIBLIOTECA
ATENEU BARCELONÉS

LOS PRÍNCIPES DE LA POESÍA ESPAÑOLA

POR D. JUAN PÉREZ DE GUZMÁN

CONTINUACIÓN (I)

DE D. FRANCISCO JACINTO DE FUNES

Y VILLALPANDO

MARQUÉS DE OSERA, MAESTRE DE CAMPO GENERAL DEL MARQUÉS
DE LEGANÉS

ROMANCE

AL EXCELENTÍSIMO SEÑOR DUQUE DE HÍJAR

Excelentísimo Duque,
Que por tu ingenio y tus partes
Aún eres más excelente
Que por lo Duque y lo Grande;
Así te parezca siempre
Julianilla como un ángel
Y á todos, como ella es,
Porque no la mire nadie;
Así del gran sacanete
Tan cortejado te halles,
Que te deban las señoras
Siempre, aunque siempre te paguen;
Así vivan tus espejos,
Sin que aliento los empañe,

Sin que descuido los quiebre,
Ni mal agüero los casque;
Y si al fin han de romperse
Sea á manos de un infante
Que tenga por excelencia
El bullicio de su madre;
Así en un Conde de veras
Tantos de burlas acaben
Y deje de ser Belchite
Mesa de los doce pares;
Así, pues, nunca estés quedo
Y sin parar un instante
Te avisen en donde llegues
Que hay que hacer en otra parte:
Que de corrido me digas,
Porque de paso no es fácil,
Qué hay de juegos y comedias,
De damas y de galanes.
Dime si el buen Zaganardo
Te deja jugar de balde,
Y si á toda costa de él
Le deja jugar su padre;
Dime si Castelflorido
Ha llegado ya á arrobarse
Y si mi cuñado estira
Hacia lo mismo el gznate;
Dime si Francia mantiene
Aquella bondad notable
Con que no mira, ni oye,
Sino para lo que él sabe;
Dí si Villahermosa ronca
Por no tener con quien darse
Una carga muy furiosa
De pistolas de á cien traques;
Dí si en nuestro Navarrés
Con ardores y frialdades
Aun aprehende la quartana
Melancólicos afanes.
De nuestro gobernador
No tengo que preguntarte,
Porque sólo sabe de él

La gavilla de los grandes;
Ni de los Pueyos pregunto,
Porque ya sé lo que hacen;
Torear y cantar el hijo;
Rezar y jugar el padre.
También sé que el yerno de éste
Nunca ha podido acostarse
Sin que antes no le desnuden
Las faltriqueras los naipes.
De las señoras no intento,
Duque mío, que me hables,
Que para cosas divinas
No tienen voz los mortales.
Divinas son; pero esto
No bastaba á acobardarme
Que á lo deidad me atreviera,
Pero á lo señora, tate.
De mí no quiero decirte
Lo que suelen celebrarse
En la vida de la aldea
Mentiras y soledades.
¡Malhaya yo, si no quiero
Más el polvo de esas calles,
Que ver aquí mis corderos
Tamaños como sus madres!
Correr una liebre, amigo,
Es un veloz disparate
Que deja molido un mes
Por el gozo de un instante;
Caer buscando una perdiz
Por montañas y jarales
Es menos gusto, que hay
Comerla por dos reales.
Ando cercado de perros,
Que llaman los cultos canes,
Que me aturden la cabeza
Cuando por fiesta me laten.
Mira tú cuanto es mejor
Darlos en esas ciudades,
Que tenerlos en la aldea
Para que huelan y ladren.

A la noche sobre un libro
 Doy cabezadas fatales,
 Soñando que estoy leyendo
 Por irme á dormir más tarde.
 Pero aunque aquesto confieso
 No son todas necedades,
 Que yo me entiendo en mi aldea
 Harto más que el Rey de Flandes.
 Aquí á mis solas contemplo
 Divinas felicidades;
 Que no las busca el deseo
 Por lo que el respeto sabe.

DEL CONDE D. BERNARDINO DE REBOLLEDO

MAESTRE DE CAMPO EN FLANDES

Y EMBAJADOR DE ESPAÑA EN COPENHAGUE, STOKOLMO Y VIENA

SONETOS

I

AL CONDE DE LEMOS, DON FRANCISCO DE CASTRO, VIRREY DE SICILIA,
 POR LA ACADEMIA DE LOS ACHEROS QUE RESTAURÓ EN PALERMO

Vive en la antigüedad tan venerada
 La Academia que nombre á Platón debe,
 Que el tiempo á oscurecerla no se atreve
 De tanta metafísica ilustrada.

Lo que no concedió evidencia á nada,
 Afectando ignorar de genios nueve,
 Aún la dudosa voz en balde mueve
 Mal admitida, cuando no excusada.

Del moderno Platón fénix renace
 Á gloria de las dos filosofías
 Digna Academia de mayor memoria.

Que eterna ofensa á las pasadas hace
 Y opuesta á las violencias de los días
 Cuanta vida le dió, le ofrece gloria.

II

EN LA MUERTE DE DON DIEGO PIMENTEL, GENERAL DE LAS GALERAS
DE NÁPOLES

El héroe invicto que el vital aliento
Victorioso rindió á la suerte dura,
En muerte que inmortal vida asegura,
La gloria conmutó del vencimiento.

Excesos permitiendo al sentimiento
Que alterar pueden la región más pura,
Si fiel consorte poseer procura
Fatales leyes con quejoso acento.

El alma que en los dos se dividía,
Despedida del uno y otro pecho
En este mármol vive; en él porfía

Nueva vida infundir al tronco helado;
Del dolor persuadida sin provecho
Á unir lo que la muerte ha separado.

III

EN LA MUERTE DE LOS TRES PIMENTELES DE LA CASA CONDAL
DE BENAVENTE: D. ALONSO EN LOMBARDÍA, D. GARCÍA EN FLANDES
Y D. DIEGO EN EL MAR DE CERDEÑA

El invencible Alfonso, á quien tenía
Eterno triunfo el cielo destinado,
Cedió al violento disponer del hado
Donde el Tesin al Po su llanto fía.

Yace el siempre magnánimo García
Del Rhin en las riberas hospedado,
En su más verde edad arrebatado
De ajena fraude y propia valentía.

Teatro el mar de trágica victoria
Al gran Don Diego fué, que España debe
Reunir mortal de bárbaros infieles.

¿Dónde cabrá de su valor la gloria,
Si el orbe viene á ser sepulcro breve
Á tantos victoriosos Pimenteles?

IV

Á DON LUIS DE OSORIO, CAPITÁN DE LA REAL DE ESPAÑA,
SOSTENEDOR DE OPINIONES ILUSTRES

Lelio, en vano presume tu energía
Del vulgo reformar las opiniones,
Que á pesar de precisas soluciones
En lo que entiende menos, más porfía.

Si contender su claridad el día
Pueden las litigiosas confusiones,
Á riesgo tal inadvertido expones
Tanta ociosa, á mi ver, filosofía.

¿Platón, no te predica perseguido?
¿Sócrates, no te instruye castigado?
¡Cuánto aventuran tan severos modos!

Desengaño de tantos admitido
De nadie debe ser desestimado:
Siente como ellos y habla como todos.

V

EN LAS HONRAS DEL SEÑOR CARDENAL-INFANTE DON FERNANDO
DE AUSTRIA EN BRUSELAS

Esta máquina excelsa, esta eminente
Pira que al sol á luces desafía,
Y el orbe contener en sí debía
Para ser pompa á tal héroe decente;

Ara es donde uno y otro afecto ardiente
Religiosa piedad al cielo envía,
Y el constante valor renueva y fía
Del común desconsuelo eternamente.

Con cien voces aclama, con cien ojos
Llora la fama, en bélicos progresos
Trágicos fines, fúnebre victoria.

Al que triunfante mereciendo excesos
Del mismo triunfo vino á ser despojos
Y en poca tierra eclipsa tanta gloria.

VI

Á LA REINA CRISTINA DE SUECIA, QUE ENTRANDO EN UNO DE SUS
BAJELES EN EL VERANO DE 1652, CAYÓ Á LA MAR (1)

Arde el Báltico mar, cuyos cristales
Luminosos reflejos dan al suelo,
Desde que aposentaron en su hielo
De Cristina las luces celestiales.

Pervertidos los términos fatales
Del uno al otro opuesto paralelo,
Incluyó breve golfo tanto cielo
En asombro común de los mortales.

Ilustradas de puros esplendores
Brotan de Tetis las cavernas hondas
De perlas rica, numerosa suma,

Y ceñido de cándidos fulgores
Vuelve á nacer el sol entre las ondas
Y Minerva, cual Venus, de la espuma.

VII

EN LA MUERTE DE LA EXCELENTÍSIMA SEÑORA DOÑA CATALINA
DE MONCADA, DUQUESA DE MONTALTO

Del tronco de Moncada Catalina,
Ramo en virtudes siempre floreciente,
La cumbre coronó del eminente
Monte que á Mongibel la suya inclina.

Y muchos que este mar riesgos fulmina
De sulfúreo vapor y llama ardiente,
Ilustraban de aquella excelsa frente
Lucientes rayos de beldad divina.

Mas la inconstancia de la humana suerte
No permitiendo á siglo tan obscuro
De tan cara virtud las luces bellas,

(1) Este soneto se publicó en Copenhague en castellano, alemán, latín y griego.

Con feliz sí, pero temprana muerte,
Al cielo trasladó su esplendor puro,
Que de corona le ciñó de estrellas.

DE DON JUAN ANTONIO DE DEZA
Y DEL ÁGUILA
CONDE DE LA FUENTE DEL SAÚCO

SONETO

EN LA TUMBA DEL MALOGRADO POETA DOCTOR JUAN PÉREZ
DE MONTALBÁN

En este mausoleo un fénix yace
Que nunca tanto serlo ha parecido,
Como ya que á ceniza reducido
Desde su ocaso á nuevo oriente nace;
Por más que la voluble le amenace
Apostando á su crédito el olvido,
El vuelo de su pluma esclarecido
A más glorioso, á su pesar le hace.
Breves lustros gozó, ¡desgracia nuestra!
Que el destino á los méritos no mira:
Si bien en la verdad vive infinitos.
Pues siéndolo sus números, bien muestra
No morir Montalbán, que si hoy espira,
Es para eternizarse en sus escritos.

DE DON LUIS NÚÑEZ DE GUZMÁN
MARQUÉS DE MONTEALEGRE
GENTILHOMBRE DE LA BOCA DE S. M., CAPITÁN DE INFANTERÍA
ESPAÑOLA Y DE LA GUARDIA ALEMANA

DEL EXCMO. SEÑOR

DUQUE DE MEDINA DE LAS TORRES, PRÍNCIPE DE STIGLIANO, VIRREY DE NÁPOLES

SONETO

EN ELOGIO DE «LA ORONTA,» POEMA DEL DOCTOR ANTONIO GUAL,
SECRETARIO DEL MISMO VIRREY

Del genio conducido soberano
Andronio tan feliz levanta el vuelo,

Que entre las luces del empíreo cielo
Confunde su discurso el ser humano.

Mas hoy que con impulso de su mano
Corta su pluma el cristalino velo,
Aun reducido á discurrir el suelo
Desmentirse deidad pretende en vano.

Pues en humilde asunto se remonta
De suerte que siguiendo su camino
Se introduce inmortal la bella Oronta;

Que no fuera su ingenio peregrino
Aunque lo celestial tanto transmonta,
Si no fuera en lo humano tan divino.

PERTENECE A LA BIBLIOTECA
AYUNTAMIENTO BARCELONA

DEL MARQUÉS DE FALCES

D. ANTONIO DE CROY PERALTA Y VELASCO

EL MISERERE

Misericordia, Señor,
Mi voz penitente invoca;
Misericordia, según
Tu grande misericordia.

Misericordias, y muchas
Comunicadas piadosas;
Quitando á clemencias tuyas
De mi maldad culpas propias.

Lávame aún más, porque sea
Purezas el alma toda;
No me queden los achaques
De culpa que se perdona.

Porque sin maldad conozco,
Que contrición dolorosa,
La mira contraria siempre
El corazón que la llora.

Solo para ti pequé:
Humanos juicios conozcan,
Que al vencerlos tu palabra
Ni aun mis ofensas la estorban.

Señor, yo fui concebido
En pecado, y no es impropia,
De una madre toda achaques
Una vida mala toda.

No es disculpa, que es verdad;
El sentir más pecadora
El alma, que peca cuando
De tus misterios la informas.

Mas si para mis deseos
Humilde el hisopo tomas;
Aun más allá de los ampos
Veré mi blancura hermosa.

Alegre escuche el oído
Que á tu gracia se recobra,
Y al cuerpo lo lastimado
Temple lo que el alma goza.

No vuelvas ya hacia mis culpas
Tu faz misericordiosa;
Y tu perdón á tu vista
Se las desvanezca todas.

Mi Dios, un corazón limpio
Me informe tu gracia ahora;
Y otro espíritu perfecto
Me traslade á nueva forma.

No de tu rostro me apartes,
Ni más me quites las glorias,
Que yo á tu Espíritu Santo
Le debí con la corona.

Vuelve el espíritu alegre
Que con la gracia se logra,
Y el principal me confirmes,
Deidad beneficiadora.

Los pecadores tus sendas
Por mí y en mí reconozcan;
Convertiránse los ímpios,
Mirando en mí que perdonas.

Mi Dios, ni los desaseos
Que mi sangre me ocasiona
Á tu justicia templada
Dirá mi lengua gozosa.

Mi boca, á quien mi delito

Trasladó á cerrada boca,
Ya las alabanzas tuyas
Las anunciará sonora.

Pecador no di holocaustos,
Cuando no te desenojan,
Y de interiores afectos
Hice agradables aromas.

De un espíritu afligido
Sacrificio es la congoja,
Que piadoso Dios admities
De un corazón que se postra.

Cristianos altares mira
En Sión la Sinagoga;
Benigno tú y la cristiana
Jerusalem se componga.

Hostia de justicia entonces
Aceptarás redentora,
Que las católicas almas
Te repetirán devotas.

DE D. FERNANDO DE VERA Y MENDOZA

VIZCONDE DE SUIZA-BRAVA

HIJO DEL CONDE DE LA ROCA

SONETOS

I

AL TORO QUE MATÓ FELIPE IV DE UN ARCABUZAZO EN 1631

Á Mérida también llegó sonoro
El eco del tronido reverente
Que el Rey, nuestro señor, con plomo ardiente
Fulminó en la Piora contra un toro.

Guadiana cantó con puente de oro,
Que Guadiana y Mérida son gente,
El rayo del Apolo más valiente
Que verá el Asia en la cerviz del moro

Venza el toro al león, por soberano
 Orden tuyo, Señor; que su fiereza
 Mejor triunfas así, Marte segundo;
 Y alternando el imperio al africano
 Rey te admire glorioso siempre el mundo
 Aun más allá de la naturaleza.

Y porque tu grandeza
 El león significa, el toro muera:
 Que violó lo sagrado de la fiera;
 Pues, Felipe, oh monarca esclarecido,
 Tú sólo puedes ser de ti vencido.

II

Á LA MUERTE DE DON MARTÍN SUÁREZ DE ALARCÓN, PRIMOGÉNITO
 DEL CONDE DE TORRESVEDRAS, EN EL SITIO DE BARCELONA

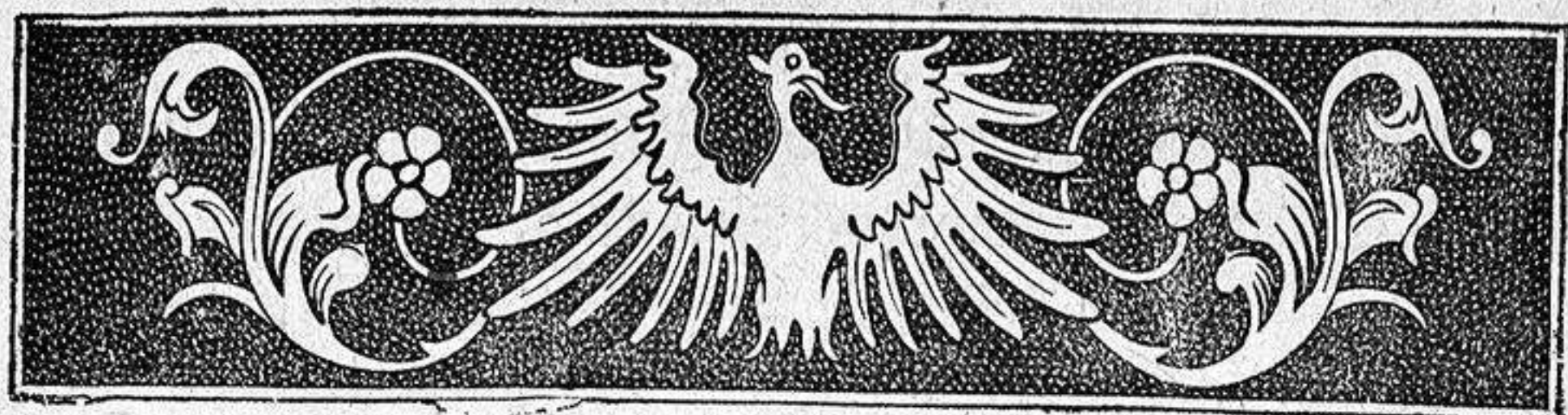
Alarcón, el efecto de tu suerte,
 Siempre la envidia avara detenía,
 Sabiendo que tu esfuerzo te ofrecía
 Á todo riesgo de una ilustre muerte.

Rebelde sangre y sangre fiel, al fuerte
 Trance mezcló con desigual porfía;
 Aquélla, el obstinado error vertía;
 Ésta, el valor y la lealtad la vierte.

¡Rara contienda! Muere el que es vencido,
 Y muere el vencedor: que la victoria
 Más allá de la vida ha proseguido.

Y así, trocando natural tu gloria,
 Publicarán la envidia y el olvido:
 Ella con lengua fiel, él son memoria.

(Se continuará.)



RELACIÓN

QUE HIZO DE SU VIAJE POR ESPAÑA LA SEÑORA CONDESA D'AULNOY

EN 1679

CONTINUACIÓN (I)

El Príncipe Alejandro de Parma cayó en estos ejercicios, y como está excesivamente obeso, al dar en tierra su voluminosa humanidad hizo tanto ruido como si de una respetable altura cayera enorme peñasco. Costóles grandes trabajos á los que debían llevarsele conseguir su propósito, pues el magullado Príncipe se dolía mucho y no podía valerse casi nada. En esta fiesta vi á muchos caballeros lucir sus enormes anteojos, y entre todos fijó mi atención el Marqués de Astorga, que no los lleva sólo por darse aires graves; el Marqués cuenta ya muchos años y tiene la vista muy cansada; pero ni su ancianidad ni su ceguera pueden amenguar un momento su galantería. Será mayordomo mayor de la joven Reina y es grande de España.

Apropósito de grandes de España, D. Fernando de Toledo me refirió el otro día una cosa bastante particular. Su suegro, que se titula Marqués de Palacios, gasta sumas considerables por ser uno de los galanes de profesión de las damas de palacio, lugar que sólo se obtiene á fuerza de inge-

(I) Véase la pág. 521 del tomo anterior.

nio, de magnificencia y fortuna. El carácter de tales caballeros ha de distinguirse por su delicadeza, por su elevación de conceptos y sus escogidas formas. Es necesario saber escribir en verso y en prosa, y hacerlo de modo que sus obras tengan mérito y distinción; es indispensable hablar y moverse dentro de la sociedad galante de palacio de otro modo que en los salones de la villa. Pues bien: cierto día, en una fiesta oficial, por mandato del Rey vióse precisado á tomar parte activa el Marqués de Palacios, no disponiendo en aquella ocasión ni de un puñado miserable de reales. El Marqués tiene muchas posesiones y señoríos importantes, y ocurriósele la idea de visitar algunos, haciendo saber á sus vasallos que todos aquellos que desearan títulos de grandeza se avisarían con él. No hubo jueces, ni labradores, ni comerciantes acomodados que dejasen de sentirse atraídos por aquel cebo. El Marqués trató la cuestión con cada uno particularmente, y á cada uno le sacó lo más posible, después de lo cual, recibiólos á todos, mandándoles cubrir la cabeza, como hacen los Reyes cuando nombran á un grande, y luego les dió patentes para que pudieran justificar sus derechos en debida forma. Este procedimiento le resultó en el primer señorío tan á su gusto, que necio se creyera si no lo aplicara desde luego á todos los demás. En todos encontró facilidades para obtener dinero á cambio de títulos de grandeza, y así fué reuniendo una considerable suma, que le permitió hacer cuantiosos gastos en la corte. Pero como á nadie le faltan rabiñosos enemigos, el Marqués tuvo algunos que, valiéndose de aquella ingeniosa invención, quisieron proporcionarle un disgusto con el Rey. Afortunadamente, supo justificarse con gracia, y el asunto se tomó como una broma.

Este Marqués nos visita con frecuencia, y como ha pertenecido á la vieja corte, sabe muchas cosas interesantes, y á veces me cuenta sucesos entretenidos. Ayer me decía que un famoso astrólogo, hallándose un día con el Rey en la terraza de palacio, vióse precisado á contestar á esta pregunta que le hizo el Soberano:—¿Á qué altura estamos en este sitio? El astrólogo miró al cielo y dijo una cifra. Luego el Rey dió secretas órdenes para que con sigilo se levantara el

suelo de la terraza tres ó cuatro dedos, y toda la noche fué necesaria para dejar concluída la faena, y á la mañana siguiente llamó el Rey al astrólogo y, llevándole á la terraza, le dijo:—Hablando yo anoche de lo que vos me dijísteis por la tarde cuando estuvimos aquí, me aseguraron que os engañabais. Y el astrólogo contestó:—Señor, me atrevo á pensar que dije lo cierto. Á lo cual replicó el Rey:—Pensadlo bien, y si estáis convencido, luego nos burlaremos de los que contradicen vuestras afirmaciones; creyéndose más hábiles que vos. El astrólogo empezó nuevamente á observar, y el Rey, viéndole preocupado, preocupóse también. Al cabo de unos momentos, el astrólogo dijo:—Señor, lo que ayer afirmé cierto era; pero no es menos cierto que ahora resulta falso, porque ó la terraza se levantó esta noche, ó el cielo ha bajado. El Rey sonrió y refirióle la verdad, con lo cual uno y otro quedaron satisfechos.

El servicio del Rey está directamente presidido por tres personajes, que se llaman: el mayordomo mayor, el sumiller y el primer montero. Aquél ordena los asuntos del palacio, el otro guarda la cámara real y el último tiene á su cargo los oficios necesarios cuando el Rey sale.

Los empleos de gentilhombre son inferiores á éstos. Cada gentilhombre lleva, para dar á conocer su jerarquía, una llave de oro colgada de la cintura. Estas llaves pueden ser de tres maneras distintas: una distingue al gentilhombre de cámara, otra la lleva el gentilhombre sin ejercicio, pero que tiene derecho á entrar en la cámara real, y la tercera, que se llama *llave capona*, distingue á los que sólo pueden llegar á la antecámara. Es muy crecido el número de gentilhombres que tiene á sus órdenes el Rey. Cuarenta con ejercicio le sirven, turnando un día cada uno, y son casi todos grandes de España. Los mayordomos tienen los mismos privilegios para entrar en la cámara real que los gentilhombres; personas de la más encopetada nobleza desempeñan estos empleos, en su mayoría concedidos á los hijos segundos de los grandes. Hacen el servicio por semanas, y cuando el mayordomo mayor se ausenta, desempeñan también las funciones de éste; sirven además de introductores á los Mi-

nistros extranjeros cuando éstos van á la audiencia del Rey. Generalmente hay ocho mayordomos; algunas veces el número es mayor, pero nunca más pequeño.

El Rey tiene para su custodia tres compañías enteramente distintas. El Marqués de Falces capitanea la guardia flamenca ó borgoñona, que se compone de cien alabarderos que reciben el nombre de arqueros del Rey y á los cuales podría llamárseles guardias de corps. La guardia alemana está compuesta por el mismo número de hombres, á las órdenes de D. Pedro de Aragón. La guardia española constitúyenla también cien alabarderos que reconocen por jefe al Conde de los Arcos, que al mismo tiempo es capitán de otra compañía española formada por cien soldados que se nombran guardias de la *Lancilla*, la cual sólo aparece cuando se verifican grandes ceremonias y en el entierro de alguna persona real.

Los negocios de la Corona rígelos un primer ministro á quien llaman el privado y que tiene á su servicio un secretario de Estado, cuyo despacho está en el palacio real y por cuyas manos pasan todos los asuntos que directamente llegan á las del Rey ó á las del primer ministro; como además despacha los asuntos que propone con frecuencia el Rey, llámanle *secretario del despacho universal*.

El Consejo de Estado y otros varios Consejos examinan los negocios y el Rey ó el primer ministro deciden en seguida. Hay muchos Consejos. Incluyo á continuación una lista de los nombres que figuran en el Consejo de Estado.

El Condestable de Castilla, de la casa de Velasco, lo preside.

El Duque de Alba.

El Duque de Medinaceli.

D. Pedro de Aragón.

El Almirante de Castilla.

El Marqués de Astorga.

El Príncipe Stigliano.

El Duque de Osuna.

El Conde de Chinchón.

D. Vicente Gonzaga, Príncipe de Guartalla.

D. Luis Portocarrero, Cardenal Arzobispo de Toledo.

El Marqués de Liche.

El Marqués de los Balzanes.

D. Diego Sarmiento.

D. Melchor Navarro.

El Marqués de Los Vélez.

El Marqués de Mánquera.

El Duque de Alburquerque.

Además de este Consejo, que es el principal, existen el de la Inquisición, el de la Guerra, el de las Órdenes de Aragón, el de Indias, el de Italia, el de Hacienda, el de la Santa Cruzada y el de Flandes; habiendo además Cámaras de Castilla, de los Alcaldes de Corte, de la Contaduría, del Apuesto, de los Bosques Reales, de Los Millones y de Competencias, en todas las cuales, como en los Consejos, las asignaciones y las ganancias no son pequeñas. Por ejemplo: en el Consejo de Indias, los Consejeros se reservan de 18 á 20.000 escudos de renta para pagarse los empleos que desempeñan. Y, á propósito de empleos, dicen que no se venden aquí, al menos en apariencia no se venden, pues todo se concede al mérito y á la nobleza; sin embargo, se hacen ocultamente regalos de gran consideración para conseguir estos ó los otros puestos, y nadie ignora que, para lograr un virreinato, algunos dieron hasta 5.000 doblones de oro, y á veces más. Lo que se llama en otras partes *comprar*, en Madrid se dice hacer un *regalo*; la diferencia consiste en que, cuando se ha comprado un gobierno, un destino cualquiera, puede, quien lo adquirió, legarlo á sus hijos como una herencia, por derecho natural ó contando con la venia del Príncipe. No sucede otro tanto en España, donde los empleos duran solamente de tres á cinco años, á quien por tales ó cuales medios los consiguió. Y como estos empleos con frecuencia se pagan caros, es natural suponer que, quien adelantó su fortuna para lograrlos y sabe que durante corto espacio puede poseerlos, quiera prontamente con sus ganancias hacer suyos el capital que dió y el interés que pensaba sacarle. El pueblo sufre mucho con este sistema, encontrándose á cada momento con un Virrey nuevo y con

PERTENECE A LA BIBLIOTECA
DE LOS REYES CATÓLICOS

nuevos gobernadores que, habiendo agotado su fortuna y á veces comprometido la de sus amigos para ofrecer un *regalo* que les proporcionara el empleo, llegan hambrientos y deseosos de enriquecerse en corto plazo, robando á manos llenas mientras el pueblo desventurado sufre, calla y se resigna. Mayores todavía son los abusos en Indias, donde el oro abunda y la distancia que los aparta del Rey hace más atrevidos á los que debieran representar su justicia. De las Indias traen cuantos allí fueron destinados con cargos públicos, enormes capitales, y hasta los religiosos que van á predicar el Evangelio suelen volver acompañados de 40 ó 50.000 escudos recogidos en tres ó cuatro años; de modo que, á pesar de su voto de pobreza, encontrando maneras fáciles para enriquecerse, durante lo que de vida les resta gozan los frutos más positivos de su misión.

Las órdenes monásticas tienen otro recurso que con frecuencia da buen resultado, y consiste, cuando algún religioso es hijo único y su padre tiene hacienda, en persuadir á éste para que la deje al monasterio en que su hijo vive, á cambio de plegarias que aseguren su salvación en otro mundo. De manera que, por estos y otros medios, muchos frailes disponen de 2.000 escudos de renta. Esta riqueza en un país donde pocas veces domina el criterio á la pasión, es contraproducente, pues muchos religiosos, lejos de santificarse, abusan mucho haciendo los peores usos que hacer pudieran con aquel dinero tan fácilmente adquirido.

Cada dos años, tráense de Indias más de 50 millones de escudos, sin que ni la cuarta parte llegue á las arcas reales. Estos tesoros se distribuyen por toda Europa; los franceses, los ingleses, los holandeses y los genoveses los recogen casi por completo. Parece poco acertada la política de los españoles, quienes hacen del oro un comercio que sólo aprovechan las naciones enemigas, pero la pereza natural en este país no permite á los hombres trabajar asiduamente, disponiendo manufacturas y fábricas, y les obliga para todo á recurrir á los que pueden facilitarles objetos producidos por las industrias de otros países.

Los extranjeros no van á Indias, y para sus comercios

válense de los españoles, cuya fidelidad es notoria y extraordinaria; así, aun cuando el Rey se lo propusiera, no lograría impedir que los extranjeros reciban sus encargos, porque los españoles á quienes confían sus intereses, antes consintieran en perder los propios que los á su confianza entregados. Es cosa muy singular, cuando la flota entra en aguas de Cádiz, ver que algunas gentes hacen profesión pública de un fraude, ofreciéndose á entrar las mercancías ó el oro sin pagar derechos de Rey. Sostienen su negocio como un banquero su banca y reciben el nombre de *metedores*. Por muy canallas que parezcan, mientras defraudan los intereses del Rey cuidan sobremanera los de los particulares que á sus astucias recurren, y con los cuales hacen un contrato, por el cual, mediando una cierta suma, les garantizan todo el dinero en la ciudad á que han de llevarlo. Este comercio es tan seguro, que ningún *metedor* falta jamás á su palabra. Podrían ser castigadas tales gentes por defraudadores de las rentas del Rey, pero esto traería graves trastornos al comercio, que así se facilita, y de otro modo tropezaría con graves inconvenientes; de manera que ni el Gobierno ni los Jueces quieren darse por entendidos ni se proponen una sola vez refrenar estos abusos. Habría, sin embargo, un remedio aplicable para impedir que perdiera el Rey tanto como ahora pierde, pues rebajando los derechos de la Corona, que son excesivos, lo que se ofrece á los *metedores* pagaríase á la *contratación*, porque los comerciantes prefieren con igual ganancia negociar sin fraude que les arriesgue, temiendo siempre que por justicia les hagan pagar en un solo viaje lo que ganaron en diez. Pero en España las autoridades, como el pueblo, quiérenlo todo ó nada y con frecuencia se quedan sin nada.

En Madrid no hay que buscar ladrones mayores que los representantes de la justicia, que se apropian impunemente los derechos del Rey y le roban de tal manera que no es extraño que con frecuencia carezca en absoluto de dinero. No se contentan con apoderarse de cuanto al Soberano corresponde; también saquean al pueblo, y aun cuando las leyes del país son muy severas y muy justas, nadie lo nota ni tiene que la-

mentarlo, cayendo bajo su peso, porque los encargados de aplicarlas no son los últimos en corromperlas. Dándole algún dinero á un alcalde ó á un alguacil se consigue prender á la persona más inocente del mundo, y si más contra ella se desea, verásela encerrada en oscuro calabozo, donde morirá de hambre, sin que hayan precedido judiciales diligencias, ni órdenes, ni decretos. Y cuando el atropellado recobra la libertad, es inútil que recurra contra el indigno servidor de la justicia, pues tales gentes, que se defienden bien en todas partes, aquí son invencibles, porque los buenos jueces andan muy escasos y los malos mutuamente se auxilian.

Los ladrones, los asesinos, los envenenadores y las personas capaces de cometer los más horrorosos crímenes viven en Madrid tranquilamente, mientras no posean haciendas, porque ya en este caso no faltará quien para quitárselas les inquiete.

No se consuma la pena de muerte más que dos ó tres veces al año. Los españoles resístense á condenar á un criminal quitándole la vida, porque, dicen, al fin y al cabo es un compatriota y un súbdito de su mismo Rey. Por esto generalmente los presos acaban en las minas ó en galeras; pero cuando algún miserable ha de morir para satisfacer á la justicia, pásanle primero por las calles montado en un asno, dando cara á la parte trasera del animal, y vestido de negro. Al subir al patíbulo permítesele que arengue al pueblo, que le oye de rodillas, deshecho en lágrimas y dándose fuertes golpes en el pecho. Cuando acaba de hablar, el verdugo le ahorca, y como estos casos de justicia son raros aquí, producen muy honda impresión.

Por muy poderosos que sean los magnates, por mucho que sea su orgullo y muy grande su presunción, obedecen las menores órdenes del Rey con una exactitud y un respeto incomparables. Á la primera indicación se ausentan ó vuelven, y vanse á las prisiones ó al destierro sin pronunciar una queja. Sería imposible hallar sumisión y obediencia más perfecta ni amores más grandes que los que profesan los españoles á su Rey, cuyo nombre se considera sagrado hasta el punto de que, para convencer al pueblo de lo que más le

contraría, basta decir: el Rey lo quiere; y en nombre del Rey se agobia con impuestos inverosímiles á los pobres habitantes de las dos Castillas. No sucede otro tanto en las demás provincias y reinos, donde se lisonjean de independientes, diciendo que son libres y sólo pagan lo que bien les parece.

Ya he indicado que se sigue con minuciosa exactitud en todo la política de Carlos V, sin tener en cuenta que los sucesos cambian con los tiempos y siempre son distintos, aunque parezcan semejantes, aunque se vean rodeados por las mismas circunstancias; así, lo que podía fácilmente lograrse mientras corrían los años florecientes de un venturoso reinado, ni se debiera intentar cuando las desdichas aminoran su fortuna. Pero la vanidad instintiva de los españoles no les permite ver su decadencia, y creyéndose iguales, porque su espíritu les engaña, olvidan los de ahora que sus abuelos valieron mucho más; y no es necesario haberlos conocido para poder afirmarlo.

Dejando aparte reflexiones, acaso demasiado serias para hechas por mí, diré que se nota en Madrid general y expansivo regocijo cada vez que llegan los tesoros aportados por la flota de Indias. Como aquí nadie se afana por atesorar, este oro abundante, y que se cobra sin esfuerzo ni trabajo, extiéndese por todo el mundo, y esos enormes caudales que tanto representan, distribúyense locamente y se agotan en seguida. Los altos personajes que reciben sumas considerables, entonces llaman á sus acreedores y les pagan, con una profusión que, sin engaño, tiene mucho de noble y generosa; no se observa en país alguno la extremada liberalidad que aquí es natural y corriente, como lo es también la paciencia, digna, por todos estilos, de admiración. Los españoles han resistido asedios y bloqueos muy largos y penosos, en los cuales, sufriendo las fatigas de la guerra, vivían alimentándose sólo de pan, amasado con harina basta y agua corrompida, á pesar de no haber en el mundo gentes que más aprecien el agua buena. Háselos visto expuestos á las injurias del tiempo, casi desnudos y durmiendo sobre las rocas, á pesar de lo cual, mostrábanse más altaneros y briosos que cuando les rodeaban las prosperidades y la opulen-

cia. Su notoria sobriedad, siendo condición de su naturaleza, favorece mucho estos arrebatos y les hace sentir menos el hambre y la fatiga; por muy ricos que sean, comen poco y casi nunca prueban el vino; la costumbre de comer sin compañía sostiene su frugalidad; ni las mujeres ni los hijos les acompañan en la mesa; el marido come solo, y la esposa y los hijos arréglanse como pueden sentados en el suelo, sobre un tapiz, siguiendo los usos moriscos; y como además rarísimas veces convidan á sus amigos para recrearse comiendo juntos, no tienen ocasión que favorezca ningún exceso. Por esto dicen los españoles que comen para vivir, haciendo lo contrario de otros pueblos, que viven para comer. Muchas personas razonables encuentran extremada esta constante afectación, que no consintiendo ninguna familiaridad en el trato, hace que las gentes vivan en constante ceremonia, sin gozar de la libertad, que forma uniones verdaderas y expansiona el corazón.

Su constante apartamiento les proporciona mil visiones que llaman filosofías, haciéndoles reservados, sombríos, soñadores, tristes y celosos, cuando si tuvieran otro modo de vivir serían capaces de todo, pues disponen de admirables condiciones: vivacidad, ingenio, memoria, buen gusto, juicio sereno y paciencia grande. No se necesita más para conseguir sabiduría, para perfeccionarse y ser agradable, para distinguirse y sobresalir entre todas las naciones civilizadas y cultas. Pero, lejos de aspirar á lo que tan fácilmente podrían obtener si quisieran, afectan una indolencia que llaman grandeza de alma, desprecian los negocios que proporcionan la fortuna, no se preocupan por el porvenir, y sólo se conmueven con amores ó celos que conducen más allá de lo que la prudencia permite. Una sospecha les basta para herir de muerte á una esposa ó á una manceba; su amor es siempre un amor furioso, y las mujeres encuentran sus mayores gustos en las torturas que tan monstruoso amor les proporciona. Ellas aseguran que, aun á riesgo de sufrir grandes peligros, prefieren estos arrebatos que ver á sus amantes insensibles ante una sospecha de infidelidad; pues la desesperación es una prueba inequívoca del cariño apasionado, y

ellas no son más comedidas cuando aman, de lo que se muestran sus amantes, contra los que proyectan y ejecutan venganzas, cada vez que alguno las abandona sin motivo. De manera que las grandes pasiones acaban frecuentemente por un desenlace funesto.

No hace mucho que una señora de alto rango, estando quejosa de su amante, le citó á una casa donde otras veces habíanse visto, y reprochóle su ingrata conducta. El caballero se defendía tibiamente, juzgando merecidos aquellos reproches, y la dama, convencida pronto de su razón, puso en manos del caballero un puñal y una jícara de chocolate envenenada, dejándole con libertad elegir el género de muerte que prefiriera. El caballero no se detuvo para implorar piedad; comprendió que su amada estaba resuelta y era más fuerte, sobre todo en aquel lugar donde sus criados la rodeaban, y tomando la jícara de chocolate, no dejó en ella una sola gota. Después de haberlo sorbido tranquilamente, se levantó diciendo: «Hubiera sido mejor con algo más de azúcar, porque la ponzoña lo hizo muy amargo: acordaos para cuando volváis á servir á un caballero estos brebajes.» Las convulsiones le cortaron la palabra; era un veneno muy activo y la muerte no tardó en llegar, y la dama, que adoraba locamente á su amante, no se apartó de allí hasta que su cuerpo estuvo frío.

El Embajador de Venecia, que es muy galante, estaba días atrás en su casa cuando le advirtieron que una señora tapada pretendía verle; que la tal señora cubriase de tal modo, que no era posible reconocerla, y que iba muy bien acompañada por dos escuderos y bastantes lacayos. El Embajador la hizo entrar en su sala de audiencia, y la señora le rogó que despidiera de allí á todos para quedarse con ella. Cuando estuvieron solos, descubrióse y lució su espléndida hermosura.—Yo soy de una ilustre casa, dijo, y me llamo D.^a Blanca de Guzmán; he atropellado cuanto la prudencia prescribe dominada por la pasión que me inspiráis; vengo á declararos que pretendo pasar en vuestra casa esta noche. Al oír tan impúdicas expresiones, el Embajador creyó que se trataba de una bribona, capaz de comprometer

un honrado nombre que no era el suyo, como lo fué de man-
cillar su honestidad, para conseguir sus propósitos livianos;
pero le contestó cumplidamente que, si bien jamás llegó á juz-
garse desgraciado por las obligaciones que le imponía el ser-
vicio de su República, en aquellos momentos hubiéralo pre-
ferido todo á ser Embajador, cuyo cargo no le permitía des-
graciadamente aceptar las gloriosas dichas con que le brinda-
ba una bellísima señora; pero no pudiendo prescindir para
sus goces de las tiranías de su cargo, que tanto le hon-
raba, no era posible que consintiese tal exceso á persona tan
distinguida, porque su debilidad y su gusto pudieran aca-
rrearle deshonrosas reclamaciones; y atendiendo á todo esto,
rogaba á la señora enamorada que se retirase de aquel lugar.
Al oír esto, la señora enfurecióse de tal modo que, después
de cubrir de injurias y de reproches al Embajador, sacando
un estilete, abalanzóse á él para herirle; pero él paró el
golpe, y llamando á uno de sus criados, le dijo que diera
treinta ó cuarenta escudos á la dama, la cual, reflexionando
acerca de su situación y comprendiendo la generosidad de
quien así la despedía, pudiendo vengar el atentado de que
fué objeto, dijo que realmente había querido engañarle,
que jamás había sido cosa distinta de una desgraciada en-
vilecida, que había tomado el nombre de una dama princi-
pal con la idea de sacar mejor partido de su aventura en un
momento de cruel desesperación; que los escuderos y pajes
que á la puerta estaban aguardándola eran sus amantes,
quienes la hubieran matado á golpes cuando saliera si nada
les llevara, después de lo cual tendría ella que pagar de su
bolsillo los gastos producidos por el aparato de aquella men-
tida ceremonia. Tanta gracia le hicieron al Embajador estas
confesiones, que mandó entregar á la dama otros cuarenta
escudos porque, según le dijo, teniéndose que repartir la ga-
nancia entre tantos hombres honrados, la parte que le to-
cara sería muy pequeña. Animada con el buen resultado de
aquella torpe aventura, fuése á repetirla con el Embajador
de Francia, que no la recibió con la misma cortesía, y gra-
cias pudieron dar la buscona y sus acompañantes cuando
escaparon con el pellejo sano.

Habiéndonos parado esta mañana en la Plaza Mayor para esperar la respuesta de un criado á quien mi parienta envió con un encargo cerca de allí, he visto á una mujer que vendía unas rodajitas de salmón y lo pregonaba desenfrenadamente alabando mucho su frescura. Estaba verdaderamente molesta con las alabanzas que á gritos hacía de su salmón, que iba ofreciendo á todos los transeuntes, deseosa de vender su mercancía. Al fin acercóse un zapatero (y supe su oficio porque le llamaron allí el *señor zapatero*) y pidió una libra de salmón (aquí se vende por libras todo, hasta las leñas y los carbones).—No habéis recorrido el mercado, le dijo la vendedora, porque os figuráis que mi salmón está hoy barato, y cuesta un escudo cada libra. El zapatero, indignado de que así se diera públicamente por segura su pobreza, dijo en tono colérico:—En verdad, hoy desconozco el precio del pescado; si hubiese ido barato, necesitaba una libra, pero ya que como decís está caro, dadme tres. Esto diciendo, alargó la mano para soltar sus tres escudos y llevósela luego al sombrero para encajárselo hasta las cejas. (Las gentes de oficio llevan el sombrero pequeño y las personas de calidad úsanlo muy grande). Después, retorcióse las puntas del bigote y empuñando la tizona, cuya punta levantóse arrastrando el vuelo de la raída capa, tomó su compra y volvióse á su casa, mirándonos altanero como si hubiese realizado una heroicidad y fuéramos testigos de su valor, como en verdad lo fuimos de aquel incidente. Pero lo más gracioso del caso es que, á buen seguro, aquel hombre no tenía en su casa más dinero, pues gastaba en el salmón el jornal de ocho días, y aquella genialidad orgullosa daría por consecuencia que la mujer y los hijos del bravo español ayunaran una semana, después de cenar una noche abundante pescado; tal es aquí la gente. Algunos caballeros cogen unas patas de gallina y las dejan colgando de tal modo que asomen por debajo de la capa como si efectivamente llevaran una gallina, y lo que suelen llevar es hambre.

No se ve á ningún tendero que no vista de terciopelo, de raso y seda como el Rey y que no sea dueño de una descomunal tizona, que tiene colgada en la pared con el puñal y

la guitarra. Estas gentes trabajan lo menos posible, porque como ya hice notar, son perezosos por naturaleza; solamente una extrema necesidad les obliga, y entonces no descansan, afanándose hasta en los días de fiesta; pero cuando concluyen lo que les era indispensable para cobrar lo que tanto necesitan, entregan su obra y recogen su dinero, que les proporciona otra vez regalona holganza. El zapatero que tiene dos aprendices y sólo ha hecho un par de zapatos, les da un zapato á cada uno y los lleva delante como si pajes fueran; el que tiene tres, por los tres hácese acompañar; y cuando las circunstancias lo exigen, le cuesta mucho trabajo al maestro rebajarse á calzaros con sus manos el calzado que sus manos cosieron. Cuando no hay dineros ó falta que hacer, siéntase al sol (que llaman el fuego de los españoles) con una turba de haraganes como él, y, con autoridad soberana, deciden los negocios del Estado y explican los intereses de los Príncipes. Con frecuencia estas conversaciones ocasionan disputas. Alguno de aquéllos que se considera político más hábil que los demás, pretende que sus opiniones dominen las de todos, y cada cual apoya la suya con mayor energía, resolviéndose al fin la cuestión á porrazos en una guerra sin cuartel. Estábamos, hace dos días, en casa del Embajador de Dinamarca, cuando llevaron á un infeliz que había sido gravemente magullado. Era un frutero, el cual afirmaba que el Gran Señor obraría con poquísima cordura si no mandaba estrangular á su hermano; y esto, llegando á oídos de un partidario del joven Príncipe, después de discutirlo acaloradamente, decidióse necesario ventilar el asunto á fuerza de fuerza, golpeándose los dos contrincantes hasta no poder más. Considero necesario advertir que todas esas gentes hablan de los negocios políticos dando á entender que no los ignoran, y discurren con oportunidad apoyando lo que afirman con buenas razones.

Hay en la villa varias casas que son como academias, adonde muchas personas van á reunirse, ya para jugar ó para entretenerse hablando. Los que juegan hácenlo muy honradamente, y cualquiera cantidad que se apunte bajo palabra y se pierda, págase antes de que transcurran veinticuatro ho-

ras, y no se prolonga el plazo ni se falta una sola vez. Se cruzan grandes cantidades, y no por esto aumenta el ruido ni se deja ver disgusto en el rostro del que las pierde; el que gana paga *el barato*. Me parece que también está en Italia establecida esta costumbre, que consiste en repartir parte de las ganancias entre los que rodean al jugador, conózcalos ó no. Aquel á quien se le ofrezca *el barato* no puede rechazarlo, aunque sea cien veces más rico que quien se lo da; puede también pedirse á un jugador que gana, y nunca se niega. Por este medio viven muchas gentes, y esta costumbre me parece injusta, porque con frecuencia, el que gana, poco retira de su ganancia, y si luego vuelve á jugar y pierde, ha de rascar su bolsillo y le cuesta el dinero.

Por lo demás, cuando de uno se sabe que hizo trampas, ya puede retirarse adonde no le conozcan, pues nadie que se considere honrado querría tratarse con él, y si se le descubre su juego con las cartas en la mano, puede contentarse con que por de pronto le muelan á cuchilladas, mientras no le den con la punta, pues no es raro que alguno lo haga para castigarle más fuertemente.

Respecto á las conversaciones que se sostienen con frecuencia en las academias, donde se reúnen muchas personas ilustradas, debo decir que raras veces carecen de ingenio y gentileza. Escríbense para ser leídas allí cosas muy bonitas; pero más que los versos me agradan las novelas ejemplares, en las que siempre se conserva el interés de lo verdadero, y cuyos asuntos desarróllanse fácilmente por medio de una simple y concisa narración, que ni es vulgar ni en exceso elevada, por lo cual preciso es convenir en que los españoles tienen para este género de literatura muy especiales disposiciones.

Como no me creo bastante instruída para juzgar los discursos que tratan de sublimes cuestiones, procuro conocer el criterio de los que pueden con su talento analizarlos; pero sus alabanzas me parecen exageradas y á veces inverosímiles, porque su imaginación es demasiado grande y se remonta con exceso muchas veces.

Leí días atrás un libro, en el cual, tratando de Felipe IV,

el autor decía que sus virtudes fueron tantas y sus méritos tan extraordinarios, que para escribirlos todos no bastara el papel fabricado en todo el mundo, ni pluma humana era digna de tratar cosas tan divinas, por lo cual sería preciso esperar que los relatara el sol, perpetuándolos con sus rayos de oro sobre la superficie de los cielos. Esto ya lo considero irse por las nubes, y á fuerza de pretender elevar á su héroe, nuestro pobre autor oscurece su gloria en un caos de tinieblas. Los libros aquí se imprimen mal, en papel agarbanzado, y se encuadernan peor, cubriéndolos generalmente con badana ó pergamino.

Diré, porque me parece cosa esencial, que la política de los españoles prefiere recompensar cien avisos falsos antes que perder la ocasión probable de recibir uno certero; ellos quieren saberlo todo, y pagan liberalmente á los que les sirven, sean quienes fueren; á veces no aguardan á que concluyan el servicio para ofrecer la recompensa, y es de notar el buen resultado que con este procedimiento han obtenido. Algunas veces son víctimas de necios engaños, pero no se cansan ni se descorazonan con la pérdida, y al fin y al cabo encuentran compensación entre todo lo que dieron y todo el provecho que sus averiguaciones les reportan. También es verdad que por escasas condiciones que se reúnan para solicitar algún favor del Rey, mientras no se ceje ni se desmaye, porfiando en el primer deseo, al fin se consigue lo que se procura. Los Ministros están persuadidos de que no es propio de la grandeza de tan poderoso Monarca negar obstinadamente una cosa que mucho no vale; por esto, aun cuando en justicia no se merezca el favor que se pretende, obtiéndose al fin cuando se pide con ciega constancia. Todos los días pueden admirarse nuevos ejemplos que corroboran esta verdad.

Todavía no he dicho que cuando llegué á esta Corte muchas damas principales me hicieron el honor de venir á visitarme, siguiendo el uso establecido cuando se trata de personas extranjeras cuyo rango y conducta se conoce, pues aquí se atiende tanto á la segunda como al primero. Cuando fuí á devolverles la visita hiciéronme regalos, y en alguna

casa recibí más de una docena, porque hasta los niños de cuatro años quieren ofrecer un presente. Me han enviado bonitos canastillos de coral con flores delicadamente labradas; estos objetos se fabrican en Nápoles ó en Milán. He recibido también cajitas de ámbar guarnecidas de oro y esmaltes y llenas de bombones, muchos guantes, ligas y medias de seda; pero los guantes que aquí se llevan son cortos, como los de los caballeros, pues también las damas los abrochan sobre la muñeca; además, los dedos tienen una longitud extrema. Las medias fabricanse con *pelo*, es decir, seda cruda, y son tan cortas y tan estrechas, que muchas ni para calzar á una muñeca podrían usarse. Las ligas están hechas con unas cintas muy ligeras, muy claras, parecidas á las que usan las aldeanas en sus bodas, y llevan por uno y otro extremo puntillas de hilo de Inglaterra. Hanme regalado, además, muy bonitos vasos de tierra sigilada y otras mil cosas diversas. Si alguna vez salgo de Madrid, para regresar nuevamente al cabo de algún tiempo, entonces tendré que regalar á todas las que ahora me obsequiaron. Pero cualquier cosa las alegra y satisface: las agujas, las horquillas, las cintas de colores y sobre todo las pedrerías falsas las maravillan. Teniendo muchas joyas finas y preciosas, llevan, por capricho, algunas abominables que son propiamente pedazos de cristal groseramente labrados y en todo semejantes á los que nuestros bohemios venden á las aldeanas que no han visto más que al cura de su pueblo y las ovejas de su rebaño. Las más aristocráticas damas adornan su cuerpo con esos vidrios que nada valen y que compran muy caros. Cuando he querido saber por qué gustan de los diamantes falsos, me han dicho que los prefieren porque su tamaño es mayor; en efecto, á veces los llevan del tamaño de un huevo. Y todas estas chucherías vienen de Francia ó de Italia, porque, como ya he dicho anteriormente, se fabrican en Madrid muy poquitas cosas.

(*Se continuará.*)



PERTENECE A LA BIBLIOTECA
ATENEU BARCELONÉS

AQUÍ Y ALLÁ

(BOCETOS SOCIALES)

DOS PALABRAS PREVIAS

No un estudio completo: un esbozo lleguen tal vez á formar estas líneas. Son observaciones, ligeros rasgos, más ó menos firmes, ante realidades de la vida, en este novelesco teatro que se llama tierra española.

LOS PATANES DE MI PUEBLO, con LOS BURGUESES DE LA CIUDAD y LOS GAZAPOS DE LA CORTE se prestan á brochazos para un lienzo de carácter, y allá van á la ventura algunos colores de nuestra paleta. ¿Podrán dar cabal idea de hechos sociales que sobresalen á fines de nuestro famoso siglo?

Este resultado bastaría.

PRIMERA PARTE

LOS PATANES DE MI PUEBLO

CAPÍTULO PRIMERO

LA ESCUELA

Nos permitimos trasladar al lector á un pequeño pueblo, cuyo verdadero nombre no hace al caso, y que distinguiremos con la genérica voz árabe de Medina.

PERTENECE A LA BIBLIOTECA
ATENEU BARCELONÉS

Medina tiene algo más de mil almas, y en nada se distingue de la mayor parte de las poblaciones de su clase. Es una reunión de casas de un solo piso, todas de desaliñado aspecto, formando calles nada simétricas, intransitables siempre por sus inmensos lodazales en invierno y sus espesas capas de polvo en verano; calles con eternos baches y pequeñas chozas entre muladares y cuadras que rodean una gran mole de piedra, una nave desproporcionada y una torre sin gusto, pobres legados del siglo XVIII. Es, pues, Medina un caprichoso grupo de viviendas lanzadas al acaso en un reducido espacio y presididas por una iglesia no tan rara aún por su primitiva construcción como desfigurada por blanqueos y mal entendidos reparos.

En una de aquellas casas de sucio portal, desvencijada reja y mísero conjunto, el ruido producido por un centenar de muchachos descubre la escuela.

Nos importa mucho saber quién era el maestro; pero pocas palabras bastan para su biografía. Fué Pedro Jimeno, así se llamaba, seminarista hasta los diez y nueve años en que la suerte le llamó á un cuartel.

Modificáronse en el servicio militar sus inclinaciones á la carrera eclesiástica de tal modo que, al recibir la licencia absoluta, no quiso acordarse ya de teologías ni de tonsuras, entró al servicio del director de una escuela normal de maestros en provincia de tercer orden, y se casó al año con la hija del conserje de aquel establecimiento de enseñanza.

Un niño y una niña, Valentín y Mariquita, fueron el fruto del matrimonio del exsargento Jimeno; pero tuvo éste la desgracia de perder á su excelente consorte poco después del nacimiento de Mariquita; quiso hacerse maestro aprovechando sus estudios de seminario; había obtenido una interinidad y quince años hacía que estaba en Medina, esforzándose en dar cada día mayores pruebas de que no era un vulgar pedagogo.

Valentín tenía ya en la época á que nos referimos diez y ocho años, y cursaba el último año de la segunda enseñanza en el Instituto de la vecina capital de provincia: Mariqui-

ta tenía un año menos y vivía al lado de su padre dedicada á los quehaceres domésticos.

Pero entremos ahora en la escuela.

Son las nueve de la mañana. El buen D. Pedro Jimeno tiene á su alrededor algunos pequeñuelos sucios, andrajosos y mal calzados, á quienes hace deletrear, sin perder de vista á los demás muchachos, que intentan turbar el orden.

El día en que da principio nuestra historia, tenía el buen exseminarista y muy celoso exsargento más vigilancia que nunca, porque Gaspar, uno de los chicos más revoltosos del pueblo, estaba para diabluras: había embadurnado ya con su dedo mojado en tinta la plana escrita por uno de los más aplicados, había tropezado con otro, haciéndole de intento caer de bruces, había roto un cartelón y era ya la centésima vez que se le reprendía por hablar á voces, todo lo que le importaba muy poco á pesar de sus catorce años cumplidos.

De repente sonó un fuertísimo cachete dado por uno de los muchachos á otro compañero. Al contuso, que precisamente se hallaba sentado á la derecha de Gaspar, se le saltaron las lágrimas.

—¿Quién ha sido?—preguntó D. Pedro, irritado ya.—Apostaría á que estamos otra vez á vueltas con el galopo Gaspar.

—No he sido yo—dijo Gaspar con un gesto de desdén y mal modo.—Ha sido León.

Es de advertir que León era un mozo de unos quince años, siendo así que Esteban, el niño abofeteado, no pasaba de once.

—¡Conque, León, esas tenemos! No sé quién te autoriza para esos desmanes.

—Aún merecía más Esteban.

—¿Qué te ha hecho?

—¿Qué? Que tenga cuidado y no me apure la paciencia.

—Esto no es contestar á mi pregunta. Esteban es siempre un modelo de buena conducta, y le creo incapaz de faltarte á sabiendas.

—Pues me ha faltado—dijo León con despecho.

Entonces se levantó todavía llorando el modesto Esteban y confesó con toda ingenuidad que, al ir á tomar tinta, se le

había caído sin querer un borrón encima del cuaderno en el que León escribía. El pobre Esteban tenía una moradura en la cara y el ojo hinchado del fuerte golpe.

D. Pedro cogió la llave del encierro y mandó á León que le siguiese.

León y su compañero Gaspar eran precisamente, por su edad, los dos gallos de la escuela. Al paso que todos los demás chicos tenían de seis á doce años, ellos alcanzaban casi los quince, sin que su instrucción pudiese satisfacer aun las pocas aspiraciones de sus ignorantes padres, envanecidos caciques de Medina, que querían cuando menos que sus hijos supiesen leer, escribir y *echar* cuentas, como en su particular lenguaje decían.

Era la primera vez que León iba al encierro, y sufrió una mortificación visible. Su rostro cambiaba de color; se mordía los labios de despecho y miraba furtiva y rencorosamente al profesor; pero no tuvo más remedio que seguirle.

Al verse solos y libres por un momento los demás muchachos de la escuela, suspendieron en su mayoría las tareas; menudearon los cuchicheos, se volvieron á una y otra parte aquellas vivas cabezas, hubo quien tiró una bolita de papel mascado, quien sacó una peonza ó una pelota nueva proponiendo algún cambio, y todos se entregaron á las conocidas expansiones de la niñez.

Esteban, como queriendo consolarse, sacó del bolsillo una manzana puesta allí por su madre, y quiso morderla pacíficamente y sin tomar parte en la pequeña algazara. Pero no pudo hacerlo tan á solas que no lo notase el glotón Gaspar, cuyos ojos chispeaban de envidia al ver la hermosa fruta.

—¡Dame!—dijo en seguida.

—De buena gana te daría—le dijo Esteban,—pero no tengo con qué cortarla.

—¡Una navaja! ¿Quién tiene una navaja?—gritó Gaspar. No faltó quien tuviera su navajita.

Esteban cortó casi media manzana y voluntarioso se la entregó á Gaspar, dando también de lo que le quedaba otro pedacito al dueño de la navaja.

Gaspar se tragó de un bocado su media manzana, y vien-

do que Esteban aún tenía íntegro el pedazo que se reservaba, se lo arrebató con violencia, metiéndoselo entero en la boca, y dejando al verdadero dueño de la sabrosa fruta viendo visiones y sin poder probarla.

En aquel momento asomó la cabeza el maestro. D. Pedro, sin ser visto, había presenciado toda la grotesca acción del ansioso.

—Gaspar—dijo,—vente conmigo; te llevaré á hacer compañía á León. Tan detestable es tu conducta como la suya. Si él se deja dominar por el orgullo, tú no reparas en ser ingrato con tal de saciar sin miramiento tus instintos brutales y tu gula grosera.

Y Gaspar fué también al encierro. El maestro había salido esta vez de la escuela con rostro severo, y temerosos los niños no se alborotaron, guardando en general compostura. Al volver D. Pedro..... Pero dejemos ahora la escuela y dejemos al maestro que luzca sus instintos pedagógicos con el ejemplo del castigo impuesto, y veamos qué pasaba entonces en el encierro.

León era demasiado orgulloso para llorar; tomó posesión de su calabozo sin pronunciar una palabra de excusa, y vió con aparente indiferencia que la puerta de salida volvía á cerrarse.

El lugar destinado para encierro era un camaranchón, un pequeño desván en la parte posterior de la casa, formado por el techo del único piso y las inclinadas vigas que sostenían el tejado. Era una verdadera guardilla para trastos viejos, á la que se subía por una mala escalera de tablas y que recibía luz por un ventanillo que daba al corral.

De yeso era el piso de aquella zahurda; y un hoyo que allí vió León le sugirió la idea de seguir escarbando en el mismo sitio para entretener el tiempo y ver lo que abajo pasaba. No tuvo que trabajar mucho, el yeso tenía poca consistencia y la capa era tenue; pronto tuvo construído el observatorio desde el cual podía ver sin miedo de ser visto.

El agujero estaba practicado encima del cuarto de Mariquita, la hija del maestro. León aplicó el rostro al suelo y se puso á mirar atentamente.

Mariquita estaba en su cuarto. Sentada en una silla baja y teniendo delante otra más alta cuyo respaldo sostenía un pequeño espejo deteriorado, iba peinando su larga cabellera negra, mirándose á intervalos con cierta presuntuosa coquetería y mucha gracia.

Concluído el peinado, Mariquita, muy ajena de pensar que la estaban mirando, dió principio á otras operaciones del aseo. Quitó de sus hombros la toalla de que se había servido á guisa de peinador y se dispuso á lavarse.

León no perdía un movimiento, no pestañeaba. Vió la desnuda espalda de la joven, vió un gracioso lunarcito algo más abajo de la garganta, vió mucho que no le importaba; pero cuando con más entusiasmo y más afán miraba, oyó en la escalera los pasos de D. Pedro y del castigado condiscípulo Gaspar.

Se incorporó entonces, procurando disimular el hoyo con sus pies. Escuchó con indiferencia el último sermón del maestro y con impaciencia esperó el momento en que se marchase. Gaspar no estaba al parecer tan conforme como León, pues su cara mohína y su cabeza inclinada y mustia descubrían su disgusto.

Al fin, D. Pedro cerró la puerta y los dejó solos.

—¡Esto es inaguantable!—chilló Gaspar.—Me aburre el tío maestro; pero yo le prometo.....

—¡Calla, estúpido!—interrumpió León aplicando un puntapié á su compañero.

Y León volvió á ponerse de rodillas, disponiéndose á continuar sus observaciones.

No comprendiendo Gaspar nada de lo que pasaba, abrió desmesuradamente los ojos y se quedó como atónito.

—Pero..... ¿qué tienes, León? ¿Qué mal te he hecho?

—Oye—le dijo León en voz baja,—estoy dispuesto á molerte los huesos si vuelves á gritar.

—¡Ave María! ¿Qué mosca le habrá picado?—pensó Gaspar callandito.

León estaba otra vez de bruces mirando por el hoyo.

La curiosidad pudo más en Gaspar que el miedo que tenía á las amenazas de su compañero. Se puso también de

rodillas y, acercando sus labios al oído de León, le dijo en voz muy baja:

—Pero..... ¿qué demonios haces así?

—Mira—dijo León apartando la cabeza y señalando el agujero.

Gaspar vió entonces la habitación de abajo y vió también á Mariquita poniéndose el delantal y arreglando los dobleces del pañuelo que cubría sus hombros, ocultando lo que antes había visto León.

—¡Ah! Estás mirando á Mariquita.

—Es claro.

—¿Te gusta?

León no contestó.

—Á mí no me gusta—prosiguió Gaspar.

—Nadie te lo pregunta.

—Es que es muy presumida y muy pobre.

—Bueno, apártate.

—León seguía mirando, pero de improviso se levantó del suelo.

—Ven—dijo á Gaspar.

Y se arrimó de espaldas á la pared.

—Tú que trepas como un gato—prosiguió en voz baja, —sube sobre mis hombros, saca la cabeza por el ventanillo y mira quién pasa ahora por la calle á la otra parte del corral del maestro.

—Bueno, no te muevas.

—No tengas miedo.

—Allá voy, tente firme.

Gaspar se encaramó sin dificultad, miró y al poco rato volvió á bajar.

—¿Á quién has visto?—le preguntó León.

—He visto al tío Jeromo el tuerto, arreando á su borrica.

—Buen borrico eres tú. ¿Á nadie más?

—Á nadie más.

—Ya puedes volver á subir y no seas torpe. Mira bien á la izquierda del corral, debajo de la ventana del cuarto de la hija del maestro.

—Corriente; pero ¿qué quieres saber?



—Sube y entérate bien; ya te lo diré después.

Gaspar volvió á hacer la misma operación.

—¡Huy!—dijo al bajar, poniéndose la mano cerrada en la boca.—¡Ya lo sé, ya lo he visto!

—¿Qué?

—Hacía señas á Mariquita y la cortejaba.

—¿Quién?

—Y se reía el pícaro, enseñando sus dientes de á palmo.

—¿Quién, hombre?

—¡Quién ha de ser! Emilio, el hermano del tonto Esteban que tiene la culpa de que estemos los dos encerrados aquí.

—Ya nos vengaremos; déjame hacer.

—Sí; hemos de vengarnos. Pero ¿qué haremos?

—Ya lo verás.

—Lo que estoy viendo es que discurre más que yo.

—¿Hasta ahora no lo has conocido?

León volvió á aplicar los ojos al hoyo.

Aunque Mariquita y su interlocutor de la calle hablaban á media voz, escuchando atentamente se percibían casi todas sus palabras.

—Muchas gracias—decía la hija del maestro, oliendo con placer un gran ramo de flores.

—Mañana procuraré darte otro más bonito.

—Me gustan mucho las flores; pero siento que te molestes.

—¡Molestarme! Yo quisiera poder darte el alma dentro de una rosa.

—El alma no, hijo: ¿qué harías sin ella?

—Ya me darías tu un cachito de la tuya por compasión.

Mariquita se echó á reír.

—¿Sabes que estás muy linda?—continuó Emilio.

—¿De veras te lo parezco?

—Es que lo estás. ¿Quién no ha de quererte?

—Tú el primero tal vez.

En esto debió pasar algo en la parte de afuera, porque Mariquita se inmutó visiblemente, mirando más allá de donde podía estar el enamorado Emilio.

—Adiós, dijo con voz turbada; adiós, que oigo ahora venir á mi padre.

PERTENECE A LA BIBLIOTECA
ATENEU BARCELONÉS

Esto era una solemne mentira, porque ningún rumor se oía en el interior de la casa.

—Entonces, adiós, Mariquita—dijo Emilio;—adiós, corazón mío.

—Adiós, Emilio.

Y la joven se metió dentro de la habitación un momento, hasta que oyó alejarse el ruido de los pasos de su galanteador. Corrió al espejo, se miró de nuevo en él con complacencia, pasó la mano por su peinado, y luego volvió á asomarse á la ventana.

—Algo ocurre—dijo para sí el observador León.—Bueno será saber á quién mira con tanto afán Mariquita.

Volvieron los dos muchachos á la operación de antes. Gaspar trepó hasta el ventanillo en hombros de su compañero, y vió que otro joven se acercaba al mismo sitio que antes ocupaba Emilio.

—Ya sé quién es ahora—dijo Gaspar bajando.—Es Diego, es el tonto á quien llaman en el pueblo el Señorito.

—Sí, mi padre le llama el calavera.

Y los dos mocitos volvieron á su anterior posición, para ver mejor y oír lo que ocurría.

—Buenos días, Mariquita—dijo el recién llegado.

—Buenos días, Diego.

—¿Á que no adivinas de dónde vengo?

—Vendrás de rondar á alguna muchacha.

—No, vengo de casa del gabacho que hace retratos.

—¿Aquel que llegó anteayer y tiene una mona que baila?

—El mismo, me ha retratado; mira.

Mariquita tomó con mucho interés en su mano una mala fotografía de tarjeta.

—¡Qué parecido!—exclamó admirada. Y aun se le escapó decir:—¡Qué bonito! Me lo quedo.

—Corriente, quédatelo, pero pongo una condición.

—¿Qué condición?

—Que me des en cambio el tuyo.

—¡Pobre de mí! Yo no tengo.

—Pero puedes tenerlo.

—No es fácil. Mi padre no consiente estos caprichos.

—No es necesario que consienta.

—¿Cómo?

—Muy sencillamente. Mañana á esta hora vendré aquí con el retratista y su máquina. Sales un momento á la ventana, y asunto concluído.

—¿Tan pronto?

—Es cosa de dos minutos.

—Todo lo encuentras fácil; pero puede pasar alguno, ver- nos en tales andancias y.....

—No tengas cuidado. La puerta de este corral estará como ahora abierta, y aquí metidos puede hacerse en un abrir y cerrar de ojos, sin que nadie se aperciba.

—¡Qué chico!

—¿Consientes? Ya verás qué linda vas á estar.

—Consiento.

—Haré sacar dos buenos retratos: me quedaré uno y te daré el otro.

—Pero no me comprometas: no lo enseñes á nadie.

—Descuida. Ya sabes que te quiero.

—Tú lo dices.

—Lo digo, y es la verdad. Pero ahora me acuerdo que estabas hablando con otro cuando yo venía por la vereda del melonar.

—Es cierto.

—¿Sí? ¡Me gusta la franqueza!

—¿No has visto quién era?

—No le he conocido.

—¿De veras?

—Sospecho que algún novio.....

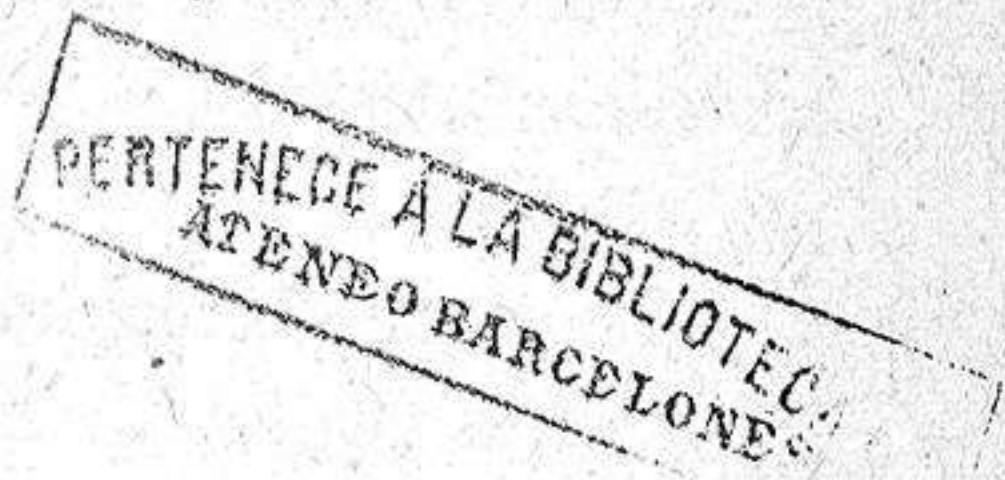
—¡Novio! Era el tío Joaquín, que tiene su chico en la es- cuela, y me daba un recado para mi padre.

León no pudo ya contenerse.

—¡Embustera!—gritó desde el encierro con toda la fuerza de sus pulmones.

Aquella inesperaba voz hizo estremecer á Mariquita, que se metió trémula y toda azorada dentro de la habita- ción.

Diego, el Señorito, no oyó distintamente la voz, y creyen-



do que era la de D. Pedro, se marchó en seguida y con paso largo por la calle inmediata.

Mariquita recorrió la habitación y no vió á nadie.

—¡Embustera!—repitió Gaspar.

Entonces advirtió la joven que la voz venía del techo.

—¿Quién esta ahí?—gritó algo repuesta, pero verdaderamente enfadada.

—¿No me conoces, Mariquita?

—¡Ya, ya! Eres León.

—León y Gaspar: somos dos—dijo el otro.

—¡Buen par de pejes!

—Todo lo que quieras.

—Los dos más grandullones de la escuela, y casi siempre castigados.

—Pero no merecen serlo tanto como tú.

—¡Tunantes! Ahora mismo voy á decir á mi padre que habéis horadado el techo del calabozo.

—Te guardarás muy bien de hacerlo.

—¿Cómo que me guardaré?

—Te guardarás de hacerlo, porque nosotros le contaríamos todas tus picardihuelas.

—¡Vaya! ¿Qué le contaréis?

—Que no piensas más que en acicalarte, en vez de estar en la cocina.

—¡Bueno!

—Y que para lavarte te pones demasiado escotada.

—¡Ah, pícaro!

—Y que enseñas los hombros, y aun algo más.

—¿Qué?

—Y aquel lunarcito del pecho que tanto mirabas al espejo.

—¡Fisgones!

—Y que eres una coqueta.

—¿Eso más?

—Y que recibes ramos de flores de Emilio y le engañas.

—¡Ah, diablillos!

—Y que hablas con Diego, el Señorito, y te da un retrato, y le prometes dejarte retratar, y también le mientes.

—¡Oh! No digáis nada, ¡por Dios!—dijo Mariquita jun-

tando maquinalmente las manos, al ver todas sus travesurillas descubiertas.

—¿Dirás á tu padre que hemos agujereado el suelo?

—No diré nada.

—Pero no es bastante que te calles; es menester que hagas algo por nosotros.

—¿Qué queréis? Sería una crueldad ser exigentes conmigo.

—No, Mariquita; pero ya puedes comprender que lo primero que necesitamos es que nos abras la puerta del encierro y nos dejes salir á la calle.

—Imposible. ¿Cómo he de componerme?

—Comonte como te dé la gana; pero ábrenos pronto, si no quieres que se lo contemos todo á tu padre.

—¿Seríais capaces?

—Tan capaces como lo eres tú de engañar á tus novios.

—¡Dios mío!

—Lo que queremos es que no tardes mucho en decidirte y despacharte.

Mariquita salió sofocada de su cuarto. Conocía á los dos chicos y les creía capaces de todo. Estuvo un rato perpleja sin saber qué hacerse; pero luego calculó que lo menos comprometido sería violentar la puerta del encierro, haciendo creer á su padre que era cosa de los mismos chicos. Cogió en sus manos unas fuertes tenazas y subió aturdida y temblando la escalera.

—Yo soy—dijo Mariquita.—Voy á abrir la puerta. ¿Os callaréis sobre lo que hago? Mucho me expongo por vosotros.

—¿Conque eres miedosa?

—Temo á mi padre.

—Abre, y no tengas cuidado.

—Pero cuando él os reprenda y os castigue por haberos escapado estropeando la puerta, no vayáis á decirle luego que he sido yo.

—Es claro que no se lo diremos; pero abre pronto. ¿Crees que no tenemos más palabra que tú?

Mariquita quitó un clavo, y luego otro, interrumpiéndose á cada momento, porque mil veces creyó percibir los pasos de su padre. Felizmente la cerradura estaba muy poco sólida, y no tardó en ceder.

—¡Ya está!—exclamó por fin Mariquita, con el rostro como una grana.

—Bien, hermosa—dijo con descaro León;—bien merecías ahora que te diese un beso.

—No seas descarado, León; yo te traigo un regalito que ya sé te gusta; toma un cigarro de los de mi pobre padre. Á ti, Gaspar, te daré unos cuartos, que son mis pequeños ahorros.

—Los prefiero al cigarro; vengan los cuartos—dijo éste.—Iremos á gastarlos á casa del tío Vicente.

La hija del maestro tenía prisa de verse libre de aquellos dos muchachos, y dió á León un cigarro de cinco céntimos y á Gaspar unos cuartos.

—Ahora quédate con Dios y ponte muy mona para que te retraten.....—indicó el malicioso León, permitiéndose de paso una caricia.

—Más gracia tendría si en el retrato se viese el lunarcito—añadió Gaspar.

Y como dos verdaderos diablos saltaron la escalera, ganando de un brinco la calle.

PERTENECE A LA BIBLIOTECA
ATENEU BARCELONÉS

CAPÍTULO II

OTRAS COSAS DE MI PUEBLO

Entretanto D. Pedro seguía tranquilamente en la escuela, haciendo leer á unos, enmendando la plana á otros, repartiendo un cachete acá y una amonestación allá.

Dieron las once, y el buen maestro soltó á aquel enjambre de diablillos. Uno de éstos, el más mosca muerta en la escuela y más hablador en la calle, se encontró con su tío, nada menos que el alcalde del lugar, y le contó de pe á pa todo lo sucedido con León y Gaspar, condenados á no comer y á estar encerraditos todo el día.

No sabemos si aquel niño lo refería con exactitud; pero es lo cierto que el alcalde se puso furioso. Bueno es advertir que aquel año era alcalde el Sr. Isidro Arroyo, padre de

León. Y por lo visto el Sr. Isidro era tan orgulloso como su vástago, pues frunciendo las cejas, levantando el hombro del que colgaba la chaqueta y con rostro ceñudo, tomó el camino de la casa del maestro.

El Sr. Isidro Arroyo era labrador; no sabía escribir ni leer tampoco; pero por un ridículo capricho sabía estampar cuatro garabatos que llamaba su firma. Esto le sobraba para ser presidente nato de la Junta local de instrucción pública.

Al verse cara á cara con D. Pedro, el Sr. Arroyo volvió la cabeza á una y otra parte, sus ojos giraron velozmente en sus órbitas, tenía las mejillas más encarnadas que de costumbre y toda su cabeza parecía una mina pronta á estallar.

Por fin reventó con el siguiente exabrupto:

—¿Sabe usted, maestro, que ya se me acaba la paciencia? Esto no se puede aguantar. ¡Velay!

La exclamación ¡velay! era su muletilla predilecta.

—Usted dirá—contestó el maestro con calma.

Entonces el Sr. Isidro empezó á echar sapos y culebras por su boca, porque hacía tiempo que no podía ver al orgulloso maestro, el cual no había querido ser escribiente del secretario del ayuntamiento ni sacristán del cura. Estuvo grosero y brutal, y el buen D. Pedro tuvo que olvidarse de que fué antes sargento para no contestar debidamente al patán y no producir más escándalo.

Envalentonado el Sr. Isidro con la prudencia del maestro, pasó de las palabras á las amenazas.

—¡Alto ahí!—dijo D. Pedro con seriedad.—Basta de sandeces y de insultos.

—Sí, basta de conversación—replicó el alcalde;—así como así, estará usted poco en el pueblo, porque no quiero que siga usted matando de hambre á los pobres chicos.

D. Pedro, á pesar de estar en aquel momento irritado, no pudo menos de sonreirse.

—Habla usted por su hijo, ¿no es verdad?—preguntó.

—Hablo por Leon, sí; porque usted no puede verlo, no le enseña usted nada, y el pobre es blanco de la mala voluntad é inquina que usted le tiene.

Hacemos gracia al lector de las interjecciones con que el buen alcalde salpicaba sus frases.

—Ante todo, sepa usted, señor alcalde—repuso D. Pedro,— que, castigando á León, doy una prueba de quererle. ¿No sabe usted el refrán «quien bien te quiere te hará llorar?»

—Por lo mismo que lo sé juro á usted, maestro, que no tendrá usted que ir á Roma por la penitencia. ¡Velay!

—Usted hará lo que guste; pero, diga usted, Sr. Isidro, ¿sabe usted qué hora es?

—¿Á qué viene esta pregunta?

—Oiga usted, creo que no son todavía las doce, hora en que usted acostumbra comer; de manera que si León hubiese salido de la escuela á la hora de costumbre, aún no habría comido. ¿Le parece á usted que puede estar muerto de hambre? Y aun cuando el chico siga encerrado hasta la tarde, ¿cree usted?....

—No creo nada—interrumpió bruscamente el Sr. Isidro.—He venido para llevarme á mi chico, porque ni tiene edad para ayunar, ni quiero que deje de comer hoy á mi lado en la mesa.

—¿Se propone usted sacarlo de la escuela?

—Justo, maestro.

D. Pedro, siempre impasible, tomó entonces la llave del encierro, creyendo que se hallaban allí los dos pájaros. Su sorpresa fué grande al ver la jaula vacía; nunca hubiera creído tanto atrevimiento en León y Gaspar.

Volvió pensativo en busca del alcalde.

—Tiene usted un chico modelo—objetó.

—Y á usted no le importa. ¡Velay!

—Es, sobre todo, muy obediente.

—Ya lo sé. Pero ¿qué hace? ¿Dónde lo tiene usted?

—Venga usted conmigo.

El maestro, seguido del alcalde, se dirigió nuevamente al encierro, cuya puerta estaba fracturada y medio caída.

—Pero..... ¿dónde está mi hijo León?

—¿Qué sé yo!

—¿Cómo es eso?

—Aquí le tenía encerrado, y ya ve V. cómo está la puerta.

—¿Aquí estaba León?

—Aquí mismo.

—Entonces ha hecho bien en escaparse. ¡Velay! ¿No es esto una verdadera jaula?

—Podrá ser; pero convenga usted que su hijo se conduce como una pequeña fiera.

—Cuidadito con insultarme, maestro.

—No insulto; contesto.

—Bueno y basta. ¡Velay! Ya nos veremos la cara.

Al verse D. Pedro solo, no pudo menos de encogerse de hombros. Una cosa le tuvo un momento perplejo. ¿Cómo habían podido Gaspar y León desvencijar la puerta? La cerradura estaba desclavada y casi caídos los goznes, siendo así que tanto la cerradura como los goznes estaban en la parte de afuera, dificultando mucho la fractura. Pensó que aquellos tunantes habrían tenido el auxilio de un tercero, pero sus sospechas no recayeron, sin embargo, en su hija.

Entró en el cuarto de la muchacha.

—¿Qué haces?—le preguntó.

—Nada.

—Pues es menester hacer algo; ya sabes que la ociosidad es madre de todos los vicios.

—Le esperaba á usted para comer.

D. Pedro iba á sentarse, cuando su vista se fijó en el ramillete, que con el incidente promovido por León y Gaspar no se había acordado Mariquita de esconder.

—¡Un ramo!—exclamó su padre.—¿Quién es el que te ha dado esas flores?

Mariquita no contestó.

—¿Quién te ha dado éstas flores?

La joven vacilaba.

—Contesta, Mariquita; y sobre todo dime la verdad, pues ya sabes que nada es tan odioso para mí como la mentira.

—No se enfade usted, padre; yo no tengo la culpa de que me echen un ramo.

—¿Quién te lo ha echado?

PERTENECE A LA BIBLIOTECA
ATENEU BARCELONÉS

—No lo sé.

—¿Cómo que no lo sabes?

—Estaba peinándome esta mañana, cuando lo han tirado por la ventana y ha caído en medio del cuarto.

—Y siendo tan curiosa, ¿no has mirado? ¿No has visto quién echó el ramo?

—Cuando me asomé, ya no había nadie.

—¡No mientas, Mariquita!

—No miento, padre.

—Entonces, no debías haber admitido este ramo de una persona que se esconde y cuyas intenciones ignoras. De la calle habían venido las flores, y á la calle debías haberlas arrojado en seguida.

Y D. Pedro, fiel á sus severos principios, fué á coger el ramillete para tirarlo por la ventana. Pero encima de la mesa donde estaban las flores había también el retrato de Diego, el calaverilla que en el pueblo llamaban el Señorito.

El semblante de D. Pedro se puso lívido al fijarse en el retrato. Le hacía más daño el fingimiento de su hija que una puñalada que le hubiesen dado en el corazón. La voz se anudó en su garganta, y sólo pudo indicar con el dedo y en descompuesta actitud la fatal fotografía.

Mariquita se estremeció, temiendo indudablemente una escena desagradable.

—Estaba dentro del ramo.....—murmuró ella con voz poco firme.

—¡Ya has mentido, diciéndome que no sabías quién había echado las flores!—dijo al cabo D. Pedro.

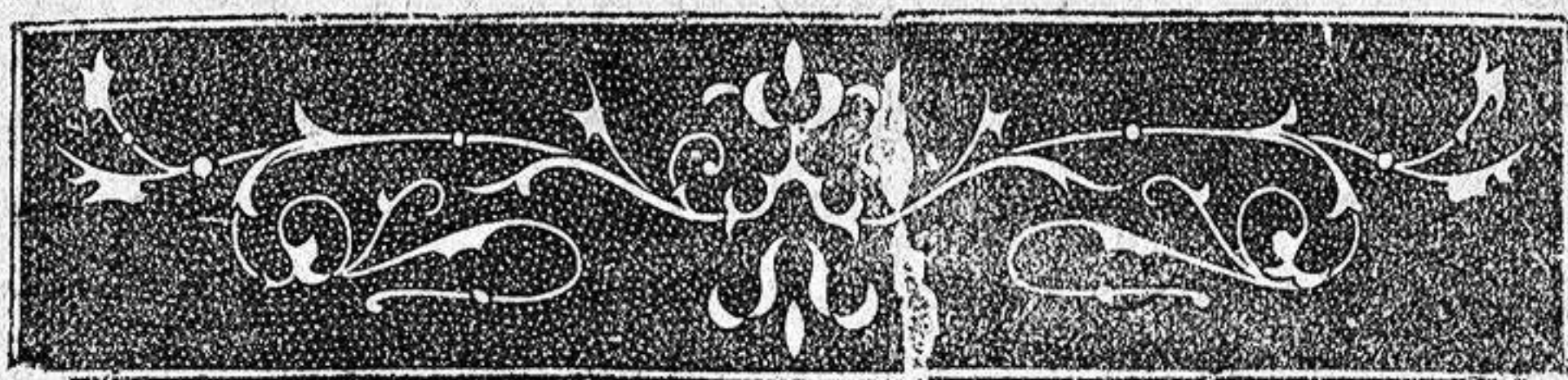
La joven no tuvo valor para mentir de nuevo, y se quedó cabizbaja y callada.

—¡Has mentido! Ya sé ahora que á todas tus malas cualidades hay que añadir la de ser embustera.

Mariquita sollozaba.

C. SOLER ARQUÉS.

(Se continuará.)



CRÓNICA POLÍTICA

INTERIOR

Concluyó la agitación política sostenida en la Junta central del Censo por los partidos fusionista y republicano. El decreto de disolución de las Cortes y la convocatoria de otras nuevas por sufragio universal vinieron á disipar las últimas ilusiones de los soñadores en grandes conflictos, mañosa y poderosamente preparados. Las famosas votaciones de la mayoría de la Junta, erigida en poder supremo frente del Poder ejecutivo, han sido juzgadas como arranques dictatoriales del despecho, y pasan á la historia sin más consecuencias que la de un mal ejemplo.

Pero las cuestiones políticas han cedido su puesto á las de carácter electoral, y no es extraño, por consiguiente, que no se oiga hablar más que de candidaturas, de distritos, de atropellos que casi siempre inventa la pasión de partido y de violencias que, por fortuna, no se realizan ahora desde el poder. La animación en todos los partidos es grande y crece á medida que se organizan las fuerzas para la lucha y se mide el terreno en que aquéllas han de maniobrar.

El sufragio universal hablará muy pronto, demostrando que el país conoce sus intereses y no olvida su defensa. Ya los periódicos republicanos y fusionistas, doloridos por el justo y natural efecto que en las comarcas agrícolas é industriales ha

producido el decreto derogando la base 5.^a arancelaria y subiendo los derechos á los cereales y ganados, pretenden desvirtuarlo con juicios erróneos y suposiciones tan infundadas como la de que los interesados no saben lo que les conviene.

*
* *

El programa de los candidatos conservadores por la circunscripción de Madrid es el programa de los adictos al Gobierno en toda España, programa sobrio, sencillo, elocuente y sincero. Los hombres que lo firman, respetables por su condición social, por la independencia de su carácter y por los servicios que tienen prestados á la administración unos, al comercio, á la banca y á la industria otros, constituyen la más firme garantía de que serán defensores decididos de los intereses públicos.

Su manifiesto dice así:

«Al presentarnos á solicitar los votos del pueblo de Madrid para representarle en Cortes, entendemos cumplir un deber social y político.

Los principios y los intereses conservadores, que tan considerable fuerza tienen en esta capital, no podían desertar de la contienda próxima. Amigos, correligionarios, hombres de la mayor autoridad, nos han designado para luchar, y hemos aceptado.

Si las clases que nuestra candidatura simboliza cumplen á su vez los deberes que el organismo constitucional les impone; si se deciden á combatir con su acción más viva las fuerzas que leyes y reformas, ya incorporadas á la vida nacional, han ido dando á sus naturales adversarios; si no lo fían todo á la protección de los Gobiernos, nuestro triunfo es seguro; pero, de todas suertes, nos obliga el puesto que se nos ha señalado á exponer al pueblo de Madrid nuestros propósitos, que serán, si alcanzamos su representación, sagrados compromisos de conducta.

No aspiramos, en el orden de las leyes políticas, á reacciones de ningún género: cualesquiera que sean nuestras opiniones teóricas sobre los problemas resueltos, aceptamos lo he-

cho como término de una evolución que importa acomodar lealmente á las necesidades del país, no como punto de partida para nuevas reformas. En cambio, deseamos aplicar nuestros esfuerzos y mover con incesante excitación los medios de los Gobiernos á la represión enérgica de las inmoralidades administrativas, despilfarros y amplitudes de nuestra complicada burocracia en Ayuntamientos, Diputaciones y departamentos centrales, sin reparar para ello en otros compromisos que en éstos que con nuestros electores contraemos.

No sólo al interés material del Tesoro y presupuesto importan las severidades rayanas de la crueldad que hay que pedir á Gobiernos y oposiciones en orden á perseguir fraudes y castigar abusos y lograr disminución de gastos, sino también á un alto interés moral, cual es la satisfacción íntima del contribuyente y del trabajador, malcontentos con que sus penosas cuotas de impuesto reciban torcido ó innecesario empleo.

El pueblo de Madrid tiene en esto exigencias tan legítimas como concretas y definidas, y sus representantes deben estar resueltos á reclamar muy alto la enmienda.

Apartadas del futuro Parlamento por la fuerza de los sucesos las cuestiones esencialmente políticas, será preciso llevar á él, á más de las administrativas y económicas, las sociales, que en mayor ó en menor medida preocupan á todos los Gobiernos europeos, y en ellas el pueblo de Madrid, sus masas obreras, siempre sufridas y honradas, lo mismo en los períodos de paz que en los días de prueba para las virtudes populares, tendrán en nosotros procuradores solícitos de conseguir las deseadas transacciones que suavicen la relación de trabajadores y capitalistas, y de que se reconozcan y sancionen los derechos y respetos que deben arrancar al proletario de la acción brutal de una concurrencia económica sin atenuaciones ni consuelos.

Algunos de nosotros hemos consagrado parte considerable de nuestra vida y esfuerzos al remedio práctico de esos males; todos prestamos concurso y atención á la vida del obrero en ciudades ó campos: ninguno va al Parlamento á buscar aumentos de los que la política puede ofrecer legítimamente á hombres de otras profesiones y situación social; y podemos

decir, por tanto, sin vanagloria, pero con sinceridad, que cumpliremos como buenos y honrados lo que el pueblo sano de Madrid tiene derecho á pedir á sus representantes en Cortes.»

Pocas veces la voz de los candidatos á la diputación ha resonado con más sinceridad y elocuencia, y es porque en la candidatura conservadora se reúnen, naturalmente, aristócratas, comerciantes, hombres instruídos, y ella significa que si los intereses políticos merecen naturalmente ser tenidos en cuenta, los del comercio y la industria no deben quedar olvidados. Las clases acomodadas saben, pues, que tendrán en esos Diputados, si tal honor logran, una garantía eficaz; las otras no deben dar al olvido que los que en su vida íntima son tan respetables, en la pública han de ser dignos representantes del pueblo.

*
* *

También el Sr Sagasta ha expuesto su programa en el Círculo fusionista, ante los comités de este partido, al aceptarse, más bien que acordarse, la candidatura de Diputados á Cortes por Madrid y su provincia.

Nunca dudamos de que el Sr. Sagasta, á pesar de sus discursos de Zaragoza y Barcelona y de las esperanzas que hiciera concebir al radicalismo, rechazaría la revolución; mas quedábannos dudas en lo que á la *evolución* se refiere, no solamente por las intimidades de aquel jefe con el pontífice posibilista, sino también por los esfuerzos practicados en Alcoy y en un reciente banquete por el Sr. Canalejas, erigido en defensor del dogma fusionista.

Sagasta da una prueba meritoria de sentido político, rechazando á un tiempo y por igual la revolución y la evolución, y manteniendo resueltamente la firme base de una legalidad común á todos los partidos que aceptan la Monarquía. Es muy cierto que, ante el ejemplo de espíritu progresivo y de abnegación dado por el partido conservador, al aceptar lealmente y practicar con sinceridad una legislación formada con principios muy diversos de los que profesa, el Sr. Sagasta no podía hacer sino lo que su discurso expresa; mas son concluyen-

tes sus declaraciones acerca de que la misión del partido liberal, en el período que se inaugura, no es la de arrojar al campo del debate nuevas fórmulas políticas, sino, muy al contrario, la de promover y vigilar el ejercicio y la aplicación del estado de derecho vigente, hasta infiltrarlo en las costumbres públicas.

Si el rechazar la evolución, prefiriendo consolidar lo existente por medio del ejercicio de las leyes, es un programa paralelo al del Gobierno conservador, pero monárquico y plausible, siempre existirán otras diferencias notables entre uno y otro partido. Por de pronto, los conservadores, obedeciendo á los dictados de la opinión pública, afirman una política económica fundada en la protección racional, y una política social que responde á un movimiento general en Europa. El programa liberal formulado por el Sr. Sagasta omite cuidadosamente todo eso.

La prensa extranjera comprende también la imposibilidad de que se coliguen las diferentes fracciones del liberalismo español para combatir en las elecciones próximas al Ministerio Cánovas. No caben arreglos entre Castelar, Ruiz Zorrilla, Pi y Margall y Sagasta. Pero el que más se engaña acerca de las eventualidades de la política es el señor Castelar. «La misión del partido republicano, dice *Le Nord*, según cree el señor Castelar, sería la de salvar el liberalismo en España, esperando que las circunstancias le permitan cambiar la forma de gobierno. La República no es para él sino un ideal vago y lejano; el fin inmediato es la consolidación de la democracia bajo el régimen del sufragio universal, imponiendo á la Monarquía la política de las masas. Doctrinario evolucionista el Sr. Castelar, se imagina que el sufragio universal es siempre un avance hacia la República. Las próximas elecciones podrán muy bien desvanecer su ilusión.

Todo lleva á creer que el Sr. Cánovas del Castillo está en perfecta actitud de manejar el sufragio universal, y que la indiferencia manifiesta del cuerpo electoral dará al Ministerio una mayoría más compacta que la que jamás logró el Sr. Sagasta ni aun con el sufragio restringido.»

Varios periódicos opinan que los posibilistas del Sr. Caste-

lar no darán al auxilio de los liberales dinásticos sino un contingente insignificante. La gran masa del partido republicano permanece intransigente, y en su mayor parte impotente; y aunque la campaña electoral será una guerra de todos contra todos, carlistas y socialistas, zorrillistas y federales, habrán de neutralizarse recíprocamente. El partido liberal tiene más jefes que soldados. En medio de tal confusión, el Sr. Cánovas del Castillo es el único que ofrece, bajo la admirable disciplina del partido que dirige, el único núcleo fuerte y posible de los elementos del orden y de la estabilidad, por cuyo imperio el país suspira.

Los republicanos centralistas, que han venido á aumentar la división característica de esa comunidad política añadiendo un partido nuevo á los ya existentes, so pretexto de unión, se han derramado por esas provincias en caravanas electorales. Háblannos por el telégrafo desde Extremadura y desde Cataluña.

En el Circo ecuestre de Barcelona han pronunciado los centralistas varios discursos, haciendo el indispensable consumo de patriotismo, abnegación, etc.; han abogado calurosamente por la unión de las dispersas fracciones republicanas, por el triunfo definitivo de la República y por el provisional en las elecciones que van á verificarse; todos han ensalzado el amor al trabajo, propio de los catalanes, y ponderado lo mucho que les interesan los adelantos industriales de aquella región, que algunos de ellos no conocían sino de nombre.

Para el Sr. Salmerón la panacea para Cataluña consiste en la *federación ibérica*. ¡Si fuera en Badajoz! Pero..... ¡en Cataluña! Luego ha dicho á los catalanes que el voto popular no tiene otro fin ni otro objeto más que el de derribar el poder constituido. No ha pasado de 1793 el filósofo de Almería. El poder, según él, es enemigo natural del pueblo. Que el sufragio universal pueda servir para afirmar la paz pública, para amparar los intereses de las clases productoras, para mejorar la condición del proletariado, no se le pasa por las mientes á dicho filósofo. Su proverbial candidez, no incompatible con ciertas cualidades del sectario, se ha exhibido también en Barcelona al aconsejar á los socialistas catalanes que ingresen en

los partidos políticos, y singularmente en el centralista republicano..... ¡Consejo desinteresado! Pero no hay miedo de que el socialismo catalán lo tome en cuenta.

Hemos tenido además otro famoso discurso del exministro de la Regencia de S. M. María Cristina. Definidor, sin autoridad, del nuevo dogma fusionista, el Sr. Canalejas pretendió llevarse á esta comunión á su antiguo campo republicano. Habló del concepto del Estado, rechazando por caduco el que atribuye significación y valor á la institución monárquica; atacó á las aristocracias sociales; reclamó independencia para el poder judicial, como si no hubiesen sido Ministros fusionistas los que faltaron á la ley orgánica, alteraron por decretos lo que por leyes se hallaba establecido, sentaron limitaciones para el sucesor, después de haber ellos despachádose á su gusto, y se aprovecharon del establecimiento de las Audiencias de lo criminal para fomentar las improvisaciones y el nepotismo.

¡Apenas si trazó programa al partido fusionista el exministro liberal! Ejército voluntario, calificando de «mercenario» al actual; marina de guerra hermanada con la mercante; nueva organización del trabajo bajo la base de la participación en los beneficios; guerra á la «aristocracia de la inteligencia» y enseñanza técnica para conseguir la nivelación. Esto de guerra á la aristocracia de la inteligencia no podía menos de ser muy aplaudido en un banquete que se celebraba en honor del antiguo progresista Sr. Angulo, y, con efecto, provocó gran entusiasmo.

Más vale así. Pero dejemos á un lado los efectos teatrales inventados para deslumbrar supuestos incautos, cuya conducta demostrará que no se dejan embaucar fácilmente.

*
* *

Cuando todas las noticias hacían esperar una mejora de salud, queda sorprendido el pueblo de Madrid con el inesperado fallecimiento del ilustre hombre público D. Manuel Alonso Martínez, á los sesenta y tres años de su vida.

La prensa da el resumen de su biografía. D. Manuel Alonso

Martínez nació en 1827, en Burgos, en cuya Universidad cursó la carrera de leyes, dando ya pruebas de inteligencia, que le auguraban un brillante porvenir en el foro. Las Cortes Constituyentes de 1854 fueron las primeras en que tomó asiento, cuando aún era muy joven, y desde entonces han sido muy raras aquellas en que no ha figurado. Apenas juró el cargo de Diputado en las mencionadas Cortes, se afilió en el partido progresista y se dió á conocer como Diputado elocuente, razonador y templado, valiéndole las ideas sostenidas en algunos debates de importancia ser nombrado al año siguiente Ministro de Fomento en una de las crisis que atravesó el Gabinete presidido por el General Espartero.

Amigo y admirador del que fué luego primer Duque de Tetuán, contribuyó con su personalidad á la fundación del compacto grupo adicto á éste, que se formó en las mencionadas Cortes contra las exageraciones que manifestaban los progresistas, y cuando aquéllas fueron disueltas á cañonazos en 1856 y vencida también la insurrección que había estallado en las calles de Madrid, el Sr. Alonso Martínez fué nombrado Gobernador de esta provincia.

Durante las Cortes de la unión liberal se afilió al grupo disidente que acaudillaba el insigne tribuno Ríos Rosas, y á la caída del Gabinete del General O'Donnell se le nombró Ministro de Fomento é interino de Hacienda, bajo la presidencia del Marqués de Miraflores, en 1863, y nuevamente Ministro de Hacienda en el Gabinete del Duque de Tetuán en 1865. El retraimiento político de los unionistas y progresistas preparó y aceleró los sucesos de 1868, cuya revolución esperaba y presenció el Sr. Alonso Martínez sin tomar parte activa en ella, consagrado casi exclusivamente á su bufete, que llegó á ser de los más importantes de Madrid, y á las tareas de la Real Academia de Jurisprudencia, que le eligió Presidente en 1869. Volvió al Congreso en 1871, afiliado al partido constitucional, y después del famoso 3 de Enero se le confió la cartera de Fomento primeramente y después la de Gracia y Justicia.

Triunfante la restauración, el Sr. Alonso Martínez se adhirió en seguida al nuevo orden de cosas, separándose del anti-

guo partido constitucional y contribuyendo con su actitud á que reconocieran aquél otros hombres importantes de la revolución, que habían manifestado ideas templadas en aquel agitado período político. Elegido Presidente de la Diputación provincial de Madrid, vino á las primeras Cámaras de la restauración por los distritos de Burgos y Lérida, y fué nombrado Presidente de la comisión de Constitución que hizo la de 1876 vigente, cuyo inspirador fué el Sr. Cánovas del Castillo, pero á cuya obra todos saben que el Sr. Alonso Martínez llevó sus grandes conocimientos y su profunda y larga experiencia política.

Algunas pequeñas diferencias políticas le colocaron en oposición al Gabinete del Sr. Cánovas, fundando el grupo que se llamó del centro parlamentario, en el que figuraron hombres importantes hasta 1880, en que se realizó la fusión de este grupo con el antiguo partido constitucional.

Al subir al poder el partido liberal en 1881, hecho en que no tuvo escasa influencia el Sr. Alonso Martínez con sus elocuentes y brillantes campañas en el Parlamento combatiendo la situación liberal conservadora, fué nombrado Ministro de Gracia y Justicia, uniendo su nombre á la importante reforma del planteamiento del juicio oral y público, que llevó á cabo en 1882. Después de la caída del Gabinete izquierdista en 1884, obtuvo la representación de su partido para acordar con el Sr. Monteros Ríos la fórmula que sirvió de programa para la unión de las dos fracciones del partido liberal, y cuando éste volvió al poder en 1885, el Sr. Alonso Martínez desempeñó la cartera de Gracia y Justicia, dedicándose á cumplir los compromisos políticos de su partido en lo que afectaba á su departamento con la presentación del proyecto de ley estableciendo el juicio por jurados en materia criminal, y á ver de realizar también su ideal, como jurisconsulto, de unificar la legislación civil con la publicación del Código, á cuya empresa venía consagrandó atención preferente desde que pertenecía á la comisión de Códigos, y sobre todo, desde su paso por el Ministerio de Gracia y Justicia, en que presentó á las Cortes el proyecto de bases del Código civil. No puso su firma al pie del decreto de publicación de esta obra importantísima, tanto

tiempo ha reclamada por la opinión; pero nadie le ha disputado la gloria de haber sido su autor principalísimo, primero como Ministro, y como Presidente de la comisión de Códigos después. Por ello tuvo justos aplausos y elogios merecidos de cuantos se dedican al estudio de nuestra legislación y el título de socio de mérito que la Real Academia de Jurisprudencia le concedió en una sesión solemne y memorable.

En 1889, la disidencia del Sr. Martos dejó vacante la Presidencia del Congreso, y el Sr. Alonso Martínez fué inmediatamente indicado como el prohombre del partido liberal llamado á sustituirle en aquel alto puesto, que ocupó efectivamente después de una nutrida votación de sus correligionarios, y que ha desempeñado con la confianza de éstos y el respeto de todas las minorías.

Como hombre de ciencia, el Sr. Alonso Martínez era uno de nuestros jurisconsultos más ilustres, autor de varias obras sobre filosofía del Derecho, derecho de propiedad, etc.; individuo de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas y abogado eminente que gozaba de gran prestigio en los tribunales. La oratoria del Sr. Alonso Martínez se distinguía por su corrección y sobriedad, sus tonos templados y su argumentación metódica y profundamente razonadora.

La muerte del Sr. Alonso Martínez es una gran pérdida para el partido liberal, del que era una de las personalidades más salientes por su sentido gubernamental y por la autoridad de su nombre. La vida de este prohombre del fusionismo acaba de extinguirse en medio del cariño entrañable de su familia, del afecto sincero y de la admiración de sus amigos y del respeto y consideración de sus adversarios políticos, que no podían menos de reconocer en él las nobles prendas de lealtad, inteligencia y rectitud de que había dado tantas y tan honrosas pruebas.

Descanse en paz el finado.

A.



REVISTA EXTRANJERA

Sorprende á las personas de juicioso criterio que un diario de Madrid de cierta importancia, en odio al Gobierno y sin detenerse en el daño que puede causar á los intereses de su patria, haya preferido dar crédito á la versión de los metodistas arrojados por nuestras autoridades de la isla de Ponapé, y á quienes no se ha consentido establecerse en la del Rey, que á la relación veraz escrita por los mismos que han derramado heroicamente su sangre en el campo de la lucha.

Tenemos á la vista *El Eco de Filipinas*, de Manila, correspondiente á los días 14, 15 y 23 de Octubre, en los que se refieren los sucesos ocurridos en Ponapé desde el 3 de Septiembre. Las relaciones publicadas por el referido periódico proceden de testigos que á la vez fueron actores en la lucha contra los kanakas insurrectos, y por lo tanto no se inspiran en los móviles interesados de las que han podido llevar á la capital de California los misioneros y los navegantes norteamericanos de la misión de Ponapé y del vapor acorazado *Alliance*.

Reconstruyamos los sucesos. El 3 de Septiembre se verificó el desembarco de las fuerzas enviadas desde Manila, dirigiendo la operación el teniente de navío D. Saturnino Núñez. Á las ocho de la mañana, la operación había concluído: la artillería é infantería de Marina se alojaban en el espacioso cuartel Díaz Varela; la compañía del núm. 68 en un salón de

la enfermería y otro de la factoría, y las dos restantes en una casa desocupada.

Hasta el 11 la tropa se ocupó en preparativos de campaña. El 11, el capitán de Artillería Sr. Monasterio verificó un reconocimiento para que sirviese de preliminar á la marcha que debía emprenderse el día 13. El 16 se mandó embarcar la fuerza de Santiago á bordo del *Manila* y *Antonio Muñoz*, mientras los cruceros *Velasco* y *Ulloa* bombardeaban las tribus insurrectas y destruían las viviendas de la isleta Tamuán, cuyos habitantes, en número de 200, huyeron para incorporarse con los de Oua. Estos cuatro buques, sirviéndoles de práctico el alemán M. Narrun, residente en Ponapé hacía dos años, penetraron en el peligroso puerto de Harrú y contribuyeron así á la ocupación de las islas Tauchi, Naspali y Nar, como al ataque de Oua.

El 18, día en que debiéronse emprender las operaciones, amaneció muerto en su lecho, á causa de un derrame seroso, el jefe de la expedición, coronel Gutiérrez Soto; y comunicada la noticia al coronel Cadarso, Gobernador de Santiago, mandó tomase el mando de la columna el comandante capitán de Artillería D. Victor Díaz, y la dirección de las operaciones por mar y tierra el comandante del *Velasco*, D. José Paredes.

El día 19 fué preliminar de las operaciones; todo el día los hermosos cruceros *Ulloa* y *Velasco* estuvieron hostilizando al enemigo que, oculto en sus guaridas, no dejó de molestar á nuestros soldados. La luz eléctrica del *Ulloa* iluminaba los pueblos que trataban de hostilizar, Chapalap, Harrú y Oua, á cuyo amparo nuestros cañones hicieron numerosas víctimas y produjeron el terror en los naturales.

Reconcentrados en Oua, y decididos á luchar hasta la desesperación, fortificaron la plaza de una manera formidable, buscando la base de su defensa en los montecillos que circundan la plaza y en una trinchera de piedra y troncos, con su foso, de una longitud de 500 metros, á su vez resguardada por otra un poco menor. Esta trinchera estaba defendida por unos 400 hombres bien armados.

Á las seis de la mañana del día 20 entraron en el puerto de Oua los cruceros *Velasco* y *Ulloa*, seguidos de los transportes

Manila y Antonio Muñoz con las tropas, y no bien habían fondeado y echado al agua los botes, estaba casi por encanto verificado el desembarco. Antes de dar la voz de avance, los buques rompieron el fuego á unos 600 metros de distancia, y tal lluvia de proyectiles cayó sobre las trincheras, que á las imple vista se veían las bajas que dejaban en los kanakas.

Al proceder al ataque, tocó el primer movimiento de avance por el flanco izquierdo á la artillería europea, que formaba la cabeza de la columna, y que desembarcó teniendo que meterse en agua las dos primeras secciones. Aquella operación desconcertó á los kanakas, que esperaban el ataque de frente.

Al hallarse en tierra toda la artillería, en número de 170 hombres, aunque envueltos en una nube de balas, el capitán Monasterio mandó avanzar á la carrera por aquellas abruptas montañas, dejando en los primeros momentos cuatro muertos en el campo de batalla y 17 heridos. Procurando los nuestros coronar una altura que dominaba la trinchera, el jefe kanaka Chaulik se les interpuso con 80 hombres, empeñándose un combate verdaderamente heroico y lleno de proezas personales. Duró la refriega de siete á once de la mañana, apoyando á los artilleros á esta hora la compañía del regimiento número 71, al mando del capitán Vilches, que tuvo en los primeros encuentros otro muerto y siete heridos. También pagó tributo de sangre en la refriega general la infantería de Marina, así como el regimiento núm. 68, perdiendo al sargento Lara de los primeros y dos ó tres soldados muertos en el campo de Matalanín.

El momento superior del combate en toda la línea fué de ocho á diez; la lucha se sosteuía á diez metros de distancia de la trinchera, donde cayó herido el capitán de la Guardia civil, que fué sustituido por el teniente de Artillería Sr. Fandos. Al cabo, á las tres de la tarde, y al avance de las compañías de los núms. 68, 72 y 74 é infantería de Marina, todo el campo enemigo se hallaba dominado por nuestras tropas y ardían los pueblos de Oua, Harrú y Chapalap, pudiéndose retirar las fuerzas, sin ser hostilizadas y en el mayor orden, para restituirse el día 21 al puerto de Santiago.

Los kanakas tuvieron más de 60 muertos y sobre 100 heridos; nuestras bajas fueron de 26 muertos y 32 heridos, que se instalaron en la enfermería de la colonia. El día 26 recibió el Gobernador á todos los jefes de la tribu de Jooy, que imploraban perdón para los rebeldes. Mr. Baud, segundo jefe de la misión metodista establecida en la isla de la Ascensión, también quiso interponer su influjo con el Gobernador para anular las restricciones impuestas por la indicada autoridad para la reconstrucción de la tribu de Matalanín. Tampoco le permitió el Gobernador la permanencia de los misioneros en la isla de Rey.

Estos son los hechos verdaderos ocurridos en las Carolinas. Lícito ha de sernos lamentar que un periódico español haya dado más crédito á la versión interesada de los metodistas expulsados de las Carolinas que á la honrada palabra de las autoridades españolas y de los heroicos jefes de aquella expedición, al dar á su Gobierno la noticia oficial de los hechos en que intervinieron con tanta gloria para sí y para su patria.

* * *

En la reseña geográfica de los territorios que Francia nos disputa en el golfo de Guinea y en el razonamiento de todos los sucesos más culminantes que allí se han desarrollado desde remotos tiempos, exploraciones, viajes, convenios y contratos con los indígenas, quedaban justificados los derechos de España á la soberanía de aquella región del África ecuatorial. Faltábanos, sin embargo, añadir el importante impulso que el comercio español ha adquirido en estos últimos tiempos y la gran influencia moral conquistada entre el elemento indígena, que seguramente ha de reportar beneficios de consideración á nuestros centros productores y el verdadero predominio de nuestra patria en tan vasta región.

Cuando existía el derecho de visita á los buques, el comercio español tenía que afrontar grandes obstáculos para conseguir vencer, hasta en nuestras posesiones, la ruda competencia de los centros industriales más importantes del extranjero; y sin duda por esta causa fracasaron las diversas tentativas he-

chas en diferentes épocas para desarrollar, tomando por base la explotación agrícola y comercial, la riqueza que de nuestras colonias del golfo de Guinea puede obtenerse.

La iniciativa del desarrollo mercantil y agrícola de nuestra colonia de Guinea corresponde por entero á la Compañía Trasatlántica de Barcelona, cuyo presidente, inspirándose tan sólo en un ideal patriótico y comprendiendo la necesidad de llenar el gran vacío que allí existía, no titubeó en acumular los importantes medios de que dispone para ofrecer á nuestra industria y comercio nuevos mercados y á la patria el prestigio que le corresponde en aquella región. Como resultado de esta plausible iniciativa y de la acertada dirección impresa á los primeros trabajos, posee España en la actualidad un centro comercial que puede competir dignamente con los mejores establecidos por los extranjeros en esta parte occidental de África. En la feracísima isla de Fernando Poo se desarrollan con gran incremento por la misma empresa las plantaciones de cacao, café, quina y vainilla, que transformarán por completo sus actuales bosques de estimadas maderas en hermosas fincas agrícolas, y las condiciones de vida en aquel suelo español.

La factoría central de la Compañía Trasatlántica se halla establecida en Elobey. Está formada por una espaciosa y bien acondicionada casa donde habita el personal europeo, y siete edificios anejos de madera, incluyendo los almacenes de importación y exportación necesarios para el tráfico.

Dependiendo de esta factoría, se han formado sucursales en Corisco; en la isla Gande, del río Muni; en el río Congüe, afluente del Muni; en los pueblos de Belo é Italo; en Cabo San Juan; en el río San Benito; pueblos de Malcondo, Membale, Elico y Sendje, y en breve quedarán establecidas nuevas sucursales en el interior del continente y en los principales pueblos de la costa. Para las atenciones del comercio tiene la Compañía Trasatlántica un pequeño vapor, el *Fernando Poo*, de especiales condiciones para recorrer los ríos, visitar las sucursales de la factoría y mantener frecuentes comunicaciones entre nuestras islas.

Los viajes del *Fernando Poo* á los ríos despiertan gran en-

tusiasmo entre los indígenas; constantemente se halla rodeado de cayucos tripulados por passines, usevas, vescgas y otras razas que habitan aquella comarca, ansiosas de que en cada ranchería ó pueblo se establezca una sucursal de la factoría española que atienda á sus necesidades, ofreciendo en cambio todo su apoyo para el mayor desarrollo comercial.

Los productos más comunes en el país son: goma caucho, ébano, marfil, palo rojo, aceites y almendra de palma. Estos productos se cambian por telas, quincalla, bisutería ordinaria, aguardientes de caña, tabaco, pantalones, chaquetas, tejidos de punto y otros artículos que produce nuestra industria.

Las transacciones ya verificadas hacen concebir esperanzas de que los sacrificios actuales serán muy provechosos para los intereses morales y materiales de la Nación.



Acaban de verificarse en la vecina República las elecciones para la renovación de la tercera parte del Senado. De los 79 Senadores cuyo mandato ha espirado, 63 pertenecen á las diferentes fracciones de la izquierda y 16 á la derecha. Entre los sometidos á reelección se cuentan dos Ministros, Mr. de Freycinet en el departamento del Sena, y Mr. Barbey en el del Tarn. No siendo Consejero general el Presidente del Gabinete, no podrá tomar parte en su propia elección, como el Ministro de Marina, que es Presidente del Consejo general de departamento cuya representación pretende.

Muchos periódicos republicanos se felicitan de las condiciones en que el acto se ha verificado, pues demuestra que la República se halla en plena posesión de su propia fuerza en el país, y que toda restauración monárquica se ha hecho imposible en Francia.

Lo que hoy ha triunfado, y grato es reconocerlo en honor del Gobierno francés, es el principio del orden, exigido ya por una sociedad cansada de perturbaciones y que transige con el régimen republicano, á pesar de su tendencia á herir en nombre del Estado las creencias religiosas y otros altos in-

tereses, en pro de la estabilidad y de la paz, necesidades supremas de aquel país, que ha debido á sus continuadas y periódicas perturbaciones tantos desastres y tantas pérdidas de fuerzas y de influencia.



Un coronel, jefe de la policía política de San Petersburgo, ha facilitado interesantes informes á un periódico sobre la situación de los nihilistas en Rusia y en el extranjero. En Rusia la secta ha perdido todo su prestigio. Hace algunos años las cosas iban de otro modo: Tikhomiroff, Lopotine y la mujer llamada Ochanina formaban una especie de comité ejecutivo, en el que tomaba parte el famoso Lawoff en su cualidad de redactor del periódico que representaba á la asociación.

En aquella época las tentativas se sucedían casi sin intermitencia, y para ellas no era difícil encontrar dinero. Los delegados circulaban entre Rusia y Francia, á fin de ponerse de acuerdo sobre los medios para cometer tal ó cual crimen ó para publicar periódicos agitadores ó folletos revolucionarios. En una palabra, la vida política de los terroristas rusos estaba en su auge.

En la actualidad se ha roto aquella organización. El agente principal, Tikhomiroff, concluyó por denunciar por escrito á sus cómplices, calificándolos de ineptos y borrachos. Desde aquel momento los nihilistas, aunque diversas veces han intentado reorganizarse y hacer revivir los pasados tiempos, han fracasado en su demanda.

Delegados en Rusia y Francia existen sin duda, como recientemente ha demostrado el caso de Padlewsky y el asesinato del general Seliverstoff; pero las relaciones entre los terroristas rusos y los del extranjero se han hecho menos numerosas, y de cualquier modo, los nihilistas de París son impotentes para provocar ninguna clase de perturbaciones interiores en Rusia.

Más vale así.

S.



BOLETÍN BIBLIOGRAFICO ⁽¹⁾

Dramaturgia castellana, por PALMERÍN DE OLIVA Y EL AMIGO FRITZ. *Estudio sintético acerca del teatro nacional.*—Madrid, Sáenz de Jubera, hermanos, editores, 1891.—En 8.º, 252 páginas: 2,50 pesetas.

Los habituales lectores de la REVISTA conocen y aprecian en todo su valor, que es mucho, los artículos *Palabras y plumas* de Palmerín de Oliva. Éste y *El Amigo Fritz*, crítico de teatros de *El Resumen*, cuyos juicios se leen con avidez, se combaten ó se defienden, pero siempre se admiran por lo profundo del concepto y lo elegante de la expresión, se han reunido, y como si fueran una sola persona, han escrito una obra de gran interés.

À tout seigneur, tout honneur: en uno de los venideros números de la CONTEMPORÁNEA, pluma más experta que la del gacetillero bibliográfico, apremiado siempre por la angustia del espacio y la escasez de ciencia, dedicará un artículo al examen de obra que tanto lo merece.

Por el momento, sépase que se ha publicado, y reciban nuestra enhorabuena, no por humilde menos cordial, los autores del libro y los editores, Sáenz de Jubera, que lo pre-

(1) Los autores y editores que deseen se haga de sus obras un juicio crítico, remitirán dos ejemplares al Director de esta publicación.

sentan impreso en fino papel satinado y con artística cubierta de colores.

*
* *

Essai d'une théorie rationnelle des Sociétés de secours mutuels, por PRÓSPERO DE LAFITTE, antiguo alumno de la Escuela politécnica, etc. Segunda edición, completamente refundida. Obra premiada por la Academia de Ciencias de París.—París, Gauthier-Villars é hijos, editores, 1890.—En 4.º, XXVIII-183 páginas.

No hace mucho tiempo que tuvimos la satisfacción de elogiar esta importante obra, que es un modelo de claridad en la exposición, y la cual encierra particular interés. La Academia de Ciencias de París, haciendo justicia á su autor, le ha distinguido con un premio, y bien lo merece quien no descansa en su tarea, dándonos á conocer una segunda edición, que resulta un trabajo todavía más acabado que el de la primera. Las Sociedades de socorros mutuos, que tan útiles son y tanto se van generalizando, no podrán prescindir de consultar el libro del Sr. Lafitte.

La estampación del volumen es inmejorable, como hecha en los talleres de los ilustrados editores Sres. Gauthier-Villars.

*
* *

Biblioteca de Bellas Artes. *La tapicería*, por EUGENIO MÜNTZ. Versión castellana.—Madrid, La España Editorial. En 4.º, 333 páginas, con numerosos grabados: 4 pesetas.

La investigación de los archivos ha revelado la existencia de talleres de tapicería establecidos aun en las localidades más oscuras. Müntz, que disfruta de autoridad indiscutible en esta materia, ha escrito una obra amenísima y de admirable erudición, que nos da á conocer el ilustrado propietario de *La España Editorial* en un volumen elegante y artístico. El autor, después de inquirir lo que se debe entender por tapicería y cuáles son los caracteres de ésta, va estu-

diándola desde la antigüedad hasta nuestros días, y completa sus explicaciones con dibujos perfectamente hechos. El libro instruye y deleita. ¿Qué más se le puede pedir?

El Sr. Manso de Zúñiga ha emprendido también la publicación de la obra periódica el *Nuevo Teatro Crítico*, que escribe la ilustre novelista D.^a Emilia Pardo Bazán. Saldrá á luz mensualmente en folletos de cien páginas. Y cada número ha de contener: un cuento ó novela, un estudio crítico-literario y otro sobre una cuestión social ó política, y una sección variable de historia, viajes, movimiento religioso, etc. Los suscritores por un trimestre abonarán 4 pesetas, por un semestre 7,50 pesetas. Mucho vale la Sra. Pardo Bazán, y á mucho se obliga. Cuando hayan aparecido unos cuantos números examinaremos detenidamente una producción de tanta importancia.

*
* *

La lutte et les lutteurs, por LEÓN VILLE. Prefacio del Barón de Vaux.—París, J. Rothschild, editor, 1891.—En 4.^o, con 39 viñetas y 25 láminas: 10 pesetas.

Comienza el autor su libro enseñando las proezas de los griegos y romanos, y á fin de estimular á la juventud, recuerda los honores que los antiguos concedían á los atletas triunfantes. Después establece un paralelo entre aquellos hombres robustos y valerosos y los saltimbanquis de nuestros días. Prueba la degeneración de nuestra raza é indica el remedio, que está al alcance de todos, en el capítulo *Vis facit virum*. Compone la segunda parte del libro un *Manual teórico-práctico* de la lucha greco-romana.

Para aumentar la perfección de las láminas, que representan diferentes actitudes de la lucha, el autor encargó á Nadar que tomase las fotografías del natural, empleando sus aparatos instantáneos.

Puede asegurarse que la obra del Sr. Ville viene á llenar un vacío en la educación física de nuestra época. El Barón de Vaux, persona tan competente, ha escrito un prefacio

que demuestra las ventajas que se conseguirán con la enseñanza de la lucha y de los ejercicios de fuerza.

La edición es espléndida.

*
* *

En las riberas del Plata, por F. RESASCO.—*Versión castellana de Antonio Sánchez Pérez*.—*Madrid, librería de Fernando Fe*, 1891.—*En 8.º, 542 páginas: 4 pesetas.*

Edmundo de Amicis publicó hace algún tiempo una obra preciosísima, titulada *En el Océano*; otro compatriota suyo, también escritor notable, describe con gran viveza de colorido su viaje á Montevideo y Buenos Aires, y no sólo reseña todos los accidentes del embarco y la travesía, sino que da á conocer aquella región de América, á la que emigran tantos miles de italianos y españoles. El libro de Resasco distrae, enseña y causa singular deleite en el lector. Bien es verdad que ha tenido la fortuna de que lo traduzca un literato tan entendido y escrupuloso como Sánchez Pérez, y de que lo presente estampado en fino papel y con hermosos caracteres el ilustrado editor Sr. Fe.

*
* *

Otras publicaciones.

En el África tenebrosa. Historia de la expedición emprendida en busca y auxilio de Emín, por Enrique M. Stanley. Traducida del inglés por José Coroleu; Barcelona, Espasa y Compañía, editores.—Se han publicado los cuadernos 13, 14 y 15 de esta obra, que tanto interés despierta en todo el mundo; á más de varias viñetas, contienen dos grandes láminas de subido mérito. Los mismos afamados editores han repartido los cuadernos 9.º, 10 y 11 del *Tratado práctico de partos*, por el Dr. A. Auvard, correctamente traducido por el Dr. Planellas. Ilustran el texto de esta producción utilísima multitud de dibujos.

España, sus monumentos y artes, su naturaleza é historia.

—De esta obra magnífica han salido á luz los cuadernos 241 y 242, en los que prosigue la descripción de las Islas Baleares, por D. Pablo Piferrer y D. José María Cuadrado. Es merecedora de especial mención la fototipia de un mosaico hallado en las inmediaciones de la villa de Santa María (Mallorca).

La Tierra de María Santísima. Perspectivas y costumbres andaluzas, por Benito Más y Prat. Cuadros y viñetas de García Ramos; Barcelona, Sucesores de N. Ramírez y Compañía, editores.—Muy notables y artísticos son los cuadernos 34 á 37 de esta obra típica, que recientemente se han repartido. No se sabe que es más digno de elogio, si el texto ó las bellísimas ilustraciones que lo adornan.

Gimnástica escolar, por D. José Sánchez Somoano. Tomo I. Movimientos libres, una peseta.—Esta obrita, ilustrada por 25 figuras y un excelente retrato del Sr. Sánchez, es de gran utilidad y denota mucho conocimiento de la materia en su reputado autor.

El General D. Blas de Fournas y su diario del sitio de Gerona en 1809, por D. Emilio Grahit y Papell.—Memoria importante, que ha tenido la feliz idea de publicar el inteligente jurisconsulto catalán Sr. Grahit.

A.

